



**HEBERTO  
CASTILLO**

Si te agarran  
te van a matar

H. CÁMARA DE DIPUTADOS  
LXII LEGISLATURA



**CONOCER PARA DECIDIR** se denomina la serie que en apoyo a la investigación académica en ciencias sociales, la H. Cámara de Diputados, LXII Legislatura –refrendando el acuerdo de las anteriores LIX, LX y LXI Legislaturas–, lleva a cabo en coedición en atención al histórico y constante interés del H. Congreso de la Unión por publicar obras trascendentes que impulsen y contribuyan a la adopción de las mejores decisiones en políticas públicas e institucionales para México en su contexto internacional; ello a efecto de atender oportunamente las diversas materias sobre las que versa el quehacer legislativo. El acuerdo para coeditar las obras que conforman la serie se ha establecido con diferentes instituciones académicas, organismos federales y estatales; así también, con autores y asociaciones independientes. Los títulos que caracterizan a la serie, se complementan con expresiones culturales de interés nacional que coadyuvan en las tareas propias del legislador mexicano.



GRUPO PARLAMENTARIO DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL	DIP. JOSÉ ENRIQUE DOGER GUERRERO, <i>Titular</i> <i>Presidente</i>
	DIP. ELIGIO CUTLÁHUAC GONZÁLEZ FARIAS, <i>Suplente</i>
GRUPO PARLAMENTARIO DEL PARTIDO ACCIÓN NACIONAL	DIP. JUAN PABLO ADAME ALEMÁN, <i>Titular</i>
GRUPO PARLAMENTARIO DEL PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA	Dip. TOMÁS BRITO LARA, <i>Titular</i>
GRUPO PARLAMENTARIO DEL PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO	DIP. RICARDO ASTUDILLO SUÁREZ, <i>Titular</i> DIP. LAURA XIMENA MARTEL CANTÚ, <i>Suplente</i>
GRUPO PARLAMENTARIO DEL PARTIDO DEL TRABAJO	DIP. ALBERTO ANAYA GUTIÉRREZ, <i>Titular</i> DIP. RICARDO CANTÚ GARZA, <i>Suplente</i>
GRUPO PARLAMENTARIO DE MOVIMIENTO CIUDADANO	DIP. JOSÉ FRANCISCO CORONATO RODRÍGUEZ, <i>Titular</i> DIP. FRANCISCO ALFONSO DURAZO MONTAÑO, <i>Suplente</i>
GRUPO PARLAMENTARIO DEL PARTIDO NUEVA ALIANZA	DIP. LUIS ANTONIO GONZÁLEZ ROLDÁN, <i>Titular</i> DIP. JOSÉ ÁNGELINO CAAMAL MENA, <i>Suplente</i>
SECRETARIO GENERAL SECRETARIO DE SERVICIOS PARLAMENTARIOS	MTRO. MAURICIO FARAH GEBARA Lic. JUAN CARLOS DELGADILLO SALAS
CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES Y DE OPINIÓN PÚBLICA CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL ADELANTO DE LAS MUJERES Y LA EQUITAD DE GÉNERO CENTRO DE ESTUDIOS DE LAS FINANZAS PÚBLICAS CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL DESARROLLO RURAL SUSTENTABLE Y LA SOBERANÍA ALIMENTARIA CENTRO DE ESTUDIOS DE DERECHO E INVESTIGACIONES PARLAMENTARIAS CENTRO DE DOCUMENTACIÓN, INFORMACIÓN Y ANÁLISIS	

ÉDGAR PIEDRAGIL GALVÁN  
*Secretario Técnico del Consejo Editorial*

Site agarran  
te van a matar



**HEBERTO CASTILLO**

Si te agarran  
te van a matar

**Laura Itzel Castillo Juárez**  
*Pefacio*

**Héctor Miguel Bautista López**  
*Prólogo*



CONOCER PARA DECIDIR

Coeditores de la presente edición

H. CÁMARA DE DIPUTADOS, LXII LEGISLATURA  
CONSEJO EDITORIAL, CÁMARA DE DIPUTADOS  
FUNDACIÓN HERBERTO CASTILLO MARTÍNEZ A.C.  
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

- 1a. edición, junio del año 1983
- 2a. edición, octubre del año 1983
- 3a. edición, noviembre del año 1983
- 4a. edición, noviembre del año 1998
- 5a. edición, marzo del año 2012
- 6a. edición, diciembre del año 2014

© 1983-2014

FUNDACIÓN HERBERTO CASTILLO MARTÍNEZ A.C.

© 2012-2014

Por características tipográficas y de diseño editorial  
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Derechos reservados conforme a la ley  
ISBN 978-607-401-564-5

Imagen de portada: *Autorretrato*, Heberto Castillo.

Fotografías: Cortesía de la Fundación Heberto  
Castillo Martínez A.C.

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de GEMAPorrúa, en términos de lo así previsto por la *Ley Federal del Derecho de Autor* y, en su caso, por los tratados internacionales aplicables.

IMPRESO EN MÉXICO



PRINTED IN MEXICO

LIBRO IMPRESO SOBRE PAPEL DE FABRICACIÓN ECOLÓGICA CON BULK A 80 GRAMOS

[www.maporrúa.com.mx](http://www.maporrúa.com.mx)

Amargura 4. San Ángel. Álvaro Obregón, 01000 México, D.F.







# Prefacio

Laura Itzel Castillo Juárez



Hace más de una década que murió el ingeniero Heberto Castillo Martínez, el que persiguió incansablemente la verdad durante su vida entera; quien cuestionaba todo para seguir aprendiendo día con día; el que decía que la mejor manera de conocer México es conociéndolo con la mirada de su gente: colectivamente.

“Hay que ver con los propios ojos, pero también a través de los ojos de los demás”, insistía, pues aseguraba que solamente la suma de todas las verdades individuales construían, al final, esa verdad colectiva por la que siempre luchó. *Si te agarran, te van a matar* inicia con el hermoso relato denominado: “Mejor la verdad”, que nos recuerda, a golpe de honestidad, que la ética también existe.

El libro que tienes entre tus manos, estimado lector, recoge 15 singulares narraciones que nos llevan por el México profundo del brazo de su autor. Hazañas que nos trasladan de la clandestinidad a la escapatoria; de roca en roca y de barda en barda, ya sea convertido en sombra para confundirse en la noche tras los tinacos de la azotea, o bien convaleciente en la Facultad de Medicina de la UNAM, tras la golpiza propinada por los agentes policiacos en su

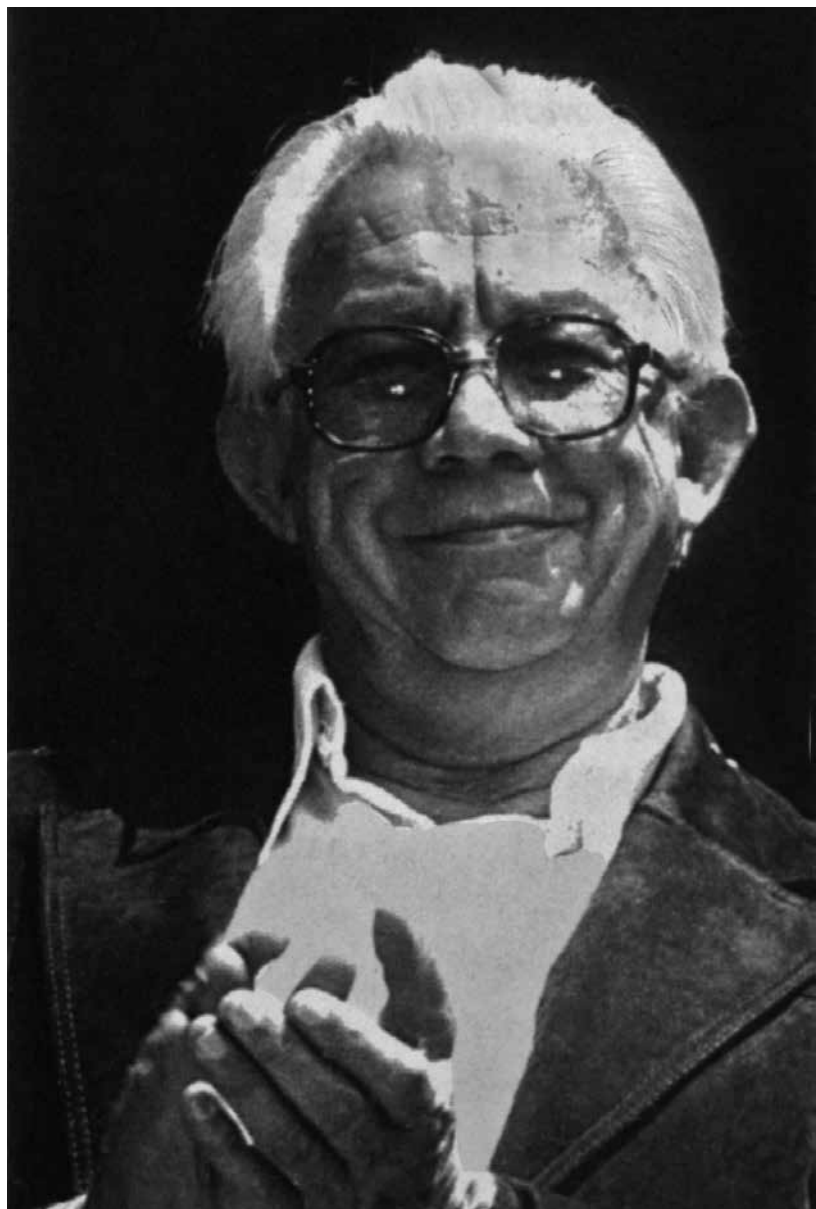
frustrada aprehensión. Claro, todo al tiempo que Tere Juárez, su leal compañera, dirigía su amorosa defensa y recibía la solidaridad de estudiantes y de verdaderos amigos.

La presente obra que publica la Cámara de Diputados en coedición con Miguel Ángel Porrúa, lleva como título una frase que el general Lázaro Cárdenas dirigió a mi padre cuando se encontraba escondido después de la brutal represión que significó la matanza de Tlatelolco el 2 de octubre de 1968. Le advirtió el peligro que representaba su permanencia en el país, dada la ira que desataba en el presidente Gustavo Díaz Ordaz a partir, sobre todo, de la celebración de la Independencia de México en la conmemoración del 15 de septiembre, donde Heberto Castillo dio el grito en la UNAM.

*Si te agarran, te van a matar* contiene anécdotas que nos conducen a la captura y posteriormente a la prisión del profesor universitario dentro de la crujía M, del legendario palacio negro de Lecumberri, actualmente convertido en la sede del Archivo General de la Nación. Paradójicamente, ahí mismo, el destino le reservó un espacio al valioso acervo de la Fundación Heberto Castillo Martínez A.C.

En 1971, cuando sale de prisión, el autor decide recorrer el país para formar un instrumento de lucha de los trabajadores manuales e intelectuales, capaz de transformar al país; este libro recoge los pasajes de la prolongada travesía que mantuvo a lo largo de los años como una bella e inalcanzable utopía por la que Heberto ofrendó su vida.

[Ciudad de México, marzo de 2012]





# Prólogo

Héctor Miguel Bautista López



*Si te agarran te van a matar* es una obra basada en testimonios del ingeniero Heberto Castillo Martínez que revela la cruda realidad del país durante la segunda mitad del siglo xx.

El libro nos permite valorar y reivindicar la lucha que dieron desde la sociedad personajes como el autor para defender la soberanía nacional y el derecho de los mexicanos a una vida justa, democrática y libre, ante un régimen corrupto. En el texto se narra la represión en contra de las organizaciones sociales y políticas como el movimiento estudiantil popular de 1968 y la matanza del 10 de junio de 1971.

*Si te agarran te van a matar* da cuenta de la respuesta de un ejemplar luchador frente al sistema autoritario, donde la Constitución es considerada la principal herramienta para la transformación radical de las estructuras económicas, políticas y sociales de nuestra nación, y construir una nueva sociedad, un México justo para todos. Esa es la revolución a la que aspira Heberto Castillo.

Desde sus escritos proyecta su sueño, su utopía, su idea de esa nueva sociedad en donde “los medios e instrumentos de producción”, así como “el poder político” debieran ser “de propiedad social”, para evitar “la corrupción y el abandono de las causas populares”, y alcanzar “una verdadera democracia, un verdadero gobierno democrático por la mayoría de la población”.

*Si te agarran te van a matar* revela la condición humana de un ser que, a pesar de ser erudito en su profesión, no optó por acumular riqueza y conocimiento para vivir cómodamente al lado de su familia, sino que se comprometió a dar la vida a favor de las causas más profundas de su pueblo, sin abandonar el desarrollo y la innovación tecnológica que dieron origen al sistema estructural tridimensional que desarrolló y llamó “tridilosa”, patentada en los años sesenta del siglo pasado, pero arrebatada por el presidente Luis Echeverría Álvarez en los años setenta, como reprimenda por las posiciones políticas del ilustre ingeniero.

En el libro que hoy alcanza su sexta edición, el ingeniero Heberto Castillo Martínez nos confiesa que el motivo de su lucha es “el amor a sus semejantes y no el odio a sus gobernantes”. Explica: “quien lucha por amor al pueblo rechaza la injusticia porque ésta perjudica a la mayoría. No sólo porque beneficia a los menos”.

El libro que tiene usted en sus manos es una lúcida aportación a la cultura democrática, pues el autor demuestra que la lucha contra el autoritarismo, en cualquier circunstancia, requiere de seres humanos comprometidos con la verdad, por muy dura que ésta sea. Enseña que sólo la dignidad logra mantener a los

individuos, aún en condiciones de vida carcelaria, con el ánimo de seguir luchando por la libertad.

A los jóvenes del 68, encarcelados juntos, les insistía: “no se dejen aplastar [...] sigan defendiendo el amor a la lealtad, a la dignidad. Especialmente al amor. Motor del hombre por siempre”

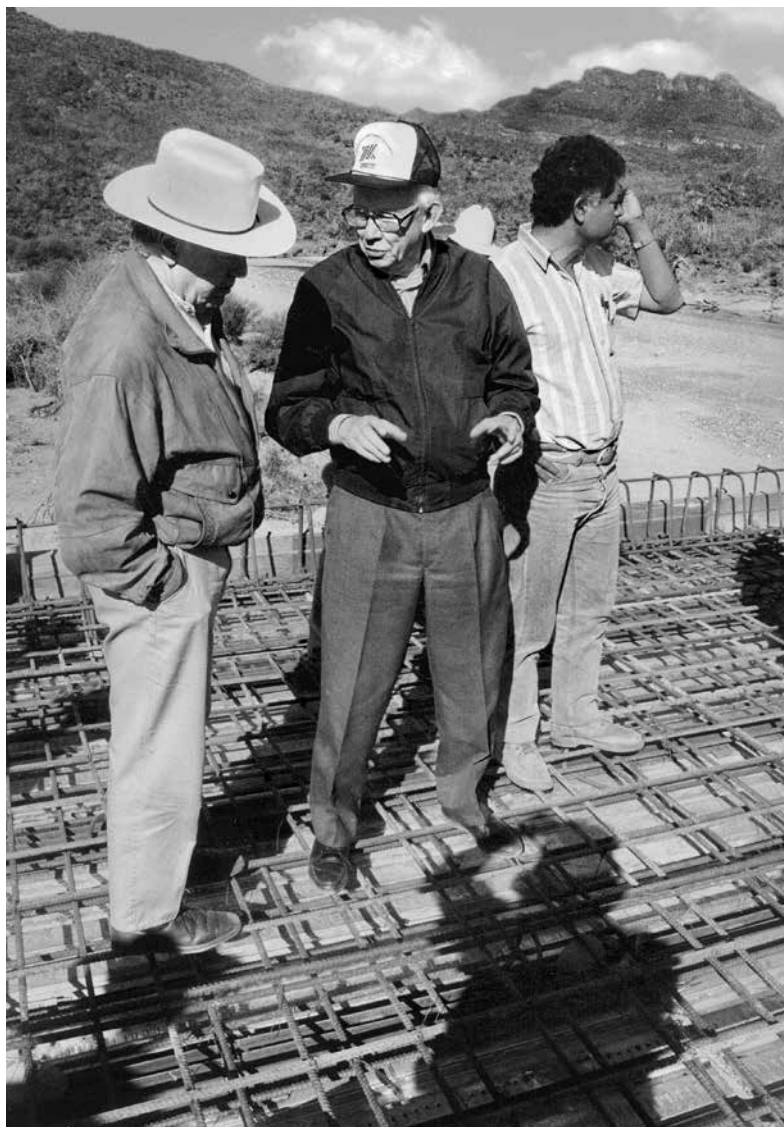
La realidad, la dimensión humana y la estética literaria se conjugan en este texto que retrata a uno de los líderes políticos más sólidos y respetables de la historia moderna de México. Fundador del Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT) que, junto con otras organizaciones sociales y políticas avanzó en el proceso unificador de la izquierda, que finalmente dio origen al Partido de la Revolución Democrática (PRD).

A 25 años de la fundación del PRD es justo rendir un homenaje a todos aquéllos que dieron origen a la conformación de este instrumento de lucha, en particular a Heberto Castillo Martínez y su familia por su ejemplar entrega a las causas populares, a la lucha por la democracia, la justicia y la libertad.









# Introducción

Heberto Castillo



“Mejor la verdad” es el título que puse al primer relato de este conjunto. Pensé que también debería ser el del libro que tienes en tus manos. A los editores les pareció más atractivo el que lleva. “Jalará más”, dijeron. Tal vez.

Mi brújula inseparable en el quehacer científico y político ha sido esa, preferir siempre la verdad. Desde muy niño aprendí a enfrentarme a la naturaleza, a la vida, con la verdad. La amo entrañablemente aunque a veces sea dolorosa. Miento sólo a los enfermos que sé incurables, y ello dependiendo de su personalidad. Tampoco digo la verdad a los agentes policiacos que me interrogan. Para ellos mi verdad suele ser mentira.

Andar tras de la verdad es la más hermosa de las empresas. Y quizá la más difícil. Encontrar la verdad histórica es a veces imposible. La historia la escriben los vencedores. A su manera.

Escribir con verdad la historia hoy es posible. Diciendo ahora cada uno su verdad, contribuiremos a que mañana se conozca este presente. Cada silencio de los protagonistas de hechos trascendentes

de hoy es una oportunidad para que los mentirosos de mañana escriban una historia falsa.

Somos testigos de los empeños de los falsificadores de la historia para dejar constancias mentirosas a través de la prensa, la radio y la TV, faltando a la verdad o torciéndola. A diario.

Contra esta tendencia lucho. Y contribuyo a derrotarla relatando mi verdad, aunque moleste.

Decir la verdad suele ser peligroso. Así ocurrió en 1968. "Si te agarran, te van a matar", me advirtió Lázaro Cárdenas una noche en mi refugio al que acudió a brindarme apoyo solidario; supe entonces que mi verdad había irritado a Gustavo Díaz Ordaz, el genocida, al grado de quererme matar.

Pero la verdad molesta a todos. A veces también a los compañeros de lucha, sobre todo cuando lastima sus vanidades o sus privilegios. Así ocurrió con el relato que contiene confesiones de Alfonso Martínez Domínguez cuando fue publicado en la revista *Proceso*. Provocó una tormenta. La izquierda y la derecha enviaron a la palestra buenas plumas para condenarme. Unas, atribuyéndome afanes exculpatorios del exregente de la capital en torno de los sangrientos sucesos del Jueves de Corpus de 1971; los otros, indignados, porque exhibía una pobre condición humana de mi confidente. La polémica que se suscitó quedó consignada en el libro *La investigación*, editado por *Proceso*. Ahora ese relato se presenta en otro contexto, inserto en un conjunto que explica mejor la conveniencia de contarlo.

Todos los relatos fueron consecuencia de una necesidad vital. Quiero decir que no pude dejar de hacerlos, tenía que hacerlos.

Cuento aquí vivencias personales que, además, tienen que ver con el quehacer político de miles de compañeros que ahora militan

en el Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT). Esas vivencias explican por ellas mismas la razón de la organización de los trabajadores, convencido hasta la médula de la necesidad y urgencias de la toma del poder por éstos, para hacer la revolución, violenta o no, que transforme radicalmente las estructuras económicas, políticas y sociales de la nación para poner los recursos y los destinos de México en manos de los trabajadores manuales o intelectuales del campo y de la ciudad, que son indiscutible mayoría absoluta en el país.

La nueva sociedad por la que luchamos no es solamente una sociedad socialista, si por tal se entiende aquella en donde los medios e instrumentos de producción y cambio son de propiedad social. No. En esa sociedad, el poder político debe ser también de propiedad social. Pues cuando el poder político permanece en manos de unos cuantos como propiedad privada, así sea la sociedad socialista, surge la corrupción y el abandono de las causas populares. Como en Polonia.

El poder personal corrompe. Y el poder personal absoluto corrompe absolutamente.

En la nueva sociedad que anhelamos no será suficiente dar a cada quien según su necesidad y exigir de cada quien según su capacidad. Será vital determinar quiénes serán los que decidan qué necesita cada quien y qué se debe exigir a cada cual. Precisararlo con justicia y equidad, no será fácil, porque ello requerirá de implementar una verdadera democracia, un verdadero gobierno de la mayoría de la población. E implantar esa democracia no es fácil. Ni ha sido posible hacerlo hasta ahora plenamente en ningún confín de la Tierra.

En la búsqueda de la verdad, tenemos que criticar a todos los sistemas de gobierno establecidos. Ninguno es perfecto, ni puede

serlo. Decirlo es quedar mal con todos, con dios y con el diablo. Y es que a pocos gusta que les nieguen sus privilegios. Sobre todo cuando los consideran merecidos o necesarios.

Caminar tras la verdad y querer alcanzarla suele ser una empresa utópica. La verdad no existe, dicen algunos. Cada quien tiene la suya, afirman otros. ¿Cuál verdad buscamos?, la de todos. La que se integra, se integrará con el transcurso del tiempo, con el devenir de la historia, con la aportación y el consenso de todos.

Nuestro caminar por México nos ha mostrado verdades encontradas. La del campesino sin tierra y la del terrateniente, la del jornalero y la del patrón, la del empresario y la del obrero, la de la mujer oprimida y la del macho opresor, la del gobernante y la del gobernado, la del observado y la del observador. Todas son verdades y ninguna lo es definitivamente. La verdad no es absoluta. Como no lo es la vida o la muerte. Vivimos porque estamos muriendo. La confrontación de aquellos caballeros de la Edad Media que se trezaron a duelo por considerar cada uno que el otro mentía al decir el color de sus respectivos escudos que tenían uno hacia adentro y otro hacia fuera, es un ejemplo trivial de que la verdad es, en ese sentido, relativa. Albert Einstein lo demuestra con su famosa teoría al hacernos entender que ni siquiera el tiempo es el mismo para todos.

Perseguir a la verdad, pero a la verdad colectiva, ha sido mi empeño consciente de los últimos 20 años. He aprendido en este lapso que la mejor manera de conocer es conocer con los demás, colectivamente; ver con mis ojos, pero también con los ojos de los demás, y he aprendido que para hacerlo debo empezar por decir mi verdad sin tapujos, sin inhibiciones de cualquier especie. Si al hacerlo involucro a otros, como lo hago, quizás ellos entrarán al debate

y dirán su verdad. Entonces la verdad individual, múltiple, de cada uno de los participantes, se enriquecerá para hacerse, poco a poco, verdad colectiva.

Eso es lo que trasciende de algunos relatos polémicos que tienes en tus manos. Algunos los habrás leído en la revista *Proceso* o en *El Universal*. Otros aparecen por primera vez, como “Mejor la verdad”, “El principio” y “Tierra y papel”. En ellos encontrarás razones que explican mi obsesión, primero, por defender la verdad y, segundo, por insistir, espero, hasta el último instante de mi existencia, en esta lucha por hacer la revolución en México.

No tengo, debo decirlo, mayor satisfacción en la vida que entregar al máximo mi capacidad, mis recursos y mi tiempo a esta lucha en que participo desde hace 22 años. Eso explica, tal vez, que no recibo salario alguno por trabajar políticamente y que, por el contrario, entrego al PMT lo más que puedo de mis ingresos como ingeniero estructurista, escritor y periodista. Sospecho también que, como dicen algunos de mis enemigos más acérrimos, de no ser así, el PMT no me aceptaría en sus filas.

[Coyoacán, D.F., 21 de mayo de 1983]

Caricatura de Rogelio Naranjo que ilustra ►  
la portada de la primera edición  
de esta obra y sus subsecuentes.  
México, 1983-1998, Ediciones *Proceso*.



Si te  
agarran  
te van a  
matar

**HEBERTO CASTILLO**





Muy jóvenes, Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano y Heberto Castillo Martínez.

# Mejor la verdad



El cascarón del Centro Asturiano (CA) era una obra maestra. Así la sentía yo. Había trabajado duramente en su diseño durante tres meses, Los cálculos habían sido fatigosos, a veces angustiosos. Las nervaduras diagonales eran arcos parabólicos de 66 metros. La estructura consistía en dos paraboloides hiperbólicos que se intersectaban. Las cuatro patas estaban en las esquinas de un rectángulo de 59 por 30 metros. El espesor de la cáscara era de seis centímetros. Parecía una hoja de papel, visto de lejos.

Ingenieros y arquitectos del país y extranjeros iban a visitar la obra. Era la más grande cáscara construida hasta la fecha en el mundo. Sería el salón principal del Centro Asturiano de México. El logotipo futuro del club sería un dibujo de la cáscara, visto de perfil. Todo mundo admiraba la obra, allá por Tlalpan.

Los constructores habían sido varios. Una empresa colocó los tensores en la cimentación, formando una especie de *ring* de boxeo. De esos cables de alta resistencia dependía la estabilidad de la estructura. Otra compañía había construido la cáscara. La obra falsa de ésta había sido toda una obra de arte de carpintería. La cimbra

de madera estaba formada por duelas que constituían una superficie de las que se llaman regladas, esto es, una superficie curva alabeada que se trenza haciendo desplazar en el espacio una línea recta. Eran dos paraboloides hiperbólicos.

Los contratistas expertos en ese tipo de estructuras estaban molestos. No aceptaban que un ingeniero novel empezara a diseñar ese tipo de cubiertas comenzando con las más grandes de todas. Había apuestas pronosticando lo que pasaría al descimbrarlo: “se caerá sin remedio”, “explotará casi instantáneamente”, decía otro. Pero nada pasó al retirar la obra falsa. La estructura quedó ahí, majestuosa, imponente, como una paloma gigantesca en vuelo.

El director de la obra era arquitecto. Los constructores ingenieros. Yo, ingeniero calculista. La paga es inversamente proporcional a la responsabilidad profesional. El contratista es el que más gana, el calculista el que menos. Siempre así. Era el último año de los cincuenta.

Cuando no se sabía el resultado de mis cálculos, todos me atribuían la responsabilidad de la criatura. Cuando estuvo terminada y pensaron que ya nada ocurriría, los directores de la obra y los arquitectos que habían colaborado en el proyecto la hicieron suya. Pasé a ocupar un lugar secundario. Llegó una delegación de arquitectos europeos que subieron incluso a la cubierta. Escuchaba los elogios, marginado. Ni siquiera me presentaron. Se tomaban fotografías, películas. Serían publicadas en las revistas especializadas.

De pronto fui avisado de que habían aparecido grietas en una de las cuatro patas de la estructura. Acudí presuroso y entendí el problema. Estaba fallando un tensor. Bajé a la cimentación mediante el registro que se había dejado y observé roto el soporte de concreto de una de las cabezas de los tensores. Alguien había

cincelado esa parte. Salí a buscar un gato hidráulico para tensar de nuevo el cable. Los contratistas que habían colocado esas piezas se habían llevado la maquinaria. Di instrucciones de que no se usara la estructura y salí presuroso. Pasé a casa a buscar algunos datos para localizar esa herramienta y allí recibí la noticia. El ala mayor norte se había caído completamente. Quedaban en pie las otras tres. No hubo lastimados.

Era mi ruina. Ganaba en la Facultad de Ingeniería apenas para subsistir dando 32 horas de clases a la semana. Había cobrado 17 mil pesos por el cálculo que compartí entre mis colaboradores. Rehacer la cubierta significaba, al menos, un gasto de 450 mil pesos. Yo ganaba entonces en la UNAM 2 mil pesos mensuales, tenía cuatro hijos pequeñitos, el mayor de cinco años y el menor de uno. Mi capital lo constituía un Volkswagen a medio pagar y algunos libros. Nada más.

Se armó la grande. Todos los apostadores en mi contra querían cobrar. El desprestigio tenía que ser grande.

Los directivos del CA exigieron una reunión. Estaban llenos de indignación. Opiné que la cubierta debería ser derruida por completo. Exigí. No podía ser reparada. Yo no tendría confianza. Alguien propuso ponerle más apoyos. Rechacé la solución. Iba contra la estética más que contra la estática. Y hubo la reunión.

En una mesa grande nos sentamos todos. Había alrededor de 20 personas en esa sala de juntas. En el mismo terreno donde se construía el cascarón. El salón era inmenso. A mí me sentaron al centro, frente a los directivos. Caruz era el presidente.

Empezaron las explicaciones. Habló el director de la obra:

—Aunque soy el director y por consiguiente el responsable ante las autoridades del Distrito Federal, ustedes saben que contraté los

servicios de un estructurista, el ingeniero Heberto Castillo, y que en el contrato se hace responsable de la estructura. Quiero manifestar que me consta la profesionalidad, al celo científico con el cual Heberto calculó la estructura y la dedicación que puso en la supervisión de la misma. Pero debe estar claro para ustedes que yo no soy el responsable de esta desgracia.

Tocó el turno al constructor.

—La capacidad como estructurista de Heberto está fuera de toda duda para nosotros. Ha hecho un trabajo de cálculo cuidadoso. La supervisión fue muy responsable. Varias veces estuvo en la obra 24 horas seguidas. No sabemos lo qué habrá fallado. Nosotros hicimos estrictamente lo que Heberto indicó. Ejecutamos al pie de la letra sus instrucciones. No es nuestra responsabilidad. Lamentamos lo que pasó porque fuimos los constructores, porque sabemos los perjuicios que esto causa al Centro Asturiano y porque estimamos mucho al ingeniero Castillo, que fue nuestro maestro en la escuela.

Yo observaba a los directivos del CA. Echaban lumbre por los ojos. Cada palabra de quienes negaban su responsabilidad los encendía más. Yo reflexionaba. No habían siquiera charlado conmigo antes de la reunión quienes habían sido mis compañeros en la aventura, porque aventura había sido ponerse a calcular y construir esa cáscara. En esos tiempos no había las computadoras electrónicas de ahora y que vuelven casi cosa de juego el diseño de estas estructuras. Reflexionaba y concluía que la cáscara había fallado porque dependía sólo de dos piezas clave, los tensores que salían de las patas uniéndolas entre sí. No volvería a hacer una cosa de ese tipo. Eso sí podía volver a calcular. Asumir la responsabilidad implicaba volverme esclavo de los directivos del CA. Era imposible para mí reunir tal cantidad de dinero. Los bancos sólo prestan al que tiene con qué pagar. Mis perte-

nencias eran nulas. ¿Podría ir a la cárcel? No lo sabía. No había tenido tiempo de consultar con un abogado. Todos llevaban uno, menos yo. El que representaba al CA estaba frente a mí, al lado de Caruz. Por andar en esos pensamientos casi no oí las palabras del responsable de la cimentación, de los tensores, era doctor en ingeniería. Dijo lo mismo casi: ellos sólo habían colocado los tensores que yo había pedido. No tenían responsabilidad. Yo supe un par de horas antes de la reunión, por boca del propio trabajador encargado de ajustar los tensores, que los había hecho él, sin que le supervisara nadie el trabajo. Encontró, me dijo, inclinada la base de donde debía asentarse la placa de la cabeza de los tensores y con un cincel la había “rebajado” para que quedara bien. Fracturó así el concreto que más necesitaba estar firme. Y el tensor cedió 12 centímetros, causando la falla. Pero en mis adentros entendí que la culpa era mía por confiar en otros la supervisión de una parte de la estructura que de fallar haría ceder el resto, el total. Estaba triste, muy triste, por la caída del cascarón, pero más por la actitud de todos los que habían participado en la obra. Reconocían mi preparación, mi capacidad, pero nadie se solidarizaba conmigo, para nada. Ninguno de ellos tenía responsabilidad. Seguramente sus abogados les habían aconsejado declarar así. El de Caruz, de vez en cuando me echaba una mirada escrutadora. Cuando terminaron de hablar, Caruz, casi burlón, me dijo: “¿y qué tiene que explicarnos ahora el eminente ingeniero Castillo? ¿Con qué excusa nos va a salir él?”.

—Señores —dije tratando de aparentar la mayor serenidad posible—, ustedes han escuchado ya muchas razones técnicas, contractuales de la manera en que fue hecha esta estructura. Yo tengo poco que decir, aunque podría contarles aquí, por ejemplo, que la

fluencia plástica del hormigón empleado no coincidió con la fluencia elástica del acero importado que debe emplearse en los tensores y otras tonterías por el estilo. Pero después de escuchar a quienes construyeron el cascarón, no tengo otra cosa que decirles que ustedes firmaron un contrato para el cálculo de la estructura con alguien que aspira a ser algo más que ingeniero, que aspira a ser hombre. Estoy a sus órdenes, soy el único responsable de la estructura. Ustedes me dirán cómo debo pagarles.

La reacción fue sorprendente. El abogado de Caruz se dirigió a sus representados y les dijo:

—Permitan que me retire. Nada tengo que hacer frente a un hombre como el ingeniero Castillo. Sólo decirle que me honra conocerle.

Caruz encaró entonces al director de la obra diciéndole:

—Debería darle vergüenza estar sentado junto al ingeniero.

Otro socio, con acento español inconfundible, propuso:

—Este hombre no debe pagar nada, *rediez*. Propongo que nosotros rehagamos la estructura, que cada quien aporte lo que pueda. Entre todos, vamos.

Los constructores de la superestructura ofrecieron entonces trabajar sin percibir utilidades. Todo mundo empezó a discutir. Yo estaba atónito. Un hombre de edad se me acercó y me dijo:

—Yo vine a México a hacer la América, de alpargatas. Pero quiero decirle, ingeniero, que no sé cuánto hubiera dado yo por tener un hijo como usted.

Alguien más propuso:

—Vamos al centro de Puebla para brindar con este hombre.



—Venga —me dijo uno que vio que rodaban lágrimas por mis mejillas—, vamos a brindar. No se apene. Llore, que los hombres como usted son los que saben llorar.

Acabamos tomando champaña en el Centro Asturiano de Puebla. Era la fiesta de la verdad. Para mí, al menos. Todos brindaron: los asturianos, los constructores, el director de la obra y yo. Caruz estaba eufórico. Yo también.

Entonces entendí, antes de empezar mi vida política, que decir la verdad es siempre mejor.

Nunca me ha hecho daño, al espíritu al menos.



A espaldas, del lado derecho del general Lázaro Cárdenas del Río, Heberto Castillo Martínez.

# Tierra o papel



En 1962, el general Lázaro Cárdenas iniciaba los trabajos para desarrollar la cuenca del río Balsas y caminamos con él por brechas y caminos de tierra por el estado de Guerrero. Saliendo de Iguala pasamos por Ichcateopan, Arcelia, Tlapehuala, Placeres del Oro y Altamirano (antes Pungarabato). La miseria y desamparo de los habitantes de los caseríos por los que pasamos era ostensible.

Como Cárdenas era portador de esperanzas, los campesinos se apiñaban a su paso para contarle el abandono, los engaños y despojos de que eran víctimas. Un campesino relató una y otra vez su problema hasta que se cansó, sin que el general pestañeara siquiera. Le oía y oía tanto como el otro hablaba y hablaba. Que alguien los oyera —dijo a quien pidió explicación por su paciente proceder— les da aliento para seguir adelante y luchar. Siquiera que los oyeran. Cárdenas escuchaba mucho y hablaba poco.

Llegamos a Ciudad Altamirano, en donde hacía un calor infernal. Un lugareño pudiente nos recibió y nos dio en su casa comida y reposo. Entre tanto, aguardaban campesinos que deseaban plantear sus problemas al general. Fuimos con ellos a una escuela en

construcción y después, al caer la tarde, a la orilla del río, bajo una frondosa ceiba, los campesinos dejaron oír sus quejas. Un decreto presidencial les dio tierras y los ingenieros que hicieron el deslinde, se las quitaron coludidos con el terrateniente.

Los campesinos traían, además de su enojo, hambre y miseria, unos papeles que el más viejo sacó de un morral. Los entregó a don Lázaro y éste me pidió que los leyera. Era el decreto presidencial dotando la tierra que, de tanto doblarse y desdoblarse, estaba casi destruido. Extendí el amarillento papel y comencé a leerlo a la luz de un quinqué traído por alguien porque había oscurecido. En silencio escucharon hombres y mujeres viejos, muy viejos, jóvenes y niños, éstos semidesnudos, prendidos a las enaguas de sus madres campesinas.

Oían y veían. Oían lo que se leía y veían, escudriñaban a *Tata* Lázaro, el que — ¡al fin!— les daría la tierra. El documento no se prestaba a confusión, pese a estar medio destruido. Los campesinos debieron recibir la tierra. Pero el dinero del terrateniente hizo que el deslinde lo favoreciera. A los campesinos tocó un cerro pelón donde, me dijo uno de ellos, las lagartijas al pasar levantaban la cola para no quemársela. Los campesinos despojados vivían en la vega del río, donde sembraban sandía dulce, jugosa y fresca. Cuando el agua subía, abandonaban sus chozas y se iban por los caminos a pedir ayuda.

Al terminar de leer, miré al general Cárdenas que estaba a mi lado. Creí ver humedad en sus ojos y enojo en su rostro. El decreto era de 1938 y llevaba su firma. Habían pasado 24 años durante los cuales los campesinos conservaron los papeles y el terrateniente las tierras. El campesino más viejo, todo arrugas, todo años, se

levantó y dijo en tono de reclamo que el terrateniente que les había quitado sus tierras era el mismo lugareño pudiente que nos había invitado a comer horas antes.

En enero de 1976, volvimos a Ciudad Altamirano. Fuimos a hacer asambleas populares en Iguala, Altamirano, Arcelia y Zirándaro. Para viajar usamos autobuses de la línea Flecha Roja, que siempre van repletos. Viajamos como sardinas enlatadas y no pudimos movernos de Iguala a Arcelia, pues el camino era sinuoso y los profundos barrancos parecían esperar el descuido —frecuente— de choferes somnolientos y cansados que manejan hasta 18 horas seguidas, choferes que luchan contra el calor sofocante, con las curvas del camino y con el pasaje.

“¡Pásele *pa'tras!*, ¿no ve que estorba?”.

Los pasajeros mareados con tanta curva abundaban, los vómitos también. Nos tocó viajar amontonados, acalorados y vomitados. El cobrador se enfadó con un enfermo: “me está ensuciando el carro, ¡mejor se baja!”. Hay ruegos, súplicas. Una mujer ofreció remedio: un limón. Otro preguntó si alguien traía pastillas contra el mareo. Al fin, la solución: una bolsa de plástico que guardaba antes un bonito pantalón. Una pasajera por allá se mareó también. Apenas oímos: “nos sea cochina, mire cómo me puso”.

Y así seguimos hasta llegar. Tres horas sufriendo codazos, calor, malos olores, empujones y remoiones. Al abandonar el camión, otro coraje; pudimos leer en la puerta: “carro con aire acondicionado y música estereofónica”. Lo único de este servicio es el negocio que hacen sus concesionarios, nos dijo alguien.

A donde fuimos formamos comités municipales del PMT. Participaron en ellos campesinos, obreros, estudiantes, maestros y pequeños

comerciantes. En Zirándaro, al terminar el mitin, encarcelaron a José Hernández Pineda, hermano de Camilo, presidente del comité municipal. En la cárcel nos dijeron que es “consigna”. Tuvimos que ir con el presidente municipal para liberarlo.

Aunque muchos campesinos participaron en nuestras asambleas, hubo temor a las autoridades locales, a la arbitrariedad con que proceden casi siempre. Los campesinos que estuvieron con Lázaro Cárdenas en 1962 nos señalaron que siguen luchando por sus tierras después de 36 años. Ahora las tierras son mejores, pues las presas Vicente Guerrero, Amuco y de La Calera las riegan. Las tierras de Arcelia, Altamirano y Zirándaro valen ahora 10 veces más y los terratenientes —por supuesto— las pelean con mayor decisión. Los campesinos dicen que no creen ya en la ley ni en el gobierno. Ya no tienen esperanzas, ya murió Cárdenas. Tienen, sí, descontento y hambre, mucha hambre.

El secretario de la Reforma Agraria informó que después de Cárdenas se repartió papel en vez de tierra. Que ahora hay 15 millones de hectáreas entregadas sólo en el papel. Dijo a la prensa: “hay amparos interpuestos”. Y los campesinos vienen y dicen con toda justicia: “tengo 40 años luchando; ¿o qué no vale la firma del presidente?”. Así parece.

Expresamos a los campesinos calentenses que la solución a sus problemas no podían venir de arriba, de un mandatario generoso o de un gestor diligente, así sea de la talla de Lázaro Cárdenas. Don Lázaro mismo me dijo cuando le pregunté, en 1962, qué podía hacerse para resolver las injusticias del campo si los problemas que él había resuelto en derecho continuaban de hecho 25 años después de su gestión, si los funcionarios no cumplían en provincia las

órdenes dadas en la capital, a pesar de que él siempre caminaba por la República y no estaba detrás del escritorio como otros funcionarios. Él me dijo: “hay que organizar a los obreros, a los campesinos, para que sean ellos mismos los que se defiendan. Hay que organizarlos políticamente. Sólo organizados podrán ser libres”.

Al regresar en autobús por la noche, en la carretera de Zitácuaro a Toluca, topamos con una patrulla policiaca que mediante un megáfono advertía: “¡despacio, despacio!”. No era que hubiera ocurrido un accidente, no. Era que venía la comitiva del candidato oficial, José López Portillo. Primero, muchos carros de agentes de seguridad, después, uno y otro y otro autobuses de lujo. ¿Diez, quince? No lo supimos, no los pudimos contar. Sólo oíamos la consigna: “¡despacio, despacio!”.



Mitin en cu, 20 de agosto de 1968.



# La captura



Fui aprehendido con lujo de fuerza, como si mis armas fueran otras que la Constitución. Tratando de escapar salté bardas y alarmé vecinos inútilmente, para quedar al fin a merced de las armas cortas y largas que desde múltiples vehículos surgieron empuñadas por “celosos guardianes del orden”. Las amenazas de tormento o de muerte cesaron cuando ellos comprendieron la firmeza de mi decisión. Las armas de que hice acopio durante los meses de mi persecución quedaron en mi último refugio de Coyoacán: la Constitución General de la República Mexicana, sin los lomos que destruyó la lluvia que cayó durante las noches que pasé en los pedregales de la Ciudad Universitaria, cuando en septiembre la mancilló el ejército; los planes políticos de México, algunos libros sobre la reforma agraria y sobre Emiliano Zapata, y un libro que me gusta leer y releer: *El ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*. Se me informó que dichas armas fueron anexadas a mi expediente como pruebas en mi contra.

Más tarde pude conocer los delitos que se me imputan, lo que resultó difícil fue precisar los hechos en que se fundamenta la acusación. El agente del Ministerio Público los enumeró. Ellos son:

Haber fundado el Movimiento de Liberación Nacional (MLN) cumpliendo una de las resoluciones de la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz, celebrada en México en 1961. Haber hecho labor de proselitismo desde esa organización sosteniendo una doctrina nacionalista antiimperialista. Haber cometido actos “probablemente delictuosos” al acudir a muchas ciudades de la República para dialogar con campesinos, obreros, maestros y estudiantes en cumplimiento de comisiones que me encomendaba la dirección del MLN. Haber acudido a la Conferencia Tricontinental y a la Conferencia Latinoamericana de Solidaridad, celebradas en Cuba en 1966 y en 1967. Haber hecho dos viajes a la URSS y haber asistido al Congreso Estudiantil, celebrado en Morelia, hechos estos últimos falsos, por desgracia. Haber escrito artículos, dictado conferencias, tomando parte en mesas redondas, pronunciando discursos y compareciendo ante la TV para apoyar al movimiento estudiantil exigiendo el respeto a la Constitución. Haber participado en la creación de la Coalición de Maestros de Enseñanza Media y Superior Pro-Libertades Democráticas. Haber dicho, el 27 de agosto en el zócalo, que era necesario y urgente que las autoridades “escucharan la voz del pueblo y que la voz del pueblo debía ser acatada”. Haber “señalado como objetivo del Movimiento Estudiantil el hacer respetar la Constitución, exigiendo el cumplimiento de dicho documento e incitando a las masas hasta lograr el triunfo del Movimiento”. Haber pretendido consignar a cuatro altos funcionarios ante el Congreso de la Unión por flagrantes violaciones a la Constitución, haciendo uso de la acción popular que concede el Artículo 111 constitucional.

Y apoyándose en estos hechos y otros semejantes, la Procuraduría me acusa de haber cometido 10 delitos: incitación a la rebelión,

sedición, asociación delictuosa, daños a las vías generales de comunicación, daños en propiedad ajena, robo de uso, despojo, acopio de armas, lesiones a agentes de la autoridad y homicidio.

Por supuesto que rechacé los cargos y negué terminantemente haber participado en la comisión de esos delitos. Se puede ver con facilidad que los delitos que se me imputan no tienen relación con los hechos que enumeró la Procuraduría y que dieron base para el auto de mi formal prisión.

Es importante destacar que mis actividades políticas en el seno del MLN no parecieron delictivas en su tiempo (1961, 1963, 1965, etcétera) y que ahora ya lo son. Resulta entonces que los derechos políticos constitucionales se pueden ejercer siempre y cuando las autoridades en el día y hora que consideren conveniente, no decidan lo contrario. Si mi actividad política era delictuosa y las autoridades la conocían, ¿por qué no me aprehendieron entonces?

Es de notar que las acusaciones que se me hacen, de mantener relaciones amistosas con ciudadanos de los países socialistas, coinciden con el arribo a México del señor Rockefeller, representante de Nixon y de los más grandes intereses monopolistas norteamericanos. El señor Rockefeller fue recibido no sólo por los más altos funcionarios del país, sino que sus asesores se reunieron repentinamente con los jefes de la iniciativa privada mexicana y hasta con los llamados representantes de los movimientos obrero y campesino del país. Hubo múltiples encuentros en que convivieron mexicanos de las finanzas, la industria y el comercio con Rockefeller y con su séquito. Quedó claro que dialogaban no sólo los buenos amigos de Rockefeller, sino también los socios y los prestanombres de los in-

tereses monopolistas norteamericanos. Sin embargo, a ninguna autoridad pareció conspirativa y sediciosa la actividad de los prósperos hombres que se reunieron con Rockefeller.

Quizás a las autoridades le preocupan las relaciones de mexicanos como yo con ciudadanos de los países socialistas y no consideran peligrosa las relaciones de otros con los representantes de los grandes monopolios norteamericanos por razones históricas que yo desconozco. Tal vez, las autoridades conozcan una historia distinta a la que a mí me enseñaron en la escuela. Es probable que ellos piensen que “las innumerables agresiones que México ha sufrido de parte de los países socialistas, lesionando su integridad territorial, su independencia económica y su soberanía, no pueden echarse en saco roto” (aun cuando debo manifestar mi ignorancia y confesar que no tengo conocimiento alguno de semejantes agresiones).

Por otro lado, las autoridades que me acusan y me juzgan deben pensar que dicha actitud de los países socialistas contrasta con la disposición siempre amistosa y desinteresada de los gobiernos y de los empresarios del país del norte. Buena disposición a la que corresponden tocando fanfarrias, echando la casa por la ventana y llegando al extremo de, al conmemorar el 27 de abril la defensa heroica del puerto de Veracruz en 1914, sólo mencionar a los agredidos, pero no a los agresores norteamericanos.

Por mi desgracia fui a escuelas oficiales, en donde me enseñaron otra versión de la historia. De 1936 a 1941 aprendí en la primaria una historia que ahora parece falsa, insidiosa y bien distinta a la que probablemente estudiaron las autoridades: aprendí con mis maestros y con mis libros que los intereses expansionistas e imperialistas de los gobiernos del norte habrían agredido a México y a los países latino-

mericanos no una, sino muchas veces. Supe que en una de las guerras más injustas de la historia, Estados Unidos nos había despojado de más de la mitad de nuestro territorio. Me contaron también que mi Revolución había sido difamada por los norteamericanos y que el presidente Madero había sido villanamente asesinado con la complicidad manifiesta del embajador de Estados Unidos. Conocí de la violación a nuestra soberanía cometida por los “marines” al invadir el puerto de Veracruz. Supe que nos agredían económicamente todos los días y que nos llamaron ladrones cuando el presidente Cárdenas expropió el petróleo en 1938, año en que cientos de miles de niños como yo fuimos a entregar emocionados nuestros ahorros escolares para contribuir al pago de la deuda petrolera.

Esa fue la historia que me enseñaron, y jamás supe de agresiones de la URSS ni más tarde conocí de actos inamistosos de los países socialistas.

Aprendí a querer a mi patria y a desear que las riquezas de su suelo fueran para los mexicanos y no para los extranjeros. Me enseñaron también que los obreros y los campesinos son los principales productores de la riqueza y que tienen derecho a disfrutar de ella y a decidir el destino de sus esfuerzos para crear un México más justo, más digno y más libre.

También aprendí que la Constitución General de la República es el resultado de la lucha heroica de nuestros antepasados y que había costado la vida de más de un millón de mexicanos, la inmensa mayoría humildes hombres del campo, campesinos. Me enseñaron que los mexicanos deberíamos respetar y hacer respetar la Constitución; que los universitarios no deberíamos dar la espalda a nuestros deberes cívicos; que respetar y hacer respetar las leyes no sólo era indeclinable derecho, sino ineludible deber.

Comprendí que el nacionalismo sano es aquel que propaga los valores autóctonos y los valores tradicionales, sin menosprecio de los que surgieron en otros rincones del mundo, sino que pondera y justiprecia la importancia que para el desarrollo óptimo de la humanidad tiene el internacionalismo y la solidaridad con todos los pueblos de la Tierra que luchan por su independencia. Entendí que pretender un México aislado, eludir el análisis racional de los problemas de nuestro tiempo, evitar el contacto, la comunicación y la discusión con los grupos revolucionarios del mundo es no sólo torpe, sino cobarde y vil.

Pero resulta ahora que el Ministerio Público y el juez afirman que soy delincuente o que hay base para creerlo, porque he actuado como las leyes del país lo permiten y lo exigen.

He defendido en la medida de mis posibilidades el derecho de los mexicanos para ejercer irrestrictamente sus derechos constitucionales.

He luchado con todas mis fuerzas para acabar con la corrupción administrativa que corroe las entrañas de la nación: por eso me solidaricé con los estudiantes.

He clamado, angustiado, advirtiendo el peligro evidente de que la penetración económica del imperialismo acabe con nuestra independencia y nos haga prospectos para que los "marines" y los tanques norteamericanos vengan a cuidar los intereses de Estados Unidos en nuestro suelo: por eso acudí al llamado de patriotas como Lázaro Cárdenas y Heriberto Jara para asistir a la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional y la Paz, y cambiar impresiones con hombres y mujeres de toda América. Por ello acudí a las reuniones de los mexicanos que crearon el Movimiento de Liberación Nacional en cumplimiento de uno de los acuerdos de la Conferencia Latinoa-

mericana. Por ello también recorrí el país explicando nuestra tesis nacionalista y antiimperialista que ahora parece “probablemente delicatosa” a las autoridades y al juez que me siguen proceso.

¿Qué debo concluir? ¿Que se engañó a mi generación desde la niñez? ¿Que he vivido equivocado? ¡No! ¡Mil veces no!

Se me puede calumniar, ya que la represión que sufrimos estudiantes y maestros no tiene límites, pero quiero afirmar que ante la calumnia infame no tengo para avalar mi palabra que la niega, otra cosa que mi vida entregada al trabajo, al estudio, a la investigación y a la práctica de la solidaridad con mis semejantes.

Se me acusa en realidad de buscar que la riqueza sea justamente distribuida entre los mexicanos y no sea usufructuada por extranjeros; de oponerme a la penetración creciente de los intereses monopolistas norteamericanos. Se me acusa de buscar que México mantenga relaciones amistosas con todos los pueblos del mundo y no sólo con los que convienen a Estados Unidos. Se me acusa de pretender ejercer con otros mexicanos la acción popular que consagra el Artículo 111 de la Constitución, al consignar ante el Congreso de la Unión a cuatro altos funcionarios que participaron en flagrantes violaciones a la Constitución. Se me acusa de haber ejercido mis derechos constitucionales al escribir artículos, dictar conferencias y comparecer ante la TV apoyando a los estudiantes, denunciando las violaciones a nuestra Carta Magna. Se me acusa de incitar al pueblo para que luche porque se cumpla la Constitución. Se me acusa de defender las garantías individuales, los derechos del hombre. Se me acusa, en suma, de ser mexicano defensor de la vigencia de la Constitución de 1917.

Y yo me declaro culpable. Culpable de no aceptar que nuestra Carta Magna sea letra muerta. Me declaro culpable de mi convicción

antiimperialista, que no antinorteamericana, pues ese pueblo, como todos los pueblos, merece mi respeto. Me declaro culpable de profesar convicción nacionalista. Me declaro culpable de ser solidario con todos los pueblos que luchan por su independencia respetando la forma y los métodos que ellos y sólo ellos decidan emplear para conquistar su libertad. Me declaro culpable de exigir “que la voz del pueblo se escuche, que la voz del pueblo se acate”.

¡Culpable, sí! ¡Mil veces culpable!

Sufrir prisión por estos motivos no puede sino constituir un alto honor para mi persona.

Estoy consciente que no hay posibilidad de que se imparta justicia, de que quienes me acusan y me juzgan procedan rectamente. El gobierno ha decidido hacer caer todo su poder sobre mi persona, como lo hacen también con otros mexicanos, estudiantes y maestros, que luchan por la vigencia de los derechos constitucionales.

Por mí, no importa. Comprendo y conozco los riesgos que corremos quienes estamos dispuestos a ser libres, a pesar de todo.

Rechazo la afirmación de que me convertí en guía, mentor y líder del movimiento estudiantil, no porque pretenda rehuir ninguna responsabilidad, sino porque no es cierto. No se quiere entender que el movimiento luchó, entre otras cosas, por acabar con el caudillismo. En esta lucha no hubo caudillos, hubo consignas emanadas de principios en torno de las cuales nos unimos todos: yo, uno más entre cientos de miles. Ello debe quedar claro, pues me daría vergüenza que los estudiantes y el pueblo que les apoyó, pudieran pensar que me atribuyeron los méritos de los cientos de jóvenes que democráticamente dirigieron el movimiento.



No debe extrañar que campee el terror en las filas de los hombres ilustrados, en algunos estudiantes y en gente del pueblo. Los hechos no son para menos. La represión prosigue implacable en todos los tonos. Y el peligro de nuevas violencias se cierne sobre el pueblo.

Que callen sus convicciones quienes sufran temor incontrolable. Digo que sobrestiman el valor de las ventajas materiales de que disfrutan ahora y que subestiman el futuro de sus hijos. A nadie, sino a nosotros mismos, podemos exigir correr todos los riesgos. Que cada quien asuma la responsabilidad de su elocuencia o de su silencio.

No se olvide que la mayoría de nuestra población sufre hambre y no disfruta del ejercicio de sus derechos políticos, y menos se olvide que nosotros hemos estudiado gracias al sacrificio de la población humilde y que debemos luchar porque sus condiciones mejoren.

Tal vez, algunos mexicanos que me estiman sufran porque he perdido mi libertad física. A ellos digo que a ese precio he pagado mi libertad para pensar, hablar y escribir; y que estoy dispuesto a defender esa libertad con mi vida, si es preciso. A ellos digo, también, que no han comprendido, quizás, que son más presos políticos que yo y que los que como yo sufren prisión por defender sus derechos. Porque algunos mexicanos gozan de libertad física, porque han aceptado la prisión de sus convicciones. En México, todos debemos luchar por nuestra libertad.

Porque en México, ahora *todos somos presos políticos*.

[Cárcel de Lecumberri, mayo de 1969]



# El principio



Fue un estallar de cristales, sordo, confuso, inexplicable. Después el vacío, la oscuridad. La noche. Yo caía sin saber cómo ni a dónde.

Genaro luchaba en su terruño al lado de los campesinos. En Iguala un día cundió la represión. Hubo muertos y heridos, Genaro fue acusado por un testigo presencial que juraba haber visto cómo la bala que salió de su escuadra iba a dar en el pecho de un agente judicial. *Vista de Supermán* le decían.

Había orden de aprehensión contra Genaro. Por eso andaba fuera de Guerrero, su estado natal. Pero hacía incursiones. Y participaba en el Movimiento de Liberación Nacional (MLN) coincidiendo, primero, con Alfonso Garzón Santibáñez y Humberto Serrano en la organización campesina. Después, éstos se escondieron, se fueron al PRI. Ramón Danzós, cofundador con Garzón y Serrano de la Central Campesina Independiente, se quedó en la izquierda, en el Partido Comunista de México (PCM). Genaro permaneció en el MLN y desde ahí organiza-

mos algunos mítines en el mero Chilpancingo, sin que lo molestaran. Pero no teníamos confianza. Sabíamos de la orden de aprehensión.

Una mañana de 1966, charlábamos en las oficinas del MLN en la calle de República de El Salvador. Genaro no veía posibilidades a la lucha abierta, legal. Había sufrido en carne propia la represión y visto cómo el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz reprimía a los obreros y campesinos. En toda la República había agresiones sistemáticas en contra de quienes osaban actuar en las organizaciones populares socialistas. Era imposible registrar un sindicato nuevo, independiente. Y no había manera de que se atendieran las quejas campesinas hechas desde organizaciones al margen de las oficialistas.

Genaro Vázquez Rojas era hijo de campesinos, maestro normalista. No olvidó su origen y siempre estuvo en la lucha, como estudiante o como maestro. Participó activamente en el Frente Cívico Guerrerense y dio la batalla electoral. La represión violenta fue la respuesta. Ahora la espada de la “justicia” pendía sobre su cabeza.

Esa mañana me enseñaba documentos relacionados con el caso. Conocía las acusaciones y había acumulado pruebas para defenderse. Tenía en su portafolio fotografías de la refriega. Amigos de la prensa se las habían proporcionado. Eran imágenes de escenas impresionantes. La muerte y el dolor se retrataba en ellas.

En el fondo del portafolio traía una pistola automática. Una *Brownie*.

—Esta es la escuadra de la que dice *Supermán* que salió la bala que mató al agente. Sus ojos de rayos X la siguieron hasta que dio en el blanco. —Sonrió pícaramente.

— ¿Alguien lo creerá? —me preguntó.

—El juez, seguramente —respondí.

Guardó la pistola. Pregunté si le daría tiempo de sacarla en caso de agresión. Sonrió como respuesta. Quería regresar a Guerrero, abiertamente. Le hice ver que era del todo inconveniente.

—Había estado allá y nada había pasado —me dijo.

—La confianza mató al gato —repuse.

—Así es —respondió.

Salimos a la calle.



mslms

En derredor todo era oscuro, ningún ruido turbaba el silencio de la noche. Yo caía en el vacío, negro, hondo. ¿Soñaba? ¿Qué había pasado? En fracciones de segundo trataba de reconstruir los hechos. Nada recordaba. ¿Había explotado el avión? Con frecuencia viajaba a Sudamérica, a Lima para dar conferencias en la universidad. Supe, sí, que caía desde el cielo ¿Hacia dónde? ¿Mar o tierra? ¡Caía al vacío, negro, infinito! Como en algunas pesadillas. ¿Ésta era otra? Caía, caía, inexplicablemente no sentía miedo. Sólo caía al vacío, negro, negro.

Ángel Gutiérrez Peralta tomaba fotografías en el mercado de Coatzacoalcos. La policía agredía a locatarios. Entretenido en su labor fotográfica no vio cuando los agentes le echaron mano por la espalda. Sabían que era un buen boxeador. En sus años mozos, profesional. “¡Putra madre!, cuando subía al *ring* traía los güevos en la garganta, Heberto —me decía— sólo cuando te dan los primeros chingadazos se te va el miedo. ¡Pinche profesión tan cabrona!”.

La nariz quebrada, aplastada, sus ojos vivos, inquietos, le bailaban como tal vez él lo hiciera en el *ring*. Había perdido mucho pelo. Frisaba los 40. Todo vitalidad, entusiasmo. Los deseos de hacer la

revolución en México se le atropellaban en la mente “¿Cómo, Heberto? Hay que entrarle a los chingadazos”, me decía.

Ángel era mal hablado. No podía expresarse sin echar picardías. En casa, al principio casi no decía palabra. Apenas si saludaba a Tere. Un día comíamos los tres en casa. Tere nos servía. Opinó que Ángel era muy callado. Él me miró malicioso.

—Perdone señora —dijo— y tomándome del hombro, explicó:

—Yo quiero mucho a este *hijueputa*, pero no puedo hablar si no digo maldiciones. ¿Me perdona?

Tere explotó en risas.

—Claro Ángel, hable como quiera. —Y habló.

Los agentes lo golpearon a placer. Le traían ganas desde hacía muchos años. Les había dado mucha guerra.

Y cuando nació el MLN, Ángel fue de los primeros en afiliarse. Nos conocimos en Coatzacoalcos, en un mitin organizado por él y los compañeros del MLN. Fui al acto con el doctor Guillermo Montaña, miembro como yo del Comité Nacional. Había entusiasmo y muchos campesinos. Ángel habló sobre la necesidad de luchar por la libertad de los presos políticos. Y como él, hablaron otros. Demetrio Vallejo y Valentín Campa estaban en prisión. Y cientos de ferrocarrileros. Pero los campesinos poco sabían de ellos. Tenían problemas específicos de su clase. Tomé la palabra y expliqué los objetivos del MLN. Su programa económico, en especial el campesino. La necesidad de organizarse para luchar por derogar el amparo agrario, por conquistar la tierra para los campesinos. No tenían créditos ni agua ni aperos de la labranza ni asesoría técnica. Había que sumar fuerzas.

Dije, después, en privado, a los dirigentes del MLN en Coatzacoalcos, Ángel entre ellos, que no era una buena táctica hablar primero a los campesinos de los presos políticos. Eso debería venir después. Ellos se sumarían al MLN si encontraban planteamientos que les interesan. Discutimos. Les dije que en la cárcel los presos tenían comida. Los campesinos no.

Ángel escribió molesto a la dirección del MLN acusándome de no simpatizar con los presos políticos. Había afirmado yo, decía en su carta, que estaban mejor los presos que los campesinos. Resumaba indignación. Se trató el asunto en la dirección del MLN. Montaño y yo explicamos los hechos.

Semanas después, Ángel vino a México. Aclaremos paradas. Entendió mis puntos de vista e hicimos buena amistad, entrañable.

Ante los ojos de centenares de marchantes del mercado de Coatzacoalcos, Ángel fue metido a empujones en un automóvil sin placas. Ahí lo amarraron de las manos y las piernas, haciéndolo arco hacia atrás. Lo echaron al piso del automóvil y se fueron. Lo llevaron rumbo a Jalapa.

Sonó el timbre del teléfono. Era ya de noche. La telefonista preguntó si aceptaba una llamada por cobrar de Coatzacoalcos, de parte de Ángel Gutiérrez, sí, dije. Una voz distinta a la de Ángel me habló:

—Soy amigo de don Ángel Gutiérrez. Iba rumbo a Coatzacoalcos de Veracruz y me bajé en Jáltipa a comer. Pasé junto a un automóvil y vi unos pies que asomaban por la ventanilla. Me acerqué y vi a don Ángel en el piso del carro. Me pidió que le llamara por teléfono a usted y le dijera que lo habían aprehendido y que seguramente lo llevaban a Jalapa. Estaba muy golpeado.

El informador no me dio su nombre. Tenía miedo. Le agradecí el aviso. Al otro día, muy temprano, denuncié el caso. Dos abogados amigos nuestros, Armando Castillejos y Guillermo Calderón hicieron la denuncia en Jalapa. Dos semanas después logramos sacarlo.

—Me dijeron que te van a joder. Los pinches guaruras nomás me preguntaban por ti. López Arias te trae ganas. Estaban muy sorprendidos de cómo te habías enterado tan pronto de mi detención. ¡De pendejo les digo que yo te había mandado avisar por mi cuate! Les hice sentir que estamos bien organizados, que tenemos una muy buena red de comunicación, fregona. ¡Los tarugos se la creyeron! Pero te van a chingar si no te cuidas. ¡No te rías cabrón! ¡Te van a chingar!

Genaro quería hacer un recorrido por el estado de Guerrero. Me había llevado con amigos a Iguala. Las autoridades no se enteraban de su presencia. Tenía muchos seguidores. Una tarde me presentó a una anciana, toda arrugas. Los ojos le centellaban en la cara verdaderamente delgada. “Mire ingeniero —me dijo Genaro— esta madrecita es valiente como pocas”.

Vi que la anciana tenía un brazo baldado, no podía estirarlo, estaba permanentemente flexionado en forma de escuadra, haciendo un ángulo recto. “Ella estuvo en la refriega —dijo Genaro— y viera usted que buena es disparando”.

Miré su brazo derecho y cariñosamente le pregunté: “¿y con su brazo malo puede disparar?”. “¡Pero como no!”, respondió. A continuación, enderezó el antebrazo poniéndolo horizontal para mostrarme que así, la mano, contrahecha también, le quedaba a la altura de los inquietos ojos. Pegó el codo a la cintura y con el índice me demostró cómo accionaba el gatillo. “¿Ve?” —me dijo entusiasta—. Asentí: “claro, madrecita”, le dije usando el cariñoso término que empleaba Genaro.



Al salir de las oficinas del MLN en las calles de República de El Salvador, Genaro me confiaba sus intenciones de recorrer el estado para visitar a sus compañeros. Me recordaba a alguno de los amigos que en anteriores giras me había presentado. Todos ellos hombres de fiar, me decía. En especial, a 10 les tenía mucha confianza, su cuñado entre ellos. Previendo algún rechazo mío a sus opiniones radicales, me dijo:

—El gobierno compra y compra conciencias, ingeniero. Vea usted nada más cuántos intelectuales se han ido del MLN a las filas del PRI. A los que no se venden los margina. Y si muy tercicos se ponen, los encarcela o los elimina. Recuerde los casos de Siqueiros y de Filomeno Mata. A los obreros rebeldes los ponen en la lista negra para que no les den trabajo. A los dirigentes sindicales independientes los mandan a la cárcel. Y a los campesinos los matan. Desde que mataron a Zapata, la vida de los campesinos no vale nada —asentí. Serían las dos de la tarde. Cruzamos Bolívar. Ahí está una cantina. Alguna vez entramos a ella con otro compañero para cambiar impresiones. La miró Genaro, me vio y dijo: “usted no toma otra cosa que refrescos. Si no fuera así nos echábamos una”. “Gracias”, contesté. Nos despedimos.

Había muchos transeúntes. Le eché una mirada a su portafolio. Lo apretaba bajo el brazo. Vi que saludó a unos compañeros. De eso al menos les vi traza, pues parecían costeños y se fueron caminando juntos.

Los perdí en la muchedumbre.

Ángel andaba caliente. Quería organizar a los campesinos para luchar en la sierra. Había platicado con Genaro en la cárcel de Iguala.

—Ahora conozco a dos chaparros muy “güevones” —me dijo—. Los dos están en la cárcel. Tú me llevaste con Genaro. Yo te voy a llevar con Vallejo. Está en Santa Marta Acatitla, ¿vamos? —Vamos, respondí.

—El día de visita es el domingo. Voy a pedir dos lugares para éste. —Bueno.

—Genaro me dijo que tenías razón. Le preguntaste al salir del MLN en México si pensaba que podría sacar la pistola a tiempo y dijo que sí.

—Nomás se rió. —Le contesté.

—Pero dice que lo aprehendieron en tus narices y ni cuenta te diste.

—Así fue.

—Se lo llevaron los judiciales de Guerrero y Genaro ni gestos hizo. Supe que lo habían aprehendido al otro día, por su esposa.

—Cómo le iba a avisar, ingeniero. Cuando nos despedimos me pegaron como lapas y me pusieron dos pistolas en las costillas. Una de cada lado. “Si haces ruido te lleva la chingada, cabrón”. Eran tres. Así que caminé derecho. ¿Qué otra cosa hacía? Envíe una protesta a la Procuraduría de la República. Era un secuestro. Violación de la soberanía del Distrito Federal por judiciales de Guerrero. “Nada de eso —me dijeron—, lo aprehendieron en Guerrero. Si usted dice que no, demuestre lo contrario”.

Ahí quedó todo. En un acta de protesta.



*MLN*

Mi caída al vacío terminó en el agua. Pronto topé de cabeza, con el fondo lodoso. Pude impulsarme hacia arriba. El contacto con el agua templada me revivió, pero no me devolvió la memoria. Seguía sin saber qué pasaba. Busqué ansioso la superficie y, al fin, tras segundos que me parecieron siglos, pude sentir el aire en la cara. Aspiré profundamente y busqué sus restos



a mi alrededor. Los salvavidas que dicen que hay debajo de los asientos. Nada. Ni un ruido. Ni una voz. Nada. Me ahogaba.

Llegamos Ángel y yo a la sala de visitas de la prisión de Santa Marta. Llamaron a Vallejo. Llegó con su uniforme azul, limpio, impecable. La cuartelera en la cabeza, ladeada. Los zapatos negros relucientes. Pequeñito. Vivaz. Nos sentamos y tomamos un refresco. Escuchó paciente las razones de Ángel que le pedía direcciones de compañeros ferrocarrileros de confianza para organizar con ellos comités del MLN. No se pensaba en un partido, sino en un organismo amplio.

—No compañeros, hay que formar un partido de masas —dijo impaciente Demetrio. —Los campesinos luchan por sus tierras, los obreros por sus derechos. No hay organización en un frente. Hay que formar un partido

—¡Chaparrito de oro! —clamó Ángel—, hay que organizar a los campesinos para luchar por sus tierras y a los obreros por sus derechos. El MLN puede ser la alternativa. Desde el partido no se puede hacer.

—Hay que formar un partido de masas —sentenció finalmente Vallejo.

Se despidió y no proporcionó dirección alguna. Le ofrecimos publicar una segunda edición de su libro *Yo acuso*. Yo escribiría un prólogo. El anterior era de Siqueiros. Pero éste, nos dijo Vallejo, se había quebrado al salir de prisión, había aceptado el indulto presidencial. Vallejo no se llevaba ya con ninguno de los presos políticos. Con algunos no se hablaba siquiera.

—Vallejo no nos tiene confianza —le dije a Ángel— cree que estamos buscando crear una organización medio clandestina o guerrillera.

—Eso deberíamos hacer, cabrón. Te lo he dicho muchas veces.

Otra vez razoné con Ángel que si actuando con la ley en la mano los obreros; los campesinos y las amas de casa tenían miedo de incorporarse, más difícil sería hacerlo llamándolos a la lucha armada revolucionaria.

—Cuando decidamos eso, Ángel, llamaremos desde la sierra.

—¿Cuándo, cabrón?

La cárcel de Iguala era un patio grande y un corralón inhóspito, con piso de tierra. Dormían hacinados ahí más de 100 presos.

Para entrar como visita hay que hacerlo a gatas, pues la puerta es baja y primero entra uno a una especie de jaula. La ficha para identificarse a la salida es un tarjetón donde pone uno su nombre y sus huellas en tinta verde. También se marca el brazo del visitante con el mismo sello. La sala de visitas es una pequeña enramada donde una mujer hace tortillas, huevos fritos, carne asada. Eso los domingos y jueves, días de visita. Genaro estudia en la cárcel, me pide libros de historia, de teoría revolucionaria. Mis informes se vuelven rutinarios. Nuestro amigo Lázaro Cárdenas no puede hacer mayor cosa.

—Por la buena no hay esperanzas, ingeniero. Los abogados hacen lo que pueden, pero nada pueden. No hay más que esos tres soldados allá arriba —me dice Genaro, señalándolos con la vista penetrante de sus oscuros ojos.

La barda de unos seis metros de altura remata en dos casetas de vigilancia. Veo, en efecto, tres soldados con el rifle terciado al hombro.

—¿No hay más? —pregunto.

—A veces. No siempre. A un lado está la calle. Al otro, el cine. No es difícil escalarlo. Los sábados y domingos hay mucha gente. Se puede escapar entonces. Hay mucha gente y no dispararían sobre ella.

A Genaro lo quieren matar. Han llegado presos con instrucciones de hacerlo. Pero la mayoría lo protege. Todo mundo lo estima. Le han compuesto corridos en la cárcel. Escucho algunos.

—Si me salgo me voy para el monte. No hay otra. Por la buena nada se puede hacer ya; entiéndalo, ingeniero.

—Este chaparrollo sí se sale a la brava. Hablé con él. Me dijo Genaro que fuiste a visitarlo y te contó su plan. Te vio escéptico. Él dice que aunque la barda está alta él podrá hacerlo.

—Me contó que lo ayudas en lo que puedes, pagando los gastos de los abogados, la impresión de algunos volantes y carteles, para los gastos de algunas reuniones de sus compañeros en Guerrero.

—Así es —le dije—, pero el MLN no crece en Guerrero. Siento que organizan una agrupación filial del MLN, pero no siguiendo los lineamientos del MLN. Eso ha ocurrido en otros estados del país. Por eso nos lanzamos y vamos de más a menos.

—Hay que cambiar de táctica —me dice Ángel.

—Todo lo que sea necesario. Pero tenemos principios, Ángel. Entiéndelo.

—Son los mismos principios, cabrón. No le saques a los chingadazos.

—Eso es provocación, Ángel.

—Hay que ayudarlo más de todas maneras. Necesita dinero. Lo que de vez en cuando le das no le alcanza. Le ofrecí conseguirle 50 mil pesos. Que tú ayudarías.

—¿Cómo? ¿De dónde saco yo esa cantidad?

—La mueblería puede responder, Heberto. Pedimos al banco y luego conseguimos con los amigos. Le invento a mi vieja que te presté dinero porque andabas apurado. Firmas una letra por 50 mil pesos a mi favor. Yo la descuento en el banco.

—Bueno.

Ángel era dueño de una mueblería próspera. Su esposa le ayudaba a administrarla.



*masa*

Todo alrededor era negro. El agua fresca. Recordé que un día en el río Balsas, el general Lázaro Cárdenas se dio cuenta de que yo no sabía nadar. “Todos podemos flotar. Sólo mueve las manos así”, dijo, haciendo con las suyas movimientos circulares horizontales. “Mueve los pies y avanza braceando”.

Traté de zafarme los zapatos, pues había leído que hay que hacerlo para flotar mejor. En el intento me hundí. Desistí de quitármelos. Empecé a mover las manos haciendo círculos horizontales. Floté. Vertical casi. ¿Habría algún otro sobreviviente? Grité con todas mis fuerzas a la noche oscura, sin luna, sin estrellas, negra, negra.

—¿Hay alguien por aquí? —me contestaron:

—¡Acá, nade para acá! —A lo lejos distinguí una luz.

—¿Dónde estoy? —Pregunté angustiado.

—¡En el ejido Francisco Villa! —Respondió la voz.

—¿Dónde?



En Tabasco y Yucatán Ángel tenía amigos. Decidimos hacer el recorrido en busca de dinero. Fuimos primero a Veracruz. Ahí se nos agregó Daniel Cabrera, sobrino de Ángel, de 18 años. En nuestro recorrido algunos amigos ofrecieron ayuda. En Veracruz, Alvarado y San Andrés Tuxtla, también. Estábamos optimistas. Ángel había obtenido el dinero en el banco. Ahora yo debía 50 mil pesos, que eran muchos. Suficientes para comprar un automóvil grande, nuevo. “No te apures”, me decía Ángel. “Si no conseguimos el dinero yo pago. Le diré a mi vieja que no has podido juntarlos. Lo arreglo de alguna manera”, insistía en eso cada que me veía preocupado.

Genaro recibió el dinero pero no volvió a comunicarme plan alguno. No deseaba involucrarnos. Me parecía suicida su empeño en saltar la barda. Yo seguía viendo frecuentemente a sus hombres de confianza, que nada me decían. Sólo que la organización avanzaba. La Asociación Cívica.

Llegamos a Minatitlán, en donde di una charla a ingenieros petroleros. Estaban interesados en el MLN, pero Ángel no había podido incorporarlos. Sabíamos de la explotación que sufrían los trabajadores eventuales y las enormes cuotas que debían cubrir para obtener una plaza. El sindicato era una mafia. Se sostenía y crecía porque la represión estaba a la orden del día. De todas las formas: aislamiento, despido, agresión, cárcel.

Raúl Solezzi tomó vivo interés en el MLN. Era ingeniero y acababa de participar en una lucha electoral. Había sido candidato a la presidencia municipal por un frente independiente en el que había intervenido entusiasta Ángel. Fueron derrotados, pero conquistaron gran simpatía en la población. Los caciques de la región los tenían en la mira. Para Raúl la vida se complicaba cada vez más por-

que vivía de hacer trabajos a Pemex. Y el sindicato lo hostilizaba de todas maneras. En especial por su participación en las elecciones. Sus discursos habían sido fuertes, condenando a los caciques y al gobierno de López Arias, el *Bocachula*, como le decían.

Raúl nos invitó a su casa, pues tenía la intención de incorporarse a la gira por Yucatán, primero, y a Chiapas, después. Tenía una hermosa familia solidaria con su lucha. Quería consultarlo con ella. Tras la cena, charlamos. Su esposa Aída y sus hijos coincidieron en que si Raúl lo decidía debería incorporarse al grupo. El MLN podría ser la organización del futuro en México. La que hiciera la revolución.

La señora Solezzi nos despidió amablemente deseándonos éxitos en nuestra empresa. “Han conquistado ustedes un gran compañero —me dijo— Raúl es un hombre de una sola pieza”.

Al día siguiente, muy temprano, salimos rumbo a Villahermosa. Ahí había más amigos. Ocupábamos el Volkswagen cuatro compañeros: Ángel, Raúl, Daniel y yo. El hijo mayor de Ángel, del mismo nombre, se quedó en el puerto. Y aunque ardía en deseos de acompañarnos, tenía que atender algunos problemas de la mueblería de su padre.



MLN

La voz en la oscuridad me guiaba. Y también la luz que se movía de un lado a otro. Nada para acá, repetía. Para mí la distancia era enorme. Yo no sabía nadar, apenas podía cruzar una alberca por lo angosto, 10 metros. Y aquí había muchos metros. No sé cuántos. Traté de no ponerme nervioso. “Ahora es cuando necesitas calma”, me dije. Y busqué avanzar hacia la luz. Algo tibio, espeso, me corría por la cara. Sangre, pensé.





Sin embargo, nada me dolía. Avanzaba hacia la luz. Y la voz amiga me alentaba. “¡Nade, nade, falta poco!”.

“Si te pones nervioso, pensé, te ahogas”, Heberto, ¡calma!

Genaro organizaba desde la cárcel. Sus compañeros de mayor confianza trabajaban en la capital y se conectaban por todos lados. Filiberto, Roque, Antonio, Isaías, Pedro, Toño, pudieron comunicarse con amigos mutuos en la frontera de Estados Unidos. Supe que habían adquirido armas. Pero nada me decían. Sólo expresaban que todo iba bien. Había descartado la posibilidad de que Genaro saliera de prisión por la buena. Los abogados, sin embargo, trabajaban y me tenían al tanto de sus esfuerzos. Y yo les proporcionaba recursos. Escasos, pero constantes. Aún tenía esperanzas de sacar a Genaro antes de que decidiera escapar. No me sentía con derecho de pedirle que esperara. Él trataba de no involucrarme. Así entendí la falta de confianza para informarme de lo que hacían.

En Villahermosa di una charla en la universidad, en la Escuela de Ingeniería. La prensa era tan dependiente del gobierno que sólo boletines oficiales publicaba, y reseñas de bodas, bautismos y defunciones. Pero la *Voz del Soconusco* recogía verdades. Y circulaba en Tabasco. Javier Zea Salas publicaba otro periódico de combate y sorteaba la represión. También en sus páginas aparecieron nuestras opiniones. “Miembros del MLN recorren el sureste buscando recursos y afiliados”, decían. “La tierra para los campesinos, el viejo anhelo de Zapata, es bandera de esta organización”, señalaban. Algunos profesores y alumnos de la Universidad Benito Juárez de Tabasco platicaron con nosotros. Más que desear incorporarse, les intrigaba que yo anduviera en esas tareas pudiendo dedicarme a explotar la tridilosa,

que ya se usaba en algunas obras importantes. El puente sobre la presa Morelos en la desembocadura del río Balsas estaba terminado, y se había hecho con tridilosa, gracias a la decisión del general Lázaro Cárdenas. Era el primero que se construía con esa técnica. ¿Por qué andaba en esas correrías? ¿Estaba amargado? ¿Resentido? Les extrañó, como a muchos, que mi contestación fuera que luchaba contra los opresores del pueblo mexicano porque amaba a mis semejantes, a mis hermanos, no por odio a los opresores. “Amar —les decía— es más fuerte, más vigoroso, más revolucionario, que odiar. Algunos luchan contra el gobierno y concentran su odio en él por amor al poder. Quien lucha por amor al pueblo rechaza la injusticia porque ésta perjudica a la mayoría, no sólo porque beneficia a los menos”.

Nada conseguimos de los universitarios. Sólo simpatía. Y necesitábamos dinero. Dinero. La fotografía en el periódico de Zea Salas retrataba a los viajeros y a los simpatizantes. El pie expresaba la admiración por quienes pudiendo dedicarse a hacerse ricos, caminaban por el país sumando fuerzas para hacer una revolución que acabaría con los ricos. Esa misma foto sería publicada dando a conocer la muerte de los viajeros.



*Maria*

Tere recibió la noticia por la noche.

—Señora, habla la secretaria del señor Gutiérrez. Hubo un accidente. Todos murieron. Vaya por el cadáver de su esposo a Campeche.

—¿Allá los llevaron?

—Sí señora, todos murieron.

Tere colgó y prorrumpió en sollozos. Los niños a su lado, también. Al verlos llorar entendió que era necesario serenarse.



Lo hizo y calmó a sus hijos. Les dijo que horas antes, un desconocido había hablado desde Escárcega para informarle que su esposo estaba a salvo: “le habla el *Campechanito*. Así me conocen por acá. Sí, señora, el *Campechanito*”.

Había esperanzas. Los cuatro niños, Heberto, Javier, Héctor y Laura, el mayor de 13 años, lo entendieron, Héctor cumplía 11 años al día siguiente.

Tere fue a ver a Armando Castillejos.

—Ya sabes que a los familiares le dicen siempre que el accidentado sólo está herido —le advirtió— vete conformando. Yo te acompaño a Campeche. Esperamos que esté vivo. Pero no te hagas ilusiones.

—Detuvieron a dos compañeros que pasaban armas en la frontera, me dijeron los compañeros de Genaro. —¿Qué hicieron ustedes? —pregunté— nada —respondieron—. Ellos dijeron, contrabandeaban para ganar dinero. Dieron mordida y todo arreglado. Ahora hasta algunos aduaneros cooperan.

Pregunté si las armas eran para lograr la fuga de Genaro, pero nada contestaron. Ante mi insistencia, dijeron:

—Si la va haber, sabe sólo Genaro. Nadie más.

Me explicaron que las armas las adquirirían fuera, porque aquí se denunciaban. No estaban organizando ningún grupo armado.

—Sabe usted —me decían— que en nuestro terruño el que anda desarmado está a merced de todos.

—No se preocupe ingeniero. Estamos con el MLN también.

Necesitaban dinero, como siempre. Cooperé con alguna pequeña cantidad. Genaro, formal, ordenado siempre, me envió un

recibo agradeciendo la ayuda económica que daba para su familia. Entendí que lo hacía para dejar constancia de que yo no participaba en sus planes, aunque lo sospechaba. Conservé el mensaje. Me podría servir después. Nadie sabe lo que vendrá, me dije.



mslms

Desfalleciendo casi, alcancé la orilla. El campesino estaba a pocos metros de mí. Tenía un quinqué en la mano.

—Espere ahí —me dijo— la orilla es pantanosa y se puede hundir. Voy por una tabla para sacarlo. No tardo. —Y se fue corriendo.

¡Me quedé en la orilla! Me dije “no podré más”. Pero reflexioné: pudiste nadar, flotar bien, con todo y zapatos. ¡Sigue flotando! Al fin, apareció mi amigo con una tabla. Me acerqué entonces. No había lodo sino hasta la mera orilla. El campesino se metió un poco y me tendió la tabla. Me arrastró. Y toqué tierra firme.

—¿Con quiénes venía? —preguntó—. No sé, no sé, ¿qué pasó?

—Todos murieron —me dijo.

¿Con quiénes venía? Pensé angustiado. ¿Con quiénes?

Temprano, salimos de Villahermosa. Había que visitar a un amigo de Ángel que vendía muebles tropicales. Era simpatizante y posiblemente ayudará económicamente. Vio algunos de sus proveedores, yucatecos nacionalistas, con posibilidades económicas. Nada en firme conseguimos. Comiendo en una fonda yucateca hicimos balance. Hasta ese momento Ángel estaba condenado a pagar la mayor parte



del dinero entregado a Genaro. “No le hace —decía riéndose— sé ganar dinero. Vengo de abajo. No se apuren”.

Raúl hablaba poco. Observaba. Inteligente, se preguntaba de qué viviría si se oponía abiertamente contra el sistema. Ángel sugería:

—Te pones a hacer tridilosas, ¿verdad Heberto? Él gana dinero construyendo y Heberto y yo nos partimos la madre contra el gobierno. Mi vieja a lo mejor no jala y quiere la mueblería. Pero *mi'jo* Ángel puede ayudar en la administración. Aunque el cabrón está chiquito todavía. Ni tanto —reflexionó mirando a Daniel, —¿tu tienes...? — Daniel interrumpió —mañana cumplo 18 años, tío.

—¡Pinche cabrón! Ya estoy viejo. Heberto, *mi'jo* Ángel anda en los 20. ¡*Pa'su* puta madre!

Expliqué a Raúl cómo trabajaba el MLN e hice un poco de broma de lo acelerado de Ángel.

Salimos de Mérida ya tarde. Un último contacto nos entretuvo. “Cabrón, culero. Te he de convencer. Y a ti Raúl. La lucha armada es el camino”, decía a Ángel. La idea era llegar a Villahermosa de un tirón. Había que tomar una avioneta en esa ciudad para ir a Tapachula en donde nos esperaba Ovidio de la Rosa.

—Ya está avisado Ovidio. Nos espera en el aeropuerto antes de las 12. Las avionetas sólo vuelan de mañana. Acuérdate cabrón —me decía.

Terco en hacer el recorrido en una sola etapa. Viajaríamos casi toda la noche. Podíamos manejar Raúl, Ángel y yo.

—Así no se hace pesado —señaló Raúl.

Tomé el volante en Mérida. A la hora de camino, un tráiler invadió mi carril y se nos vino encima. No pude hacer otra cosa que

salirme de la carretera. Logré controlar el Volkswagen y quedar parado fuera de la pista asfaltada. El chofer del tráiler ni se detuvo.

—Eso fue adrede, les dije a mis compañeros. Ese *hijueputa* no iba dormido. Se me echó encima.

—Pinche Heberto, no veas moros con tranchetes, cabrón. Si estuviéramos en Veracruz te lo creería. Pero esto es Campeche. El *Bocachula* no tiene influencias acá.

—Yo iba durmiendo —reflexionó Raúl— no vi qué pasó. Sólo que dábamos brincos.

Miré alrededor. La carretera estaba medio metro arriba del piso donde quedamos. Era un largo trayecto. El camino apenas levantaba del nivel medio; por eso pude controlar el auto; no había un árbol cerca de la carretera, puro pastizal. Proseguimos el camino. Yo iba preocupado. “El tráiler se me echó encima adrede. ¡Carajo!”.

El puente había quedado bien; yo, mal. Nunca fui buen constructor. Siempre perdía. Sabía diseñar las estructuras, pero no actuar como contratista. Y el puente sobre el vertedor de la presa había tenido que construirse personalmente. Contratar obreros, tener residente. Odio tener empleados. Pocas veces en la vida los he tenido. Perdí en el puente de tridilosa, pero gané una enorme satisfacción.

A media construcción me fui a la conferencia en La Habana para formar la Organización Latinoamericana de Solidaridad (Olas), a mediados de 1967. Me fui preocupado, aunque al frente de la obra estaba Manolo Yeffal. Pero creo que la política está por encima de todo. Yo propuse la creación de la Olas, con Salvador Allende y Cheddi Jagan. No podía salir ahora con que no voy. Y me fui. Nada pasó. El puente trabajó a pesar de la casi unánime condena a su

estructura. “Esa araña se va a caer. ¿Cómo se construye un puente para ferrocarril y para carretera con una estructura que nadie conoce, que nunca se ha usado. Son las locuras de Heberto. ¡Cómo le fue a confiar el general! ¡Y Cuauhtémoc que tan bien lo conoce! Es un buen teórico, matemático, pero ¿puentero? ¡No, hombre!” Todos estaban en contra menos el general y Cuauhtémoc, residente de las obras de la presa La Villita. A la postre, el puente quedó bien. Muy bien. El primero en el mundo con tridilosa. Y en la ciudad Lázaro Cárdenas.

—Mire maestro, véndame la patente de la tridilosa. Usted no puede dedicarse a construir ni a calcular. Cada vez más emboletado en la polaca. Le pagamos una regalía y se dedica a organizar a los campesinos y a los obreros, como quiere. Pero Tere y los niños tendrán lo suficiente para vivir. Ellos deben ir a la escuela.

Era Manolo Yeffal quien así hablaba. Fue mi alumno. Era mi amigo. Había dirigido la construcción del puente. Supo en carne propia las consecuencias de mi militancia política. Por meterme al MLN hube de cerrar mi despacho y vender hasta mi escritorio y mi regla de cálculo para salir del apuro. Me contrataron para calcular los cascarones de las puertas de entrada en la frontera con Estados Unidos y los de un centro comercial en Veracruz. Y no me pagaron un centavo después de un año de trabajo. En la Secretaría del Patrimonio Nacional me dijeron, después de terminar el proyecto, que no había partida. “Sólo la partida de madre que me pusieron”, les dije. Manolo sabía del asunto, porque entonces trabajó conmigo. El tenía ahora una empresa próspera. Como casi todos mis exalumnos. Los había enseñado a ser buenos contratistas. Yo, que no sabía serlo.

En América proliferaba la guerrilla. Ernesto “Che” Guevara recorría alguna sierra de algún lado organizando la lucha armada revolucionaria. Se decía que en el corazón de América del Sur. En verdad nada se sabía con precisión. Luis Augusto Turcios moría en Guatemala luchando en la guerrilla. Camilo Torres en Colombia. *La revolución en la revolución*, de Regis Debray, era el libro de cabecera de muchos revolucionarios. Genaro estaba convencido y buscaba escapar de la prisión para remontarse a la sierra. La de Guerrero. Tierra brava. Como la más. Aunque no me lo decía.



MZLN

A la luz del quinqué pregunté a mi salvador quitándome del rostro cuajarones de sangre: —¿Tengo este ojo? —Sí, todavía se le ve. Está muy herido, señor. Venga a mi casa. ¡Levántese!

Sentado en la orilla de la laguna, angustiado, me preguntaba ¿quiénes venían conmigo? ¿Tere, mis hijos? ¿Todos murieron?

—¿Dónde están los muertos?, pregunté.

—Debajo de la laguna. No se ve nada. Sólo un caballo muerto en la carretera. ¿En qué venía, en camioneta, en automóvil?

—No sé. No recuerdo nada.

¿Qué me había pasado? ¿Por qué no recordaba? Había perdido la memoria. Pedí alcohol para echarme en la herida. Por más que hacía esfuerzos no recordaba qué hacía allí, por qué había ido a ese ejido Francisco Villa, a dónde iba, de dónde venía.

Al llegar a Campeche eran más de las 12 de la noche. Yo seguía terqueando acerca de la mala intención del chofer del tráiler. Ya había





tejido una historia bajo la hipótesis de que las conferencias en Coatzacoalcos, Minatitlán y Villahermosa habían alertado a López Arias de que andábamos por ahí, dando guerra. Era probable que se hubiera contratado a un chofer para que nos pegara. Sabían de nuestro recorrido. Yo estaba acostumbrado a ser vigilado en México. Mis teléfonos estaban intervenidos. Echeverría había echo gala de ello alguna ocasión en que los visitamos en gobernación para exigir la libertad de un compañero del MLN, arbitrariamente detenido. “Usted tuvo una reunión en su casa con Fulano, Zutano y Mengano. Oímos todo lo que discutieron, ingeniero. A su edad no se vale ser imperialista ni guadalupano. Esto está bien a los 20, no a los 35”.

Hay teléfonos, les decía a mis compañeros, que perciben lo que uno habla a unos metros de distancia sin estar descolgados. Saben de nuestro recorrido. Entiéndalo. No me creyeron. En especial Ángel que me dijo: “¿qué te pasa, cabrón, te me estás rajando?”. Acepté la provocación. Seguimos el viaje. Logré, sí, que Ángel no festejara a su sobrino por los 18 años en un bar de Campeche. Cenamos cualquier cosa y continuamos el viaje. Ángel manejaba. Rápido y bien. Tenía gran experiencia. En Escárcega cargamos gasolina. Estábamos fatigados. “Cuando lleguemos a Villahermosa descansamos un rato. Ahora me siento bien”, decía Ángel.

Yo iba en el asiento delantero derecho y le pedí a Raúl Solezzi me dejara el lugar de atrás, para ver si podía dormir un poco. “Resolvámoslo democráticamente —respondió— yo estoy cansado también y quiero dormir. Después tendré que relevar a Ángel. Echemos un volado”.

La suerte decidió. Raúl ganó. Me quedé adelante. Eran ya las dos de la mañana del 27 de octubre. Daniel dormía en el asiento trasero detrás del volante. Seguimos.

En la Conferencia Tricontinental participaron organizaciones revolucionarias de tres continentes: Asia, África y América Latina. Desde la delegación mexicana, que yo presidía, buscamos contactos con todos los grupos. En cada delegación venían representados varios partidos y organizaciones revolucionarias, en la mayoría los partidos comunistas. La delegación chilena fue presidida por Salvador Allende, del Partido Socialista. Hicimos buenas migas. Hablamos con la mayor parte de los delegados que pertenecían a organizaciones no comunistas. Eran revolucionarios en verdad casi todos. Había una corriente importante que entendía que los pueblos subdesarrollados han sido penetrados por la ideología dominante y rechazan los clichés tradicionales del movimiento comunista internacional. Los partidos comunistas rechazaron furiosos todo intento de cambiar el lenguaje. De usar la teoría en vez de recitarla. Se lanzaron en contra nuestra. Pero logramos ganar la batalla en cuanto a la designación de representantes permanentes. Por eso éramos anticomunistas, agentes de la CIA. Al terminar la conferencia, Fidel Castro nos invitó a los delegados latinoamericanos a dialogar. En una posición absurda, la mayoría de las delegaciones comunistas se oponían a una propuesta hecha por Salvador Allende, Cheddi Jagan y yo para constituir la Organización Latinoamericana de Solidaridad (Olas). No hacía falta, decía la mayoría. Bastaba con la Tricontinental. Dijimos que teníamos que unirnos más en América, conocernos mejor. En Argentina y Uruguay sabían más de la vida cotidiana de Francia que de nosotros. La organización debería estar abierta a todos los grupos que quisieran luchar contra la dominación imperialista y hacer que los medios e instrumentos de producción fueran de propiedad social. Y el poder político, también. Fue una

sesión de 10 horas. Todos nos atacaron. En especial los comunistas argentinos. Los más conservadores de todos. Salvador Allende defendió brillantemente la idea. Sufría de animadversión porque se le criticaba no haber sacado a la población de Chile en protesta por la ruptura de relaciones con Cuba hecha por el gobierno demócrata-cristiano. Ya había sido dos veces candidato a la presidencia de Chile de los partidos Comunista y Socialista. Su intervención fue decisiva. En mi discurso precisé que no aceptaba que los chinos, los soviéticos o los cubanos supieran más de los problemas de México que nosotros. Cada organización nacional debería conducir la revolución en sus patrias. El marxismo no debía ser una religión como muchos asistentes la consideraban. No temíamos a los calificativos que nos pusieran. Más temor teníamos seguir a ciegas las consignas de revolucionarios de otras naciones que apenas si conocían nuestra realidad económica, política y social. Fidel Castro intervino otra vez al final de la sesión. Él había abierto el debate, mostrando preocupación por los rumores que le habían llegado de una cierta posición anticomunista. Pero ahora, dijo, entendía que no había tal. Que se trataba de una sana discusión de ideas fundamentales. Y propuso cambios. Y también apoyó la formación de la Olas. Habría que realizar una conferencia para lograrla. Y restableció la armonía. Al salir del salón, me tomó del hombro y me dijo: “me convenciste, rubio”.



*Malena*

Tere estaba desconcertada. Primero le habían hablado diciéndole que aunque habíamos sufrido un accidente, yo estaba bien. ¿Quién fue el que habló? Después, la secretaria de Ángel

Gutiérrez le había llamado para decirle que no había sobrevivientes. “Todos murieron”, escuchó. Armando compró los boletos para viajar en avión a Mérida. Ahí estaba una familia tabasqueña amiga. Conseguirían un automóvil para ir a Campeche. Tere dijo a sus hijos que iba a verme. Los niños sabían que iba a recoger mi cadáver. Pero simularon creer que su papá vivía. Y Tere salió con Armando rumbo a Mérida.

De pronto recordé. Ángel, Raúl, Daniel. ¿Dónde estaban?

El campesino trajo alcohol y me llevó a su choza.

—Venían conmigo tres compañeros, en un Volkswagen. ¿Dónde están?

—Bajo el agua señor. Creímos que era un coche grande. Se oyó mucho ruido. El caballo muerto está ahí —dijo señalando hacia la carretera—. Del automóvil, no se ve nada. Todo está quieto. Todos murieron.

Me ayudó a quitarme la ropa. Me prestó una suya. Me quedaba chica, pero estaba seca y me cubría. Me recosté en su cama, de carrizo, con una estera encima, como colchón. Encima una sábana limpia. Sangraba mucho. El alcohol que me echaba en la cara ni siquiera me ardía. Tenía la cara destrozada. La mano izquierda cortada. ¿Cómo había salido del automóvil? Ninguna otra herida descubrí en mi cuerpo. Perdí los anteojos. La compañera del campesino —nunca supe su nombre— daba razones afuera de la choza a los pobladores del ejido que habían salido a preguntar. “¡Se está muriendo!”, decía impresionada por lo abundante de la hemorragia que manchaba su cama. “¡No me estoy muriendo!”, recuerdo que gritaba yo infantilmente, como si el decirlo impidiera mi muerte. Mi

salvador me vació el resto del alcohol en el rostro. Sentí un poco de ardor. Y me dio gusto. La pequeña comunidad preguntaba por el herido. Toda la noche hubo actividad en el poblado. El lecho que me prestaron quedó tinto en sangre. La atención de aquel matrimonio fue generosa y desinteresada.

Amanecí cuando asomó al cuarto un viajero. “Soy el *Campechanito*, señor. Pasé por aquí y supe del accidente. ¿Le puedo servir en algo? Voy a Campeche, donde vivo”.

Pregunté al campesino por mi ropa. Ahí traía dinero. Pronto la dio. Había sacado la cartera, una pluma fuente, mi agenda y las había envuelto en un paliacate. También me entregó el reloj, de oro macizo. Se había parado a las 2 horas con 23 minutos. Se lo di cuando las heridas de la mano izquierda me molestaron. Saqué de la cartera un billete de 100 pesos y pedí al *Campechanito* que hablara por teléfono a mi esposa. “Dígale sólo que tuve un accidente, pero que estoy vivo, que estoy bien. Por favor”. Salió presto el viajero. Y llegó la policía.

Reloj de oro macizo. Recordé a José María, mi alumno en estructuras hiperestáticas en la Facultad de Ingeniería. Muchacho acomodado, estudioso. Le dirigí su tesis profesional. Cuando terminó de hacerla después de grandes trabajos, me fue a ver. Me entregó una copia de los originales. “Voy a mandarla a imprimir, maestro. Aprovecho el tiempo de impresión para descansar. Me voy a Acapulco. ¿Se le ofrece algo?”. “Que se divierta”, le dije. Días después tocó a la puerta de mi casa un hombre maduro.

—Soy el padre de José María —se presentó cuando le abrí. Lo pasé.

—¿Qué dice José María? ¿Ya está impresa la tesis?

—La tesis sí, maestro. José María murió. Iba rumbo a Aca-pulco, en el asiento trasero del automóvil. Hubo una ponchadura. Salieron de la carretera, sin mayores problemas. Pero José María estaba reclinado en el asiento, aparentemente dormido. Se desnucó.

Gran entereza del padre. El relato fue así, Pero en sus ojos apreció inmenso dolor.

—Le traigo una tesis, no pudo recibirse. Pero aquí está la prueba de su dedicación.

—Le puse una líneas en el ejemplar que el padre conservar. Sacó entonces de la bolsa un estuche.

—Ingeniero, José María lo estimaba mucho. Nosotros en casa también. Con motivo de su recepción yo le había comprado un reloj. Éste hermoso reloj —dijo mostrándome el estuche abierto.

—¡Qué pena, dije, que José María no lo haya recibido!

—En casa hemos decidido que usted es quien debe tenerlo. Tiene inscrito atrás el nombre de mi hijo y la fecha en que sería la recepción. ¿Lo acepta?

Lo tomé.

Ángel iba contento.

—Este tramo es muy fácil. Hay que tener cuidado sólo de no meterle mucho al acelerador. Verás que llegamos bien a Villahermosa para dormir un poco. A las 10 de la mañana nos vamos para Tapa-

chula. Ya separé la avioneta. Es chiquita, pero jala bien. ¿No tienes miedo al avión, verdad? ¡Cabrón, te estás durmiendo! Canta, a ti te gusta.

—Yo no sé cantar, pero dicen que es bueno para no dormirse. Canta tú, no tienes que saber hacerlo —le dije.

El cráneo esférico, la frente abultada, la nariz chata, el bigote negro, sus ojos bailadores, así era Ángel Gutiérrez Peralta. Su rostro se perfilaba apenas gracias a la luz del tablero. Noche sin luna, sin estrellas, negra, negra. El camino recto. “¡No te duermas cabrón!”. Me dijo. Y empezó a cantar. Me dormí.



MISMA

Un agente de la Policía Federal de Caminos irrumpió en el jacal. “Usted venía en el Volkswagen”, dijo poniéndose en jarras, las manos sobre la cintura, todopoderoso, omnipotente. “Está detenido. Póngase su ropa”. “Está mojada”, dijo el campesino. “No le hace. ¡Póngasela!”, me exigió.

Cambié de ropas. Espere, le dije cuando me jalaba. Busqué el puente dental que había metido en la pequeña bolsa delantera de mi chamarra, Me lo puse. Lastimó de nuevo. Me lo quité. La policía me miró extrañado. Casi a empujones me sacó de la choza. Ya había sol. Me dolía mucho la cabeza. Apenas pude despedirme de mis protectores. Gracias, gracias.

—Tendrá que identificar los cadáveres.

Los hombres rana sacaron el Volkswagen del fondo de la laguneta.

—Tuvo usted mucha suerte. Voló 70 metros.

Me indicó el lugar del impacto con el caballo que yacía a un lado de la carretera, con un cordel al pescuezo.

—Aquí el Volkswagen dio la maroma. Usted salió por el parabrisas. De cabeza, recorrió el auto unos 100 metros y aplastado de frente se fue al agua.

Ángel sufrió fracturas múltiples del cráneo. El capacete bajó más de medio metro. Raúl y Daniel quedaron atrás. Raúl, fuerte, rompió con los puños la ventanilla trasera y trató de salir. La ventanilla era muy pequeña. Quedó atrapado de la cintura, con medio cuerpo fuera del auto. El puño derecho crispado, en alto. La desesperación reflejada en el rostro.

—¿Quién es él?

—Raúl Solezzi

—¿Y éste?

—Daniel— dije mirando al joven casi niño que había quedado reclinado en el asiento. Frágil, quizá quedó desmayado con el impacto, no había sufrido. Su rostro era apacible.

—¿Ángel Gutiérrez es éste?

—Sí— respondí.

Quedé anonadado. ¡Todos muertos! ¡Todos muertos! El policía me hizo recorrer el trayecto.

—Tuvo suerte. Apenas pasa su cuerpo por el espacio entre el marco del parabrisas y el espejo. ¡Y pasó! Mucha suerte, ingeniero. Pero ahora, me dijo, está usted detenido.

—¿Por qué?

—Usted manejaba.

Iba a replicar que el cuerpo de Ángel estaba al volante, cuando vi que lo sacaban y lo montaban en una camioneta de volteó.

—Usted sabe que no —contesté.



El agente había llegado al sitio del accidente en una avioneta que aterrizó en el camino. Me subió a ella y despegamos. Por radio avisó:

—Tres muertos, un herido. Éste con golpes en la cabeza. Cortadas múltiples. Había un sobre con polvo blanco. Sí, droga tal vez.

—Es bicarbonato de sodio —le dije—. No me hizo caso.

—En media hora estamos allá. Sí.

Volvió el rostro.

—No sabe en la que se metió.

Tere viajaba en avión rumbo a Mérida con Armando. Este no hacia otra cosa que tratar de prepararla para cuando llegara al hospital de Campeche. A medio vuelo, la aeromoza la llamó a la cabina. El capitán le informó que por radio habían dicho desde México que su esposo estaba herido pero a salvo. Regresó y lo comentó con Armando. Este siguió escéptico.

—Así dicen. No te lo creas mucho.

En Mérida, los esperaban amigos. Mario Menéndez ya sabía del accidente. Quería mucho a Ángel. Y aunque estaba en México, tenía su familia en Mérida. Ofreció ayuda. También los Trujillo, amigos de Armando, estaban por ahí. Ofrecieron un automóvil para ir a Campeche. Tere vio cansado a Armando.

—Mejor alquilemos un taxi, Armando. ¿Sí? —Lo alquilaron.

Era noche. Cerca de las 10. El taxi los condujo a Campeche. En el trayecto, Tere platicaba con el chofer. Lo notaba somnoliento

—¿Hubo algún accidente aquí hace poco?

—Sí, varios. Pero un Volkswagen se estrelló de frente con un tráiler. Nadie quedó vivo en el carrito.

Tere calló.

—Yo sé hacer esas trampas, ingeniero. Esa yerba se hace rollito, como supositorio se le mete a la bestia cuando se ve la luz del automóvil a lo lejos. Se suelta al animal y éste se va contra la luz. No hay escapatoria. Eso les hicieron. Nada de accidente. Usted tenía razón cuando señaló que el tráiler se le echó encima intencionadamente. ¿Cómo se siente?

—Ya bien de salud, Genaro, pero lleno de problemas. Ahora debo pagar la letra y la vida no espera.

—¡Cuídese afuera, ingeniero. Yo me cuido aquí, mientras salgo! Corría el mes de noviembre de 1967.



*misla*

En el hospital me desnudaron. Me revisaron y me pusieron un camisón. Como pedí que me cuidaran mi puente dental, el doctor me preguntó intrigado cuándo lo había puesto en la bolsa. Al decirle que al caer el agua porque me molestaba, preguntó si me acordaba de todo.

—Ahora sí

—¿Antes no? Al principio no.

—¿Cuánto tiempo tuvo amnesia?

—No sé.

Entró a la sala una secretaria, quizá del Ministerio Público porque el doctor comenzó a dictarle. Me llamó la atención, en medio de mis dolencias y mi somnolencia que hablara de un



individuo de tales y cuales características, en estado comatoso y con probable fractura en la base del cráneo. Reclamé:

—¿Fractura en la base del cráneo? ¿Está usted loco?

—Usted qué sabe —contestó el médico.

—Sé que no estoy en estado comatoso y que la fractura en la base del cráneo no es mortal. Le debo advertir, doctor, que en mi casa ya saben que estoy vivo.

—¿Ya avisó ingeniero? —Dijo en tono de burla.

—Ya avisé. —Dije convencido.

En esos momentos una enfermera abrió la puerta de la sala.

—Doctor, buscan al ingeniero Castillo —dijo sacando medio cuerpo detrás de la puerta de cristal esmerilado.

—Les di instrucciones de que nadie entrara —gritó el doctor iracundo.

Rebasando a la enfermera entró un hombre sin esperar permiso. Era el *Campechanito*.

—Ingeniero, hablé por teléfono con su esposa. Aquí le traigo el recibo de la llamada y su vuelto. Que siga mejor, hasta luego —y como entró, salió.

El doctor me miró y comentó:

—Así que usted salió disparado, rompió el parabrisas con la cabeza, voló por los aires, cayó al agua, se quitó el puente dental, lo guardó en la bolsa de su chamarra, salió a la orilla guiado por un campesino a las dos de la mañana y mandó hablar por teléfono a su esposa. ¿Qué otra cosa hizo?

No contesté.

—Olvide eso —dijo el doctor dirigiéndose a la secretaria. Y se fue.

La enfermera se acercó para inyectarme. Me opuse.

—Le vamos a echar una puntadas a esas heridas. Es anestesia para que no le duela.

—Cósame así —propuse.

—Duele mucho.

—No le hace —repliqué. Temía que me quisieran eliminar inyectándome algo. Se dio manos a la obra. Fueron dos puntadas solamente. Parecía que me arrancaba la piel cada que deslizaba el hilo. ¡Vaya que dolió!

Entró a la sala una persona muy formal y amable. Se presentó como el secretario del gobernador de Campeche, Ortiz Ávila.

—Estamos para servirle, ingeniero. El señor gobernador está muy apenado por lo que pasó, lamenta la muerte de sus compañeros y me ordenó decirle que el gobierno del estado se hará cargo de los gastos del traslado y de los ataúdes. Sabemos que su esposa ya viene en camino. Lo que se ofrezca, llame nada más. Me dejó su tarjeta y sus teléfonos y se despidió.

Llegó la enfermera de nuevo, con otra inyección.

—Es suero antitetánico. Nadó en aguas muy sucias. Es peligroso que no se lo apliquemos.

Las cosas cambiaron, me dije. Permití que me inyectara.

—No habría sufrido tanto si se hubiera inyectado hace rato, dijo la enfermera.

—No, por supuesto.

Las atenciones se multiplicaron. Me pusieron en una habitación privada. Me dolía horriblemente la cabeza. Me dieron analgésicos. No hacían efecto. Me angustiaba pensar en la llegada de las viudas. En especial consideré que la esposa de Raúl estaría muy mal. El había durado vivo apenas tres días con nosotros. ¿Qué me diría? En verdad, temía enfrentarme a

ella. Me sentía culpable. De la esposa de Ángel ya sabía, no simpatizaba con las actividades políticas de su marido. Podía hacer cualquier cosa.

Tere y Armando llegaron. Al entrar al hospital de Campeche oyeron decir: “ya vienen los deudos”. A Tere se le fue el alma al cielo. Armando nada dijo y le oprimió el brazo. Cuando me vieron vivo no lo creían.

Ángel hijo se portó muy bien, valiente. Perdió al padre y todos sus derechos sobre la mueblería, pero me dijo emocionadas palabras de aliento: “¡Adelante ingeniero! ¡Es la lucha!”.

Tere velaba mi sueño. Llegaron entonces los de Raúl. Su esposa entró. La miré angustiado. Acercándose puso su mano sobre mi frente.

—¡Bendito sea dios que salvó la vida! Usted tiene todavía mucho que hacer. ¡Hágalo!

Supe que cargaban unas carrozas con los cuerpos que se fueron de inmediato. La prensa local habló del accidente. En los periódicos de escándalo sacaron fotografías de todos. Esa noche lloré amargamente la pérdida de mis compañeros.

Llegamos a México el 28 de octubre. Un día después, era el cumpleaños de Héctor, mi hijo menor, 11 años. “Tu papá es tu regalo”, le dijeron.

Fui operado. Me reconstruyeron la parte izquierda de la cara. Quedaron huellas, cicatrices.

Un mes después estaba de vuelta en mis actividades. Con mil problemas pude cubrir la letra de cambio. Empezó el 68. Genaro Vázquez Rojas me avisó un día antes que no fuera a visitarlo como era mi costumbre. Ese día iría al médico, me

dijeron. Salió a balazo limpio de la cárcel. Murieron dos de sus compañeros. Filiberto entre ellos. Tuve noticias de Genaro desde la sierra. Me explicaba su decisión. La represión con Díaz Ordaz crecía. El primer grupo guerrillero actuaba. La policía seguía nuestros pasos. Y los de todos aquellos que habían tenido relación con Genaro.

En las calles de Reforma, en Coyoacán, Nassar me agarró de las barbas, un guarura a mis espaldas me torcía un brazo; preguntó:

—¿Eres Heberto? —Sí— respondí.

Sonríó satisfecho por mi captura. Pude ver las ametralladoras de tripié en la calle, 30 milímetros. Parecía que iban a combatir a un ejército no a capturar a un hombre. Me echaron boca abajo en el piso del automóvil negro sin placas, con los ojos vendados. Arrancó violentamente.

—Está en nuestras manos —dijo por radio—. A la orden, señor.

Me llevaron a una cárcel clandestina. Me amarraron a las patas de una cama metálica. Tres agentes me cercaban, en cuclillas.

—Canta todo. El jefe se porta bien con los que cantan. Si te haces el hombre te va a ir mal.

Nada hablé. El más fornido y de apariencia más estúpida, dijo:

—¡Ya déjalo!, así son estos fanáticos.

Cientos de maestros y estudiantes estaban en las cárceles a las que, si tenían suerte y no me eliminaban, yo iría. Cientos habían muerto en Tlatelolco el 2 de octubre. Había ahora mucho que hacer. Recordé a Ángel, a Raúl, a Daniel. Tuve suerte, mucha suerte, como dijo el policía de caminos el 27 de octubre de 1967. No hablaría ante mis captores aunque me mataran en la tortura. Sabía —sé— que esos compañeros muertos

eran —son— prendas de dignidad que sólo puedo rescatar con la lucha al lado de los oprimidos de mi patria.

Para ese día, el 8 de mayo de 1969, cuando al fin lograbam atraparme los agentes de la Federal de Seguridad, yo tenía muchas más prendas: los compañeros del Movimiento Estudiantil de 1968 masacrados por órdenes de Gustavo Díaz Ordaz.

Mis compañeros caídos en 1968 representan para mí un compromiso vital, de esos que sólo puede uno contraer con uno mismo, ante la propia conciencia y que no acaba sino con la muerte. Sé que si cedo en mi empeño por transformar esta sociedad por otra cosa más justa como la que desearon ellos y los que cayeron en 1968, traicionaré su memoria y la confianza que algunos depositaron en mí.

“¿Te me estás rajando cabrón?”. “Señora, quiero mucho a este *hiju'eputa*”. “Ingeniero, quiero sumarme a ese esfuerzo de muchos en el MLN”. “¿Me incorporo al grupo? Mañana cumpla 18 años. Yo también quiero luchar tío”.

No es posible olvidar esas voces, esos rostros, esas luchas. Ellos están muertos físicamente. Pero viven en mí. A veces, cuando en la lucha política parecen acumularse sobre mí los golpes, las dificultades, las penas y amenaza el desaliento, me vienen a la memoria de los hechos de aquella madrugada del 27 de octubre de 1967 y me parece escuchar de nuevo las voces fraternas de Ángel, Raúl y Daniel. Y también la de aquel campesino que me alimenta en la oscuridad. Entiendo entonces que debo tener calma, serenidad, fortaleza y empezar de nuevo. Tantas veces como sea necesario. Hay mucho quehacer: la revolución.

Para mí, de muchas maneras, aquella noche fue el principio.





## Cárdenas: "Si te agarran, te van a matar"



El 28 de agosto de 1968, la Coalición de Maestros de Enseñanza Media y Superior Pro Libertades Democráticas analizaba la manifestación del día anterior. Yo había hablado a nombre de la Coalición subido en un camión escolar a la vera de una bandera mexicana y no de una rojinegra de huelga, como se dijo después. Sócrates Campos Lemus había hecho el papel de provocador cuando, al terminar de leer el discurso del Consejo Nacional de Huelga (CNH), que dijo gracias a la súbita afonía del comisionado por el Congreso, propuso a los manifestantes acampar en el zócalo hasta el 1º de septiembre para esperar la respuesta presidencial al pliego petitorio. Fausto Trejo también había violado un acuerdo de la Coalición al tomar la palabra en el mitin para secundar a Sócrates.

La asamblea de maestros se calentó cuando Eli de Gortari y otros profesores señalaron a Sócrates y a Fausto como provocadores, enemigos desembocados del Movimiento. Yo había sido designado para hablar y se había previsto que, de no poder hacerlo —se rumoraba que podían aprehendernos— ocuparía mi lugar Luis Villoro. Eran tiempos fáciles para desconfiar de todos. Y aunque

tenían razón los maestros de mostrarse indignados contra Socrátes y Trejo traté de hacer ver que la acción de ellos se debía más a irresponsabilidad e individualismo de esos compañeros que a su posible filiación enemiga. Algunos propusieron que rechazáramos en escrito para la prensa la actitud de los compañeros mencionados y otros propusimos que el problema se tratara en el Consejo Nacional de Huelga.

De Gortari abandonó de pronto la reunión después de intercambiar palabras duras. Señalé, entonces, a los maestros que deberíamos entender que pronto sufriríamos cárcel o persecución, que la prensa nos atacaba en desplegados hechos obviamente por la policía y me referí a un texto que había sido publicado en todos los diarios titulado “Las dos caras de Heberto Castillo”. Advertí que el Movimiento había llegado a su máximo y que ya no podía crecer más. Que de ahí en adelante iría en descenso, que el gobierno no aceptaría el pliego petitorio y que nosotros nada casi podíamos hacer. Señalé que debíamos apoyar hasta el último a los estudiantes, a pesar de que el movimiento era conducido sólo por los estudiantes.

En el CNH, los profesores no teníamos derecho al voto, sólo voz. Y éramos tres personas (Eli, Fausto y yo) entre una multitud de representantes juveniles. Consideré que a pesar de casi no poder decidir nada, nosotros debíamos aceptar que el Movimiento había sacudido a la opinión pública y abierto nuevas alternativas para las luchas futuras. Propuse tomar algunas medidas para lograr escapar a lo que parecía inminente: la cárcel.

De Gortari, que regresó a la reunión, no participaba de mis preocupaciones y reiteró su proposición de deslindar posiciones entre maestros y estudiantes. Quedamos a la postre de acuerdo en

boletinar a la prensa la actitud irresponsable de Sócrates y de Fausto. Al terminar la sesión nos dimos la mano Eli y yo. Salí acompañado por Antonio Tenorio.

Al llegar a la casa por la noche y tratar de meter el pequeño coche que conducía, dos automóviles se colocaron a uno y otro lado y bajaron varios individuos que trataron de abrir las puertas de mi automóvil: "el general Mendiola quiere hablar con usted. Vamos en su auto". Antonio Tenorio Adame que había podido bajar del automóvil, se alejó sin problemas. Les dije, entonces, lo más sereno que pude, que prefería dejar mi automóvil e ir con ellos en la patrulla. Me bajé del auto y traté de escapar. Empezaron los golpes. Eran cuatro o cinco agentes, dos de ellos muy fuertes que se trenzaron a golpes conmigo, Armando Castillejos, Guillermo Calderón, Ignacio González Ramírez y Adela Salazar. Oculto en otro automóvil quedó Fausto Trejo. Mis hijos, a los gritos de su madre que vio la trifulca salieron al patio, y el mayor de 13 años empuñaba una pistola, por suerte descargada. Uno de los agentes logró asirme e inmovilizarme de los brazos cuando Adela Salazar se colgó de sus cabellos, obligándolo a que me soltara. Entonces lo golpeé con todas mis fuerzas haciendo rebotar su cabeza contra la pared, cayó poco a poco.

Corrí y me perdí entre las rocas del pedregal que conducían a la Ciudad Universitaria (cu).

Maltrecho, sangrando profusamente, permanecí oculto entre las rocas mientras oía gritos e insultos. Al poco tiempo escuché voces, al parecer de estudiantes. Mis hijos me llamaban. Mis amigos también. Decidí no salir porque consideré seguro que la policía mandaría fuerza suficiente para aprehenderme antes de llegar a cu. Estaba oculto a unos cuantos metros de mi casa, pero los agentes

creyeron que me había internado buscando el acceso a cu. Esperé unas horas y caminé a gatas por todo el pedregal, que ahora es de San Francisco, y me arrastré por las calles de Copilco, huérfanas de casas evadiendo la luz rasante que lanzaban las patrullas periódicamente. Serían las cinco de la mañana cuando llegué al pie de la barda que divide cu de Copilco. La escalé como pude y caminé por cu hasta topar con una guardia de estudiantes de Medicina Veterinaria que dormitaban en un viejo coche. Ellos me llevaron a los servicios médicos de cu.

Supe que tenía fisura en el cráneo, herida en el vientre, producto, dijo el médico, de alguna patada con puntera metálica. Una rodilla me sangraba mucho y tenía los dedos de las manos luxados.

Fui operado en cu por cirujanos plásticos que disimularon la herida en la frente. Muchos estudiantes hicieron guardia permanente para cuidarme. Recuerdo a alguien de Chapingo dando vueltas alrededor del centro médico con un viejo mosquetón al hombro.

A los pocos días, el rector Javier Barros Sierra me dijo que corría peligro ahí, pues se rumoraba que la fuerza pública me sacaría del hospital que está en los linderos de cu con Copilco. En una acción así, el enfrentamiento de la policía o el ejército con los muchachos sería inevitable, y salí. Fue el jefe del servicio médico quien me sacó disfrazado de asiento posterior de su automóvil. Encima de mí sentó a una persona.

El general Lázaro Cárdenas, que había seguido con interés y gran preocupación el conflicto, me hizo llegar su opinión de que la cu no sería tomada por el ejército y que no era conveniente que me desligara de los estudiantes, con quienes tenía afecto e influencia.

Después de una entrevista con Luis Suárez para *Siempre!*, regresé a CU, a la Facultad de Medicina, donde viví unos días colmado de atenciones por los estudiantes.

Volví, convaleciente, a una reunión de la Coalición de Maestros, el 1º de septiembre. Supe entonces que ni De Gortari ni Trejo estaban visibles y que había orden de aprehensión contra ellos.

Contesté el V Informe de Gobierno de Díaz Ordaz desde la revista *¿Por qué?* Los estudiantes reprodujeron el documento miles de veces. En mi libro *Libertad bajo protesta* se reproduce ese texto que llenó de ira a Díaz Ordaz.

Algunos periodistas que acudían a CU me decían: “ingeniero, los judiciales dicen que ellos no lo golpearon, que las heridas que muestra se las produjo De Gortari cuando usted se peleó con él. Que si lo agarran va usted a saber cómo pegan ellos”. También un arquitecto, amigo mío que frecuentaba militares me advirtió que aquéllos tenían instrucciones para hacerme desaparecer: “lo que había dicho al presidente Díaz Ordaz al contestar su informe no tenía perdón”.

El 13 de septiembre se llevó a cabo la manifestación silenciosa, la última del 68 que mostró la protesta limpia, digna, ordenada de cientos de miles de jóvenes que exigían el respeto a los más elementales derechos humanos en México y que contra lo que han dicho algunos escritores respetables, jamás usaron la violencia, menos el vandalismo.

Precisamente, lo que preocupó al sistema en el 68, como dijimos en un programa de TV el 20 de agosto de 1968, es que los jóvenes esgrimieran ideas y no cadenas por las calles. Los actos vandálicos del 68 fueron hechos por las policías, como la ruptura de parabrisas de cientos de automóviles dejados en el Museo de Antro-

pología. Si algo ganó la simpatía del pueblo para los estudiantes en 1968 fue su limpieza, su orden, su respeto al pueblo.

Antes de la manifestación silenciosa, el periodista de *El Universal*, Javier Nájera Torres, que había sido mi alumno y que me entrevistara en el Centro Médico, me dijo que el subsecretario de la Defensa, Gastéllum, quería hablar conmigo. Proponía una solución amistosa al conflicto. La Secretaría de la Defensa donaría una puerta reconstruida a la Preparatoria y se colocaría una placa donde se expresaría el reconocimiento mutuo de los estudiantes, maestros y militares, o algo por el estilo. La idea me parecía oscura, descabellada. Me invitaba a verlo y “con su palabra de soldado” me garantizaba mi seguridad. No hubo escrito alguno, sólo un recado verbal. Contesté en la misma forma, invitando al subsecretario a charlar en cu, “garantizándole el respeto de todos los universitarios para dialogar tanto como fuera necesario”.

El 15 de septiembre hubo noche mexicana en cu. Miles de estudiantes y sus familiares celebraron la Independencia nacional. El Consejo Nacional de Huelga (CNH), por conducto de Marcelino Perelló, según recuerdo, me invitó a dar el grito esa noche. Así lo hice, agregando a los vítores a nuestros héroes el aplauso a la lucha que por su liberación dan los pueblos oprimidos del mundo.

El 18 de septiembre, por la noche, escribía el texto para un documental del Movimiento que había filmado Óscar Menéndez. Estaba en la Facultad de Ciencias y sacaba ya la hoja de papel de la máquina cuando entraron a la sala Carlos Fernández del Real y Pily, su esposa, que me llevaban una lata de duraznos. Daba las gracias, cuando tras los hombros de Carlos se asomó Gilberto Guevara Niebla diciendo: “Ingeniero, ¡el ejército!”.

A cada rato nos avisaban que venía el ejército. Pero ahora el paso de las tanquetas sobre las baldosas de cu producían un ruido ensordecedor impresionante.

Me puse de pie y oí todavía decir a Gilberto: “saquen al ingeniero, sí lo agarran lo hacen pedazos”.

Olvidé mis heridas. El miedo da fuerzas. Corrí como muchacho tras los muchachos, primero, y después, delante de ellos. No sé dónde perdí el bastón con que me ayudaba a caminar. Vi que podía correr y que iban menos estudiantes conmigo. Al llegar a un paso a desnivel una tanqueta nos echó la luz. “¡Alto!”, dijo una voz desde la torre de mando. Decidí: “si me paro me matan, si corro quizá no”. Corrí. Al rato sólo iba conmigo alguien más. No sé quién. Al caminar por el camino de acceso al nuevo local de Ingeniería, donde construían Medicina Veterinaria, aparecieron tanquetas. “¡Fuera del camino!”, dije a mi compañero. “Hay muchas alimañas”, replicó. Yo me arrojé al pedregal. No supe más de él.

Me sentí angustiado, solo, entre matojos y piedras. Se escuchaban las “estaciones” de la radio de cu, que habían sido instaladas por los jóvenes en lucha. Reseñaban la entrada del ejército que miraban desde lo alto para dar oportunidad a que salieran el mayor número de compañeros. Decía una voz juvenil: “van entrando a Rectoría, van por Ciencias, por Ingeniería, llegan de Medicina, suben por nosotros. ¡Viva México! Cuidado, salgan por...”. Calló la estación y escuché a lo lejos el Himno Nacional. Luego un ruido como de ametralladora. Después nada. Lloré imaginando muertos y traté de escapar, de salir de cu.

Caminé toda la noche sin descanso, tropezando aquí y allá. Por la madrugada llovió copiosamente. Me empapé hasta los huesos. Y

descubrí que las rocas conservan el calor y me repegué a ellas. Al amanecer, vi que había caminado en círculo y estaba casi en el mismo sitio. Traté de orientarme por el ruido de los soldados. Los helicópteros surcaban el cielo buscando a quienes escapaban. Estaba maltrecho, sangrante, golpeado, con la ropa desgarrada. Los múltiples hoyancos me habían hecho caer muchas veces en la noche ¿Qué habría pasado? La angustia me ahogaba. Traté de dormir en un hoyo. No sé si lo hice. No recuerdo.

La segunda noche, sentí hambre y sed. Caminaba con más cuidado y me ayudaba a reconocer el terreno con un tronco de “palo bobo” que encontré. De pronto vi a un soldado sentado en el suelo con el arma entre las piernas. Estaba a unos 10 metros de mí y me miraba. Me quedé inmóvil un siglo, o más. Dejé de respirar. Él tampoco se movía. Esperé y esperé, y él quieto. Quizá dormía. Me moví cauteloso rodeándolo. Vi que era un tronco. Caminé hacia él. Un tronco, un tronco. Volvió a llover, a mojarme y a calentarme con las rocas.

Todo el día tuve sed, sed enorme. La garganta seca me ahogaba. Quizá las yerbas. Masqué una y escupí el bocado. Hallé un nopal pequeñito y corté una penca. Le quité las espinas frotándola con una roca. La comí. Pero seguía la sed, una sed horrible.

Llegó la noche y me puse en camino. Sólo en la oscuridad me atrevía a moverme por los helicópteros que rondaban. De pronto, topé con Pepe Revueltas sentado en una roca. Me sonrió y se llevó el dedo a los labios pidiéndome silencio. Me indicó con los ojos una dirección y gire la cabeza hacia allá procurando no moverme. Vi entonces un perro-lobo, pelando los colmillos, furioso, echando casi fuego por los ojos. Me miraba amenazante como si estuviera a punto de lanzarse sobre mí. Sentí que me tiraban de los cabellos y



quedé inmóvil un tiempo, mucho tiempo. Volví a mirar a Pepe. ¡Ya no estaba! Había desaparecido. Busqué al perro. Tampoco estaba. Me palpé el cuerpo. ¿Soñaba? ¿Era yo en verdad? ¿Existía? Entendí que ellos no estuvieron nunca, sólo los imaginaba. El dolor de garganta volvió, tenía sed, mucha sed. Me olvidé del hambre. Traté de conservar la calma y de entender que la fatiga me hacía ver lo que no había. Tenía que abrir los ojos bien. Debía escapar.

Llovió otra vez copiosamente. Abrí la boca hacia el cielo para tomar agua y no bebía nada. Chupé mi ropa mojada y pude así calmar la sed.

La madrugada me sorprendió tendido en una roca temblando de frío. Soñé que dormía y despertaba. Desperté. Estaba en una pequeña cueva, cubierta de maleza. Había unas colillas de cigarro y unos trozos de cuerda. Entendí que era un refugio de los pastorcitos que cuidan chivas en Copilco. Abandoné el lugar temeroso de que llegaran sus moradores habituales.

Al salir topé de frente con unos niños que volaban papalotes. Me vieron asustados.

—¡Niño, niño! —dije a uno de ellos— ¿para dónde está la universidad?

El más pequeño indicó con el brazo.

—¿Eres amigo de los estudiantes?

—Sí —me dijo— pero éste no. Su papá es policía.

Le pedí que me comprara unos refrescos, unas galletas. Le di un billete de 10 pesos y se fue. Me escondí en un matorral. Regresó con los refrescos. Una voz de hombre preguntó:

—¿Dónde está?

—Estaba aquí —respondieron casi a coro.

—Se peló —dijo el hombre.

Caminé de noche rumbo al Estadio Azteca. Subí unas peñas altas y descubrí una ciudad perdida. Me dirigí hacia ella y empezó a llover copiosamente. Me refugié en unas cuevas. Vi casuchas y algunos autos. Entre ellos un taxi, y me decidí a buscar al chofer. Tuve que cruzar una calle llena de perros que me ladraban furiosamente. Me parecieron miles. Y pasé entre ellos. Toqué y una mujer abrió. Me dijo que su hijo, el chofer, estaba afuera, pero me indicó el lugar donde vivía otro. Toqué a su casa y salió somnoliento. Le convencí de que me llevara a Taxqueña. Inventé un asalto. No me creyó, pero aceptó llevarme. Caminamos sobre terracería y en el camino una lámpara haciendo señas. Es la policía, me dijo, andan aquí por lo de los estudiantes. Me llevó el carajo, pensé, y fingí dormir poniendo la cabeza contra el asiento. La luz de la lámpara sorda se paseó por el auto.

—¿Traes carga? —dijo el agente.

—Sí —respondió el chofer. Y nos dio el paso.

Salimos a la Calzada de Tlalpan y llegamos a Taxqueña. Eran las tres de la mañana y nadie había en casa del amigo que esperaba me diera posada. En el forro de una Constitución que traía conmigo (*constitucionalista, carranclán*, me decían lo izquierdosos en el Movimiento), había anotado los teléfonos de quienes en cu me ofrecían ayuda. Escogí uno de los números anotados a riesgo de hablar a la policía, pensé. Una voz de mujer me dijo que podía hallar refugio en su casa. Me dio la dirección en la colonia Anzures. Convencí al chofer a llevarme allá, por más dinero.

En esa casa me dieron protección, zapatos y ropa; personas que no conocía antes. De ahí, esa misma noche, compañeros de Economía me trasladaron, encajuelado, a un cuarto de servicio de una casa de no sé dónde. Estuve en él sin luz, con un pequeño

radio de transistores enterándome de lo que pasaba en esos días. Oí que los estudiantes del Politécnico habían rechazado a los granaderos, que yo estaba refugiado en la embajada de Cuba, que había muerto y que algunos estudiantes de la universidad decían que estaba bien.

Una de esas noches interminables me sacaron, me pusieron en una cajueta y llegué, tras largo recorrido, a una casa de Coyoacán. Al salir de la cajueta fui presentado a Emilio Krieger, maestro universitario. Dijo afectuoso: “esta es tu casa”.

Emilio y Yolanda, su esposa, había seguido el Movimiento con mucho interés y participado en algunas manifestaciones. Emilio, como otros universitarios, brindaba toda la solidaridad que podía a los perseguidos del 68. Después sería el abogado defensor, con Carlos Fernández del Real y Carmen Merino, de muchos de nosotros.

En ese refugio supe de la matanza del 2 de octubre y de la captura de los principales dirigentes, de mis amigos, de la saña con que eran perseguidos todos, que mi familia huía y que ella sabía que estaba a salvo, que un automóvil lleno de latas de gasolina había sido lanzado contra mi casa al otro día de la toma de CU, y que éste había ardiendo hasta consumirse a la puerta de la casa, sin causar mayor daño, aunque sí alarma en todo el vecindario. Supe que mi familia estaba a salvo, pero que éramos buscados todos, Tere, mis hijos y ¡claro!, yo.

Viví una etapa de continua movilidad, de un refugio a otro para eludir a la policía. Una casa acá, otra allá, un cuarto aquí, otro allá. Entendí la clandestinidad sin organización.

A mi familia la ayudaba el general Cárdenas a través de amigos suyos. Por ese lado no tuve angustia mayor. Yo viví casi siempre

solo, encerrado, escribiendo, pintando. Pepe Pagés, con su reconocida calidad humana, con valor, me brindó sin condiciones su tribuna de *Siempre!*, y le envié, todo lo regularmente que pude, artículos y ensayos. En noviembre cayó preso Pepe Revueltas. Generoso y burlón se echó todas las culpas que había y las que pudo inventar. Pocos entendieron su ironía. De la "justicia", nadie.

El general Cárdenas me fue a visitar. Charlamos en el pequeño despacho que Emilio tiene en su casa, a solas, largamente. Me dijo que se hacían gestiones para obtener la libertad de los detenidos. Pero comprendí que las cosas iban para largo cuando me invitó a vivir en su casa, aquí o en Jiquilpan podíamos estar mi familia y yo a salvo. Agradecí el ofrecimiento. Pero lo decliné. Deseaba seguir luchando, mantener viva la llama de un movimiento generoso, patriótico como lo era el movimiento de 1968. Era necesario, dije, hacer ver al pueblo que hay mexicanos libres que resisten la represión. Ese era el sentido de mis artículos en *Siempre!* Hacer ver que seguía luchando. Dije que si podía mantenerme libre, activo, en la clandestinidad, muchos mexicanos que habían creído en nosotros se animarían a luchar también y aceptarían organizarse.

—¿Cómo se van a organizar perseguidos? No ves que te buscarán por todos lados. Cuando hablé con el presidente Díaz Ordaz me dijo: "se afirma, señor general, que el ingeniero Heberto Castillo está en su casa". Yo no dije nada, ni que sí ni que no. ¿Hice bien?

—Sí señor.

—No puedo mantener esto mucho tiempo. Tú escribes en los periódicos, y creen que estás en mi casa, piensan que yo lo auspicio. Cuando sepan que no estás en casa te buscarán por todos lados.

—¿Cómo te organizarás perseguido? —volvió a preguntar.

—Hay compañeros, señor. Estamos decididos.

—Te tienen coraje porque eres independiente. Le dije al presidente que tus escritos eran “picudos” porque eras independiente. Pero no lo entiende. Te tienen mucho coraje, no te quieren.

—Ni modo señor.

Cárdenas me miró más serio que de costumbre y me dijo tocándome un brazo.

—Si te agarran, te van a matar.

—Trataré que no me agarren.

—¿Qué fuerza te apoya? Estás solo. No hay organización. Podrías salir del país. Esperar un tiempo fuera.

—No general, me quedo. No tengo fuerza, pero tengo la razón. Es importante que quienes nos apoyaron en el movimiento sepan que seguimos aquí, luchando.

—Otros fueron al exilio sin desdoro alguno.

—Lo sé, general. Y los respeto. Pero yo me quedo.

—Como quieras, me dijo. Y agregó:

—¿Cuándo puedo aclarar las cosas y decir que no estás en casa?

—Cuando usted diga general.

—¿Te parece bien el 6 de enero?

—Sí señor.

Pregunté, entonces:

—Señor, ¿no es probable un golpe de Estado?

—No —replicó.

—García Barragán hizo declaraciones como titular del Ejecutivo después de Tlatelolco. ¿No se animará a tomar el poder?

—No lo creo. Pero si ocurrieran tú sabes, y ellos también, que habemos soldados que defenderemos las instituciones.

Me dio un abrazo y me dijo: “¡Cuídate!”.

Tres meses más anduve a salto de mata. En abril, una de las casas que me había dado asilo fue asaltada por la Federal de Seguridad; 15 días después, en mayo de 1969, mi refugio en Reforma 10 fue tomado militarmente, emplazando ametralladoras de tripié en las calles. Pude saltar por la barda posterior de la pequeña casa que ocupaba, pero parte de ella se derrumbó y la polvareda me delató. Una *Brownie* se apoyó en mi sien, hubo golpes, gritos, un mulato me arrancó casi un brazo al echármelo a la espalda, y Miguel Nassar Haro mostró su satisfacción jalándome las barbas:

—¿Heberto Castillo, verdad?

Supe que el licenciado Ignacio García Téllez interpuso amparo temeroso de que me quitaran la vida. A eso se refiere Norberto Aguirre Palancares cuando en *Proceso* del 16 de octubre cuenta que Díaz Ordaz le llamó por teléfono para decirle: “ingeniero, me llega la información de que están tramando darle otra golpiza al ingeniero Heberto Castillo y que el licenciado García Téllez ha interpuesto amparo o va a interponer un amparo para protegerlo... dí-gale que tenemos tanto o mayor interés que él en impedir que algo así se vaya a producir”. No había tal, Díaz Ordaz y Aguirre Palancares saben, o deben ser, que no hay amparo contra golpizas, sino contra actos de la autoridad (lícitos, debiera entenderse).

Aguirre cuenta que Díaz Ordaz le dijo: “pregúntele a García Téllez qué clase de protección quiere para el ingeniero Castillo: si quiere soldados, si quiere policías, si desea uniformados o de civiles,

o qué clase de protección desea para impedir cualquier atentado que se quiera cometer”.

Díaz Ordaz sabía ya que yo gozaba de la protección debida. Miguel Nassar me interrogaba debidamente protegido por policías, soldados y agentes.

Marcelino García Barragán, según Sócrates, resistió el llamado de la embajada norteamericana para dar el golpe de Estado. Pero el viejo general henriquista sabía que Lázaro Cárdenas, expropiador del petróleo, enterrador de maximatos en el país, general de División, contaba con la simpatía del pueblo y de muchos militares.

Díaz Ordaz dijo a Daniel Cosío Villegas el 16 de agosto de 1968, según carta que publica *Proceso* (núm. 105), gracias al valor de doña Emma, que no quiso dejar, como De Gaulle, “que el problema se pudriera”. Poco visionario aparece Díaz Ordaz en esa carta. Presume que “salvó la economía de este país (y algo más)”. ¿Pensará así ahora? ¿Creerá que la debacle económica de este país se debe sólo a su heredero en el poder, Echeverría?

La arbitrariedad y torpeza de Díaz Ordaz resaltan cuando le dice a don Daniel: “esta carta... no debe por ningún motivo ser, ya no digo, dada a la publicidad, ni siquiera transmitida a otras gentes... es sólo para usted”.

El problema estudiantil no se pudrió en México. Se pudrió el sistema. La historia no perdona. Díaz Ordaz será recordado como genocida, corrupto y torpe. Para la historia no hay secretos escritos. Las palabras se las lleva el viento, las cartas no.



Heberto Castillo con sus hijos Heberto, Javier, Héctor y Laura.



# Aquella noche



Mi celda está desnuda como las demás. En ella sólo queda mi indignación y mi pesar. Y una tabla que soportaba mis libros. Escribo sin anteojos, sobre las rodillas, con un repuesto de bolígrafo, ante una vela y en una hoja de papel conseguidas no sé dónde.

Todo parece una pesadilla vivida en uno de esos países que casi ya no hay, donde el respeto a la vida y a los derechos del hombre no más no existen.

La agresión sucedió el primer día del Año Nuevo, por la noche. El pretexto empleado por las autoridades del penal no pudo ser más burdo: lanzaron una obvia provocación, aprovechando el estado de tensión nerviosa natural en los 87 compañeros que tenían ya 21 días en huelga de hambre, detuvieron arbitrariamente a nuestros familiares que salían de la visita, hasta lograr que las mujeres y los niños comenzaran a llorar y a gritar. Algunos compañeros salieron, pese a su debilidad, hasta la puertecita de la crujía M exigiendo ver al director del penal. Por su angustia no escucharon nuestros ruegos que advertían la provocación y pedían calma, pues las autoridades tenían como rehenes a nuestras familias. Algunos lograron salir

al corredor circular, que aquí llaman redondel, para encontrarse —así fue informado— al director y al subdirector del penal rodeado de presos comunes, previamente seleccionados por la dirección para agredirnos. Como fue, que fue temible.

Ya he vivido momentos difíciles, angustiosos. Así fue cuando al recorrer el sureste para conocer sus problemas, recobré el conocimiento en una laguneta de Campeche la noche del 27 de octubre de 1967, después de salir disparado del automóvil a la laguneta donde hube de permanecer a flote por casi una hora, herido y maltrecho, para salvar la vida mientras la perdían los tres compañeros que viajaban conmigo. También cuando en la noche del 28 de agosto de 1968 un grupo de agentes de la policía pretendió secuestrarme a las puertas de mi casa y pude escapar malherido por las rocas que la circundan y que comunican por Ciudad Universitaria, en donde hallé abrigo hasta que el ejército la ocupara 20 días después. Así ocurrió también cuando el 18 de septiembre, a raíz de la ocupación, hube de quedar aislado en los pedregales vecinos a la universidad durante tres días con sus noches, sin alimento, sin ropa casi, buscado tenazmente por los policías y por el ejército. Como cuando en mayo de 1969 fui aprehendido con lujo de fuerza y violencia. Pero siempre vislumbré esperanzas de salvación. Ahora no. Cuando la dirección del penal promovió el ataque de cientos y cientos de presos comunes en nuestra contra, ofreciéndoles como premio el botín de nuestras pertenencias, quedamos por completo indefensos a merced de una multitud enardecida e irresponsable. Nuestras celdas se quedaron sin más salida que la de la muerte, cuando fueron invadidas por seres excitados por la ambición de poseer algo, ya que nada tienen. Seres armados de palos, tubos, cuchillos, puñales

y hasta machetes, seres olvidados, víctimas de una sociedad que no castiga el delito, sino la pobreza; seres que sufren cotidianamente en la cárcel un proceso degradante de su condición humana, proceso que no acaba nunca; seres que tenían mucho de no salir siquiera de sus celdas; seres que irrumpieron en las nuestras con los rostros enloquecidos después de habernos bombardeado con piedras y con trapos impregnados de petróleo ardiendo. Todo ante la complacencia de las autoridades del penal. Esas horas de horror nos parecieron siglos.

Cuando lograron entrar con toda violencia, nuestro acuerdo de no resistir y nuestras palabras que quisieron ser serenas, lograron hacerles comprender que éramos sus víctimas, que no sus enemigos. Y gracias a ello se llevaron todo, menos nuestras vidas. Por ahora.

Esa noche pasamos la peor de las noches: semidesnudos, tirados en el suelo sobre periódicos escapados del fuego, rodeados por una multitud de reclusos armados hasta los dientes, sin saber del paradero de muchos de nuestros compañeros, que después supimos estaban heridos en número de 21, dos de ellos graves.

Las autoridades del penal instigaron la violencia: nos balacearon inmisericordemente para obligarnos a reducirnos al ámbito de nuestras celdas, en las cuales quedamos a merced de los atacantes. Todavía el día siguiente permanecemos rodeados por reclusos armados a ciencia y paciencia de las autoridades. Las que informaron que las guardias de presos comunes actuaban como “comisionadas” de la dirección para vigilarnos. El robo a mano armada de que fuimos víctimas fue perpetrado, es cierto, por algunos reclusos. Pero los autores intelectuales del mismo lo fueron —hasta donde pode-

mos saber— las autoridades del penal que nunca brindaron protección a nuestro dormitorio, del cual muchos compañeros no salimos siquiera.

Una agresión como la que sufrimos apenas es imaginable: los presos comunes azuzados contra los estudiantes, como nos llama el resto de la población del penal, donde por fortuna tenemos muchos amigos que nos han prodigado su afecto y la constancia de su indignación por el vandálico saqueo.

¿Qué se perseguirá con tan irracional atentado a nuestra seguridad? ¿A quién beneficia? No le hace bien, desde luego, al actual gobierno de México. Le desprestigia ante los ojos del pueblo y ante la opinión pública, pues nada justifica, ni siquiera explica que se recurra a los presos comunes para agredir a los presos políticos. Está claro que estos hechos en nada benefician al candidato a la presidencia; máxime cuando se perpetran en vísperas de su llegada a la capital, al término de la primera etapa de una campaña que le ha llevado al diálogo con el pueblo y con algunos estudiantes y durante el cual ha escuchado frecuentes peticiones para que se nos otorgue la libertad. Libertad a los presos políticos. A los cuales no hay duda de que en nada beneficia la agresión. Ni tampoco a la campaña proamnistía que cruza el país de un lado al otro y que apoyan muchos sectores de la opinión pública, ya que la agresión parece, a primera vista, una respuesta de las autoridades a tal campaña.

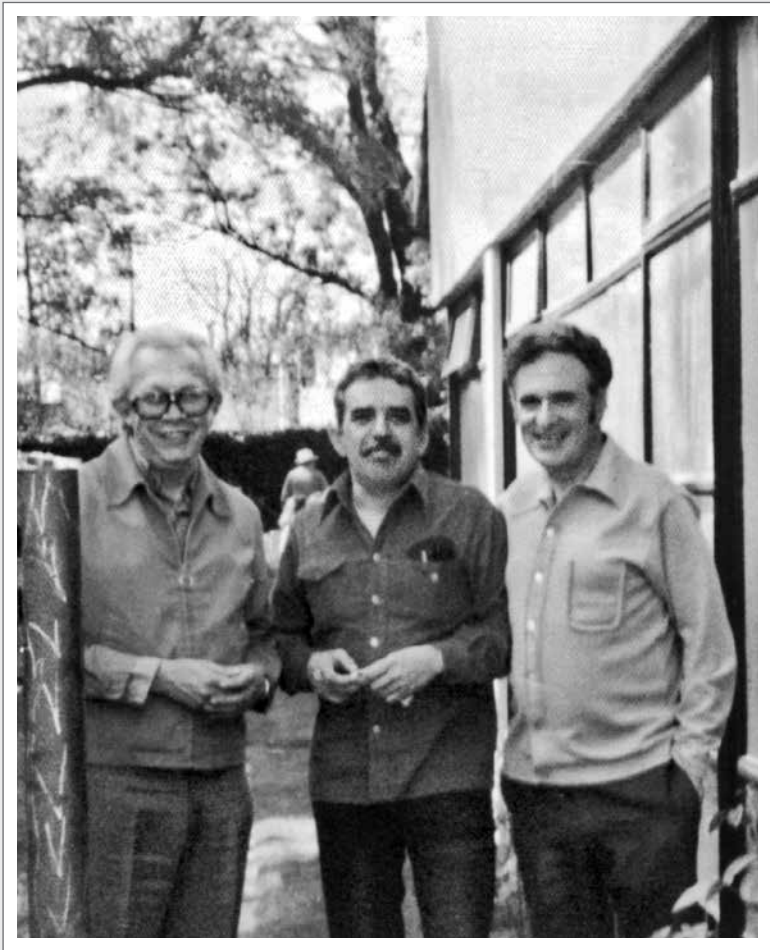
El ataque sufrido por los presos políticos no beneficia entonces ni al actual presidente ni al que viene ni, claro, a quienes luchan por su libertad. ¿A quién entonces? Sin duda alguna al anti México; a quienes desean ver al país atado a los intereses monopolistas-nor-teamericanos; a quienes no quieren que la voz del pueblo se expre-

se y oiga; a quienes quieren desatar una lucha fratricida con todas las ventajas para los opresores del pueblo. A quienes auspician y perpetraron todas las provocaciones durante el Movimiento Estudiantil Popular: balaceando a las preparatorias, a las vocacionales, a El Colegio de México, destruyendo automóviles en Chapultepec. A quienes hicieron posible la matanza de Tlatelolco. A ellos sí beneficia.

Porque se reprime más aún la voz del pueblo. Porque se siembra el terror. ¿Cómo los beneficiaría una masacre en Lecumberri? No lo sabemos. Porque nuestra muerte produciría una agitación en el país, cuyas consecuencias no se pueden prever. Matanzas que de ocurrir ahora, después de fallar el intento hecho el 1º de enero, ofrecería como responsable, inevitablemente, al primer mandatario de la nación.

Estamos por completo indefensos ante nuestros captores. Sabedores del inminente peligro que corremos, pero incapacitados para conjurarlo. Sin embargo, sabemos que llegado el caso moriremos luchando por los derechos del pueblo trabajador mexicano —obreros, campesinos, pequeños agricultores y comerciantes, pequeños industriales, intelectuales, artistas y estudiantes—. Moriremos cumpliendo con nuestro deber, comprendiendo que cuando los hombres mueren así se convierten en semillas de libertades para el pueblo. Libertad plena que él conquistará, a pesar de todo.

[*Cárcel de Lecumberri, enero de 1970*]



Heberto Castillo, Gabriel García Márquez y Julio Scherer.

# El Compadre



Le decían el *Compadre*, andaba por los 25 años, era callado y pobre de solemnidad. Nadie lo visitaba nunca. Su docilidad y su pobreza le habían hecho un buen elemento para la fajina, que es el trabajo que consiste en limpiar los patios, los baños, el comedor y los talleres de la prisión. El *Compadre* llegaba a más. No sólo hacía la fajina dentro de la cárcel, era de los reos a los que se tenía más confianza por su buena conducta y que eran comisionados para barrer la entrada principal de Lecumberri por dentro y por fuera. Así todas las tardes, al filo de las seis, el *Compadre* y sus compañeros llegaban barriendo la entrada de la cárcel hasta el pequeño jardín que le da acceso. Y barrían también el jardín hasta que los guardias cerraban las puertas de la prisión.

Fue muy comentado el incidente que vivió el *Compadre* por trabajar en esa brigada que hacía la fajina hasta las puertas de la prisión y aún fuera de ella. Él estaba en la cárcel acusado de robar pantalones en un almacén de la Merced, pero juraba que su salida era inminente, puesto que el dueño de la tienda lo había acusado de robo porque él se había probado los pantalones, y para observar

cómo le quedaban, se había dirigido hacia la puerta del almacén donde había un aparador, y no hacia el espejo que el almacén tenía dispuesto para sus clientes. Pensaron que se iría sin pagar.

Esa era la acusación. El *Compadre* tenía en prisión ya seis meses y su expediente, como todos los expedientes de los presos pobres, estaba abandonado y nadie sabía cuándo le darían trámite. Pero él creía que pronto quedaría libre porque el defensor de oficio, con el cual había platicado una sola vez, le había manifestado que su asunto se resolvería en primera instancia. El *Compadre* sólo esperaba la visita de un familiar que tenía en Querétaro que lo iría a ver, decía, y seguramente le proporcionaría algún dinero para pagar el esperado trámite.

En la prisión es frecuente que haya presos en condiciones semejantes a la del *Compadre* que están en espera de la resolución de su juicio, de que llegue de improviso un familiar y les proporcione el dinero necesario, o de alguna circunstancia fortuita que pueda lograr el milagro de que el juicio prosiga y que los expedientes no duerman el sueño de los justos como ocurre casi siempre. Sólo los presos ricos mueven sus expedientes y logran su libertad.

El *Compadre* confiado en que pronto saldría, pasaba el tiempo en la cárcel con entereza, soportando las humillaciones que son mayores ahí en la medida que más grande es la pobreza y el abandono familiar que sufren los presos.

El incidente que vivió el *Compadre* al hacer la fajina con la brigada que todos los días limpiaba la calle y el jardín que da acceso a Lecumberri se recordaba porque meses más tarde, milagrosamente, inexplicablemente, el expediente de ese preso fue movido. Pero en vez de la inmediata libertad que esperaba, los jueces lo condenaron



a siete años de prisión. El *Compadre* al saber la sentencia dejó de hablar, trabajaba como siempre, pero callaba. Y no le alentaban para nada las palabras de sus compañeros que le decían que en la segunda instancia de su juicio las cosas podrían cambiar. Resultó que el buen y paciente preso, el eficiente fajinista que era el *Compadre*, apareció una mañana ahorcado en su celda colgando de su cinturón.

“¡De haberlo sabido!”, decían sus compañeros al recordar aquella aventura que vivió el *Compadre* trabajando en la brigada de fajina que hacía la limpieza a la entrada de la prisión.

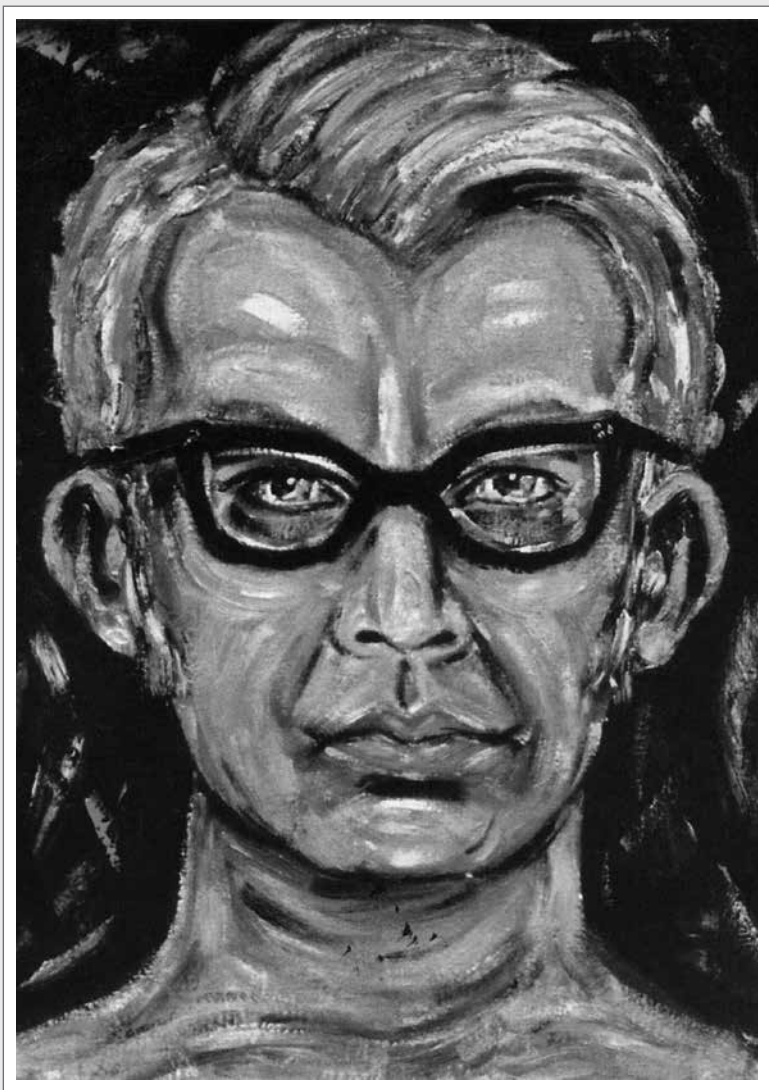
Una de esas tardes, 10 o 12 presos barrían los pasillos de Lecumberri y presurosos baldeaban agua en las viejas y partidas losas de cemento, llegando siempre a trasponer las puertas de Lecumberri. Entre ellos, el *Compadre*, minucioso, cuidadoso, echaba la basura fuera hasta llegar al pequeño jardín que da acceso a la prisión. Embebido en eso estaba cuando se dio cuenta de que las puertas de Lecumberri se habían cerrado dejándole afuera.

Corriendo llegó hasta las enormes puertas y las golpeó desesperado con los puños sin que obtuviera respuesta. La noche invadía ya la ciudad y él angustiado golpeaba y golpeaba.

Al fin, tras la puerta, uno de los celadores le dijo que ya no había visitas y que la cárcel se había cerrado, que no molestara.

El *Compadre* desesperado gritó: “¡yo no soy visita, soy de adentro! ¡Ábranme, déjenme entrar!”. Y las puertas se abrieron.

“¡De haberlo sabido!”, decían sus compañeros cuando el *Compadre* se suicidó meses después.



Autorretrato.

# Año Nuevo



“¡Un veinte, patroncito! ¡Un dulcecito *pal’refine*, no sea malo!”.

A los pies del visitante cae, atada a un cordel, una pequeña cesta que cabe en la palma de la mano. Tres pisos arriba, por entre las rejas de una celda de castigo, hecho un ovillo, un reo tira del cordel cuando obtiene la ayuda que pide a los visitantes que van los domingos a la cárcel de Lecumberri. Maestros y estudiantes de universidades nacionales y extranjeras acuden esos días a las crujías M, N y C, para saludar a los detenidos con motivo del Movimiento Estudiantil Popular de 1968.

Después de fumar marihuana, el organismo requiere azúcar, por lo cual los dulces para el “refine”, como dicen los consumidores, son muy preciados por los presos. Un verdadero tesoro.

El consumo de marihuana es frecuente en Lecumberri y su tráfico produce espléndidas ganancias a las autoridades del penal. Para conseguir la yerba sólo hace falta dinero y los presos más pobres se juegan la vida por un carrujo, y están dispuestos a realizar cualquier “encargo” con tal de no verse privados de ella.

Los presos comunes o simplemente *comunes*, consideran influyentes a los presos políticos encarcelados por el conflicto de 1968 y nos saben con poder ante la opinión pública. Frente a las rejas de los *comunes* más pobres pasan frecuentemente canastas llenas de alimentos que nos mandan familiares y amigos. En su mayoría, los presos no tienen visitas, ni menos envío de alimentos. Muchos han sido repudiados por sus familiares y a veces olvidados por completo.

Los presos ricos, en cambio, tienen muchas facilidades que pagan sin excusa ni pretexto. Las celdas que ocupan están alfombradas y cuentan con todos los servicios. Se encuentran al frente de las crujiás rectangulares y tienen servicio de cocina y bar. Cuando lo desean, reciben visitas femeninas o masculinas, según las mañanas del preso. La estancia en Lecumberri les cuesta más que el más lujoso hotel del mundo. Detrás de las celdas de lujo están las de “primera”, limpias y con un sólo reo en cada una de ellas. Al fondo, están las “colonias”, donde hasta ocho presos deben compartir, hacinados, una celda construida para albergar a dos personas.

A los presos ricos se les llama en el penal *cacarizos* o *gargantas*. Los presos del 68 son los *estudiantes*, sin importar que sean jóvenes, maduros o viejos, como los hay. Para los *comunes*, los estudiantes tenemos muchas de las ventajas de los *cacarizos*, aunque entienden que nuestra influencia no se debe al dinero, sino a un poder político que tuvo su mejor expresión cuando en 1968 una multitud vociferante se reunió a las puertas de Lecumberri pidiendo la libertad de los que Díaz Ordaz había encarcelado.

Para contrarrestar la influencia de los *estudiantes* en el penal, las autoridades buscan enfrentarnos con los *comunes*, y para lograr que nos vean mal aprovechan la extrema miseria de las mayorías y

les ponen a los ojos todos los envíos que recibimos de fuera. Los *comunes* saben así que en nuestras celdas hay muchas cosas que ellos añoran.

En la crujía A, que alberga a los reincidentes, hay un preso joven, con muchos ingresos al penal, drogadicto y fumador de marihuana empedernido. Lo apodan el *Gusano*. El “mayor” de la crujía, que como en todas las crujías de presos *comunes*, es un preso *garganta* al servicio de las autoridades del penal y del tráfico de droga, que gobierna su crujía con mano de hierro, lo mantiene encerrado la mayor parte del tiempo en la celda de castigo del último piso de la crujía.

Es el *Gusano* quien me pide ayuda por las mañanas arrojando su cestita. Los sistemáticos envíos de dulces que le hago nos han hecho amigos aunque sólo conozco su voz, pues su rostro no se distingue entre las rejas del oscuro calabozo a 10 metros de altura del pequeño jardín de mi crujía. Primero me decía patroncito, después güerito.

Alguna vez que fui a la enfermería de la cárcel, un preso andrajoso, con el rostro tumefacto, me dijo confianzudo:

—Güerito, ¿trae dulces?

Reconocí su voz. Le di una moneda.

—¿Por qué te dicen *Gusano*? —pregunté.

—Por jodido y arrastrado, ¿por qué otra cosa había de ser?

Supe entonces que está porque “se porta mal”, que sufre convulsiones, que está abandonado por su familia y que no recibe tratamiento médico alguno. Cuando entra en crisis por falta de droga, que es casi todos los días, lo encierran en esa celda, amarrado a la litera superior y entonces se golpea contra las paredes y rejas y sus desgarradores gritos, pidiendo la muerte, se oyen por todo el penal.

No lo volví a ver. Pero su cesta caía a mis pies casi todas las mañanas. Unas veces le enviaba dulces, otras dinero. Pero siempre le daba algo.

Llegó el Año Nuevo de 1970. Diciembre había sido de tensión, pues la mayoría de los *estudiantes* se habían declarado en huelga de hambre para presionar al gobierno y tratar de hacerle respetar las leyes que obligan a la autoridad judicial a dictar sentencia en un plazo no mayor de un año, la mayoría de los presos del 68 tenían más de un año sin recibir sentencia.

La huelga de hambre al 1º de enero llevaba ya 21 días y había despertado simpatía para los presos dentro y fuera del país, y Díaz Ordaz buscaba todos los medios para romperla.

El 1º de enero fue día especial de visita general y los presos departimos con nuestras familias y con los amigos que fueron a visitarnos. Después de las cinco de la tarde los visitantes abandonaron la prisión dejándonos más tristes que otras veces, pues a la debilidad producida por la huelga de hambre se sumaba la depresión natural que causa en un reo despedir a los amigos y quedarse solo de nuevo en prisión. En Lecumberri la salida de las visitas es lenta siempre, pero más en días tan señalados y concurridos como el Año Nuevo.

Oscurecía ya cuando escuchamos a lo lejos voces de niños y mujeres. Alguien gritó desde la reja de entrada a la crujiá:

“¡Detuvieron a las familias a la entrada! ¡Las están agrediendo!” . La angustia cundió entre presos y a pesar de la debilidad por el prolongado ayuno, no faltó quien decidiera ir en auxilio de sus familiares saltando la verja que separa la crujiá M del pasillo circular, que llamamos redondel. Contra lo que era de presumir, los guardias no dispararon contra quien saltaba y entonces salieron

más *estudiantes* que avanzaron sobre el redondel con rumbo a las oficinas del penal.

Algunos quisimos hacer ver a nuestros compañeros que se trataba de una provocación y que nada podíamos hacer por las familias si ellas estaban detenidas a la entrada. Pocos hicieron caso, la mayoría salió.

A poco, los gritos de niños y mujeres se mezclaron con gritos de hombres, ocurrió que las autoridades penitenciarias sólo habían esperado que algunos presos políticos saltaran la verja para lanzar a cientos de presos *comunes* “comisionados” para atacarnos.

Pronto regresaron corriendo algunos compañeros a la cruja, perseguidos por presos *comunes* drogados, enfurecidos y armados con palos y tubos. Todos nos refugiarnos donde pudimos. La cruja M es circular y las celdas tienen planta en forma de sector circular, algunas con reja a la entrada y por encima, de manera que los presos confinados en ellas quedan enjaulados. Otras no tienen reja arriba. Cuando miramos llegar a los *comunes* enfurecidos, blandiendo palos, tubos, cuchillos y hasta machetes, pensamos en nuestro fin. Para tratar de salvar la vida, algunos decidimos ir al pequeño torreón que se levanta al centro de la cruja, pues desde arriba podríamos contener a los atacantes por muchos que fueran, ya que la escalera de acceso sólo permite el paso a una persona. Cuando nos dirigíamos al torreón, los guardias empezaron a disparar encima de nuestras cabezas de tal suerte que varios disparos chocaron contra los muros de piedra, cayendo a nuestros pies las balas de plomo achatadas. No nos quedó otra alternativa que refugiarnos al fondo de nuestras celdas y tratar de impedir el paso a los atacantes.

Estábamos inermes.

Mi celda tenía reja por arriba de tal suerte que cerrando la puerta de entrada, que es de acero, con el apando —ese pedazo de fierro que usamos los presos para aislarnos de los demás— podíamos resistir un buen tiempo y, con suerte, evitar que los *comunes* entraran a nuestra celda. Pusimos el pedazo de fierro a manera de candado doblándolo todo lo que pudimos para hacerlo más efectivo. Y quedamos resguardados en la celda 26, nueve compañeros.

Una y otra vez pretendieron los atacantes forzar el apando sin lograrlo. Nos llenaban de insultos y nos decían que si no abríamos romperían la puerta y nos matarían.

Desde una pequeña puerta de lámina que separaba mi dormitorio del pequeño patio triangular que aloja el lavabo y el excusado, yo adivinaba angustiado la barra de fierro resistir los empujones. Era ya de noche, pero las antorchas que llevaban los asaltantes iluminaban el patio. Desde la azotea de la celda nos tiraban piedras envueltas en estopa ardiendo, pero la ventana superior tenía lámina de plástico y no vidrio y los proyectiles no entraban.

Y el apando resistía y resistía. Veíamos pasar corriendo compañeros perseguidos por los *comunes* y las antorchas y los gritos daban vueltas y vueltas por el pequeño corredor que circunda el torreón. Fueron minutos que se hicieron siglos. El apando cedió de pronto y los presos se precipitaron sobre la débil puerta de lámina. Todavía resistimos un poco deteniendo con los cuerpos la puerta que se abrió después violentamente.

Topé con rostros de mirada extraviada que insultaban y amenazaban. Detrás venían muchos *comunes* armados con “puntas” y tubos. Encabezaba el grupo el *Cuervo*, torvo sujeto preso por



matar de 47 puñaladas a su mujer, según era fama en la cárcel y al que, por fortuna, de vez en cuando invité un refresco en la tienda del redondel. Caminando hacia atrás traté de calmarlos sacando serenidad de donde pude. Mi espalda topó con la pared de la celda. Les dije que éramos sus compañeros, que sus enemigos eran las autoridades, que si habían tomado el penal podían salir libres, aunque yo sabía que no era así, pues los guardias protegieron su ataque contra nosotros, pero siempre los vigilaron para que no se salieran.

No me hicieron caso. Pero mis palabras calmaron su ira. Querían nuestras pertenencias. Querían poseer algo, pues nada tenían. Sabían que no podían escapar. Estaban comisionados para asaltar-nos. Nada más. El *Cuervo* ordenó:

—¡Todos contra la pared! ¡Venga la marmaja!

Señalándome les dijo:

—¡Al ingeniero no lo tocan!

Volví entonces a pedirles calma. No haríamos resistencia, si querían nuestras pertenencias podían tomarlas. No éramos sus enemigos, insistí.

Empezó el saqueo. Todo se llevaron, pero no nos tocaron. Car-garon con ropa, libros, radio, fotografías, revistas, tablas que servían de libreros, la cama, focos, cables de luz. Sólo dejaron algunos periódicos y el cuadro al óleo que yo pintaba, que había caído al suelo y sobre el cual me paré mientras estuvieron en la celda los asaltantes. Esa banda salió al fin, pero llegaron otras que también querían su parte del botín. Como nada había, dijeron:

—¡Fuera zapatos, fuera ropa!

Quedamos al fin semidesnudos. Alguien salvó la camisa rota, otro un pantalón raído, yo un viejo suéter.

La vida la salvamos todos.

Al no encontrar más bienes, los *comunes* abandonaron la crujía protegidos, como siempre lo estuvieron, por los guardias armados que sólo dispararon para impedirnos llegar al torreón.

Ya solos, hicimos el recuento de compañeros. Faltaban muchos. No sabíamos si estaban heridos, si habían muerto o si estaban en otra crujía de presos políticos. Alrededor de nuestra crujía, la M, montaron guardia los asaltantes que festejaban su triunfo. Las antorchas iluminaban la cárcel. Nuestra noche fue de terror: los *comunes* permanecieron rodeándonos sin que los guardias los metieran al orden. En las celdas no había luz alguna. Sólo veíamos pasar las antorchas por el redondel. Temíamos que los *comunes* volvieran a entrar, pues si lo hacían, como ya nada teníamos, de seguro iban por nuestras vidas.

La noche era fría y nuestro miedo la hacía más aún. No teníamos con qué cubrirnos. Recojimos los periódicos que habían quedado esparcidos en las celdas y los pusimos a manera de cama en una celda con jaula. Sobre esa cama de papel pasamos la noche amontonados, 10 a 12 personas temblando más de miedo que de frío. Yo salí varias veces para comprobar sólo que los *comunes* seguían rondando. Casi al amanecer se fueron. Corrieron rumores que nos traían guardias, amigos: había muertos y heridos.

Amaneció. Salí entonces al pequeño jardín que da acceso al redondel. No había ya ningún preso común alrededor de la crujía. Habría que esperar ayuda del exterior. ¿Vendría alguien? ¿Lo dejarían entrar?

Pensando en eso estaba cuando cayó a mis pies la cestita del *Gusano*. Volví la vista hacia arriba para reclamarle. Él sabía del asalto. Quizá había participado... ¡Grandísimo cabrón! ¿Cómo se atrevía?

Vi su brazo agitarse arriba. Su rostro se adivinaba pegado a los barrotes.

—¡Güerito, hace frío, *ái* le mando unos dulcecitos...*pa'que* se caliente!



Valentín Campa y Heberto Castillo.

# El espacio, tiempo en la cárcel



Me han preguntado: ¿qué es el tiempo en la cárcel? La función del tiempo. El tiempo dentro. El tiempo fuera.

La subjetividad del tiempo se explica con las palabras de alguien a quien la humanidad mucho debe en el campo de la ciencia. Dijo:

Las experiencias de un individuo se nos aparecen ordenadas en una serie de sucesos; en esta serie, los sucesos que recordamos están ordenados de acuerdo con el criterio de “antes” o “después”. Existe, por lo tanto, para el individuo un yo del tiempo, o tiempo objetivo. Este no es mensurable en sí mismo. Yo puedo, desde luego, asociar números a los sucesos, de tal manera que al último acontecimiento se asocia un número mayor que al inmediato anterior. Esta asociación la puedo definir con un reloj, comparando el orden de los sucesos dados por el reloj con el orden de una serie dada de sucesos que pueden ser contados.

Este alguien se llamó Albert Einstein, quien demostró que el tiempo no es absoluto, sino relativo, cosa que parece difícil comprender en la escuela al estudiar física. Al referir nuestras experiencias

a un reloj o calendario, hacemos del tiempo un concepto objetivo. Sabido es que todos los relojes usados por el hombre han sido acordados en relación con nuestro sistema solar. Lo que se conoce por una hora es en realidad una medida en el espacio: un arco de 15 grados en la rotación diaria aparente de la esfera celeste. En verdad cualquier movimiento periódico sirve para medir el tiempo, por ello Einstein hizo ver que el corazón humano es un tipo de reloj. Y aquí viene algo interesante para quienes sufriendo cárcel nos hemos asomado un poco a la física contemporánea. Einstein demuestra que la masa y la energía no son sino manifestaciones de una misma esencia. Resulta pues no sólo de interés, sino apasionante, observar analogías en el espacio-tiempo-cárcel y el espacio-tiempo de Einstein.

La Teoría de la Relatividad sostiene que el tiempo se acorta con la velocidad y que la masa crece con ella. Esto es, si viajamos muy rápido aumenta nuestra masa y disminuye nuestro tiempo. Por ello, los latidos del corazón de una persona que viaja con velocidad cercana a la de la luz serían retardados, al igual que su respiración y otros procesos fisiológicos. Esa persona no notaría el retardo porque su reloj se atrasaría en la misma proporción. Sin embargo, para un tomador de tiempo estacionario, que lo observara, envejecería más lentamente. El aumento de la masa que sufre el viajero del espacio aumenta su inercia, su resistencia a cambiar la velocidad; en cierta medida diríamos que se hace más perezoso, lo que tampoco notaría puesto que quienes con él van aumentan de masa en la misma proporción y se hacen perezosos a su vez. Y bien, ¿tiene todo esto algo que ver con la cárcel? Mucho, sin duda.

Antes de caer preso había sufrido persecuciones; sin cuento, ocho meses de huir de la policía, de esconderme, de vivir aislado,

de no ver a mis amigos ni a mis seres queridos con la frecuencia necesaria para sentirme satisfecho en mi necesidad de dar y recibir afecto. No acepté salir del país —como lo sugirieron algunos amigos— porque entendía, entiendo, que mi lucha está aquí. Tenía prendas de dignidad en la prisión que no podía abandonar sin menoscabo de la mía. Así que decidí luchar por la liberación de todos mis compañeros presos. Y caí preso.

Al tomar conciencia de la realidad carcelaria, comienza un proceso fundamental en el individuo. La celda estrecha, fría, sin luz. Un postigo sólo para hacer pasar la comida, un bote alcoholero para aliviar el cuerpo de los desechos. Y el tiempo que no pasa. Después, lo que parece un siglo después, llaman al juzgado para declarar. Y se ve de nuevo un rostro querido. La esposa que mira con ternura, los fotógrafos de la prensa con el morbo retratado en los ojos —¿o es el ojo de la cámara?—; el agente del Ministerio Público, abyecto y dispuesto a acusarnos de todo sin prueba de nada. Un apretón de manos con Tere, mi querida Tere. El juez no me puede mirar de frente, pues se corta y simula vergüenza. Me acusa de muchas cosas, la más grave, de actuar al lado del pueblo, de los estudiantes, defendiendo la Carta Magna. No me queda sino burlarme del juez, de la “justicia”.

Después, de nuevo a la celda; ahora los policías me reciben con simpatía por haberme oído decir a mis acusadores que el gobierno pisotea los derechos humanos y que me declaro culpable de luchar por defenderlos. El gendarme que me regresa a la celda ya no me empuja. Estrecha amistoso mi brazo y me confiesa que a él le obligan a tirar del cinturón cuando conduce reos al juzgado.

Después de la declaración ante el juez, de nuevo a la celda, solo, aislado; a esperar... ¿qué?, ¿quién sabe?, pero ahora ya puedo

recibir periódicos y, por fin, Tere puede visitarme y salgo al patio soleado, largo, estrecho, para recibirla.

Más tarde empiezan las esperas. Esperas para que me quiten de esa celda que ahora sé, es de castigo. Tienen que acondicionar otra abajo, pues la que ocupo está en los altos.

Y pasan los días, uno, dos, tres... Llega el auto de formal prisión. Estoy formalmente preso. Por la “probable” comisión de 10 delitos. Resulto presunto ladrón y asesino, además de incitador de la rebelión, conspirador y quién sabe cuántas cosas más.

¿Y ahora? Ahora a esperar, a esperar que me trasladen con mis compañeros del Movimiento Estudiantil Popular que están en tres crujías: C, M y N. Fundamentalmente en las dos primeras. En la otra están algunos de los presos por cuya libertad luchó el Movimiento, pero hay uno que otro “nuevo”. A esperar otra vez. El verbo más conjugado en la cárcel. Mis compañeros piden a las autoridades carcelarias mi traslado y, al fin, un mes después, aceptan hacerlo. Pepe Revueltas, que estaba en la crujía I, es llevado también a la M. Hasta aquí las esperas han sido de periodos arrítmicos. Nada se puede predecir. ¿Cuándo ocurrirá tal cosa? Tal vez ahora, tal vez dentro de un año, quizás nunca. Lo más seguro es que quién sabe. Pero ya empiezo a percibir la periodicidad de algunos movimientos, a tomar conciencia de la repetición rítmica de algunos acontecimientos: la visita de los domingos. Veo a mis hijos, veo a mi esposa y veo algunos amigos. Pero la espera se vuelve angustiada.

¿Podrán pasar o les detendrán mis carceleros bajo cualquier pretexto? A veces sí, a veces no. Una espera sucede a otra. Los martes viene a verme mi padre. La prisión nos ha unido más. Cuando libre, poco lo veía. Los jueves me visitan Tere y mis abogados Emilio,



Carmen, Carlos. Otro fenómeno periódico. Tenemos “campo” los miércoles y los sábados. Salimos a jugar frontón. Yo juego con los muchachos. Otra vez el fenómeno periódico. Me doy cuenta de que los reclusos, principalmente los jóvenes que son las personas con quienes comparto esperanzas, alegrías y disgustos, miden el tiempo de una manera que me resulta rara. Ellos tienen ya en prisión nueve meses a mi llegada. Y cuentan las semanas. Los domingos, tal vez los jueves. Pero no los días. Menos las horas. Casi nadie tiene reloj. De los compañeros que me tocan para la cocina “colectiva” ninguno. Excepto yo. Algunos me preguntan para qué quiero reloj en la cárcel. No lo sé. Aquí no hay horas. Sólo la mañana, la tarde y la noche. Y el tiempo se contrae.

Dicen los presos: “un día largo, muy largo, eterno, de lunes al sábado; uno chiquito, pequeñito que es el domingo (‘de domingo a domingo te vengo a ver, cuándo será domingo... para volver’)”. Los sucesos periódicos que nos permiten medir el tiempo en la cárcel son los días de visita que pasan a ser predominantes para relacionar sucesos de nuestra vida; predominantes sobre el reloj, sobre el amanecer y el anochecer que ya no se esperan. Sólo pasan. El ritmo de la vida disminuye extraordinariamente; son los días interminables de Macondo; y nuestro espacio, nuestro mundo, nuestro cosmos, se vuelve microcosmos.

Toda la escala de nuestra perspectiva empequeñece. La celda que me parecía pequeña, estrecha, crece y crece todos los días. El torreón, a escasos 10 pasos de mi cama, es el lugar de reunión, es el observatorio; desde arriba se ven las casas y hasta los automóviles. Y los atardeceres. ¡Vamos al torreón!

Hay quien “incursiona” por el pequeño jardín que ganamos hace un año. Lo más lejos que podemos ir libremente, 10 metros. Las pequeñas grandes conquistas. Todo a escala. Cuando llegué me contaron que uno de los triunfos fundamentales había consistido en hacer que los policías se fueran del torreón. Desde entonces, la crujía circular es capaz de darnos un horizonte de libertad de ¡12 metros de diámetro! Más tarde, vino la conquista del jardín. ¡Todo un mundo!

La celda, al principio, aplasta. Yo desperté el segundo día de recluso con una sensación horrible de asfixia. Los muros sucios, húmedos, malolientes, estaban tan cerca de mí que se metían en mi cerebro, lastimaban mi conciencia como para hacerme entender que la reclusión física implica necesariamente la reclusión mental; entendí que mi único mundo, mi cosmos, estaba dentro de mí. Tan grande como antes, quizás más. De seguro, lo digo ahora, infinitamente más grande. Pero el mundo real, externo, se había reducido fatalmente y también nuestro tiempo. Todo se había contraído.

Nosotros, en la cárcel, envejecemos lentamente; al menos eso creemos. Y nuestros seres queridos crecen muy rápidamente. A mis hijos los veo cada ocho días. Mi niña, Laura Itzel, crece y crece y se hace mujer. Mi día de siete días es muy largo para ella.

Para mí, acaba siendo al fin de cuentas un día. Y cuando me refiere tantas cosas como ha vivido en la semana, contemplo lo poco que yo he experimentado en la mía. Mis hijos se han hecho hombres en sólo 100 días míos, que son 700 para ellos. Terrible incomunicación. Terrible. Los presos del Movimiento, los viejos, los maestros, los que habíamos formado un hogar, sufrimos el problema económico, sí, la impotencia para ayudar a los nuestros —que sólo

puede entender quien ha estado preso—, no hay manera de dar un consejo en el momento oportuno, de pronunciar unas frases de aliento para la mujer, para el hijo o la hija. Los niños volviéndose hombres sin que el padre pueda estar con ellos. Yo he tratado de ser amigo de mis hijos, Heberto, Javier y Héctor. Ahora, para suplir mi ausencia, hago paquetes de afecto y de “orientación” durante la semana para entregárselos el domingo. Pero resulta que los domingos viene mucha gente, numerosos amigos. Tengo ahora más que antes.

Ricardo Garibay transcribió en una entrevista que no tengo amigos. No hay tal. Quizás se confundió con la denuncia terrible que le hizo Eli de Gortari. Lo que denuncié yo fue la falta de solidaridad de mis compañeros de escuela. Cuando estudiantes, muchos iban a mi casa en busca de ayuda o consejo. Pero cuando me dio la ventolera de ponerme de parte de los obreros, me abandonaron. Cuando me negué a participar en los clubes de elogios mutuos, me condenaron. Cuando en los congresos científicos denuncié a algunos como farsantes, me odiaron. Tienen razón. Todo lo que ellos representan del *establishment* me es odioso. No lo soporto. Y ellos no tienen porqué soportarme. Sólo un compañero: Jorge Betancourt Cuevas, expresidente de la Cámara de la Industria de la Construcción, me visita. Fue echado de la Cámara con violencia por instrucciones de Corona del Rosal, cuando se atrevió a pronunciarse a favor de los estudiantes y maestros en 1968.

Además de él, vienen muchos exalumnos, obreros, campesinos y maestros de escuela, y por eso, el domingo es la locura: no hay tiempo ni oportunidad para entregar mis paquetes de afecto a los hijos. Me quedo con ellos y espero la próxima vez.

Bien, si los presos de más edad experimentamos estos problemas, los jóvenes sufren más. Ellos no han vivido, no han amado, o empiezan a amar. Esperan la solución de su problema para hacer su vida. ¡Esperan su libertad! Algunos dicen: “ahora, en Navidad”; cuando pasa ésta: “¡tal vez en Año Nuevo”; después: “el día de Reyes”... Y la angustia, la desesperación les hace ver posibilidades en muchas cosas: en una declaración de amigos, en un movimiento popular, en un sacudirse de América Latina, Y nada. La injusticia y la sinrazón se han institucionalizado. Ellos que lucharon contra la injusticia la sufren en carne propia. La novia se va, los deja pues desea casarse; los amigos —numerosos afuera— no vienen porque tienen miedo a comprometerse.

Los presos jóvenes, por regla general, no tienen nombre afuera. Se llaman presos políticos. No Revueltas, ni De Gortari, ni Rico. Claro, tampoco Vallejo o Campa. Así que sufren la contracción de su tiempo y de su espacio y no reciben el aliento personal, individual de los medios publicitarios. Afuera, la gran masa estudiantil y muchos obreros, que no los conocen de nombre, los admiran como héroes. Los héroes desconocidos. Los presos políticos estudiantiles. Por eso, el problema de los jóvenes es mayor, mayor que el nuestro. Nosotros tenemos algo hecho fuera. Somos seres más o menos realizados. Ellos no; no están en formación. Los presos jóvenes que hicieron una aportación importante a la lucha —el Movimiento Estudiantil Popular lo hicieron ellos— no reciben el reconocimiento por sus esfuerzos. Les debe molestar —supongo— que nos achaquen a los maduros la dirección de su Movimiento. Y por ello, algunos quizás, nos profesan antipatía.

Además, los jóvenes presos ven, leen y escuchan todos los días por los medios de difusión que México se hunde en la ignominia; que la abyección es la mayor "virtud" de un hombre para llegar a ser funcionario; que los hombres de ciencia y arte oficialistas son incapaces de pronunciarse con dignidad; que a la dignidad se le persigue donde quiera que se le encuentre; que la lealtad la practican los "tontos" porque anteponen los principios a los intereses; que el amor es motivo de burla; que la fidelidad no existe, y que la mentira se puede decir e imponer siempre que se tengan los medios para hacerlo.

Por eso, los jóvenes caen fácilmente en el antitodo, en el *importamadrismo*, en el *antipartido*, *antifulanodetal*, *antiamor*, *antiamistad*. En la negación de todos los valores tradicionales, los jóvenes, dentro y fuera de la cárcel, han exacerbado su repudio a un sistema que engaña, que simula. Por ello están contra todo. Y es explicable, sobre todo cuando se sabe que un gigante imperial como Estados Unidos se encoleriza porque un país no acepta sumisamente que sus aviones le espíen como lo hacen los países de Indochina.

Es explicable que los jóvenes están contra todo cuando ven que los altos funcionarios mexicanos dicen, sin pudor alguno, que no hay presos políticos; cuando oyen afirmar a Gustavo Díaz Ordaz que "...la autonomía universitaria no ha sido lesionada ni con el pensamiento". Cuando oyen todo eso, resulta natural que su respuesta sea un exabrupto, una injuria. Una mentada de madre.

En la cárcel, con el correr del tiempo, tan lento, nos volvemos perezosos, como que nuestra inercia aumenta, como que nuestra masa crece. Y lo que afuera se deja para mañana, aquí se deja para la

semana siguiente. Así las cosas, la haraganería se mete en las celdas si no se da uno cuenta, si no reacciona. Porque no es inevitable cuando se está en guardia.

Yo estaba preparado para la inmersión en esta cápsula del tiempo. Jamás me he sentido derrotado. Otros sí, por desgracia. Entendí mucho antes que había cosas que yo podía remediar. Otras no. Que había cosas que yo podía influir. En otras no. Que había lugares a los que podía ir. A otros no. Comprendí, al llegar a prisión, lo que para mí es fundamental, que podía seguir en la lucha contra el sistema opresor del pueblo, de los humildes. Porque yo, a pesar de todo, soy libre; nadie puede someter mi conciencia a prisión. Entendí que el sistema obtenía victorias cada vez que anulaba alguna de mis capacidades, o de las capacidades de mis compañeros.

Y decidí luchar para evitarlo. No dejar que el sistema me aniquilara, a mí ni a mis compañeros. Decidí crear una defensa, y ésta se forja trabajando. Es difícil trabajar en algo creador dentro de prisión. Pero hice el esfuerzo e intenté que lo hicieran los demás. Porque entendí el trabajo creador como la única salvación. Me opuse a los exabruptos contra los *monos* —como se llama a los pobres policías que nos vigilan— porque ellos son víctimas del sistema también, y porque al llegar al insulto con ellos, como algunos lo hacían, nos degradábamos, empezábamos así a aprender que éramos impotentes para hacer más. Y me decidí a hacer más.

Me di a escribir cada ocho días para *Siempre!* Me puse a pintar y a desarrollar una teoría matricial que hace años tenía en embrión; estudié historia, economía. Así he logrado conservarme sano, física y mentalmente. Estoy bien. En la cárcel aprendí a querer mejor. Ahora amo más la vida, amo más a mi esposa, a mis hijos, a mis amigos, al

pueblo. Ese pueblo que no conozco, ése que trabaja en el campo o en la fábrica. Ése que produce la riqueza. Ése que debe liberarse.

En fin, estoy bien. Dispuesto a afrontar lo que venga. Y consciente de que mis familiares han aprendido a luchar y a vivir sin mí. Lo que antes no entendía ni podía entender.

Como se ve, el tiempo y el espacio carcelarios se parecen al espacio, tiempo real contemplado por la Teoría de la Relatividad de Einstein. Tal parece que nosotros, los presos, viajáramos a velocidades inmensamente grandes, cercanas a las de la luz, mientras afuera los demás permanecen estacionarios. Pero ello no es cierto, sino en lo subjetivo. Subjetivamente nos comportamos así. Para comprender nuestra realidad tendríamos que entender que envejecemos a la misma velocidad que los que viven fuera. Pero que en general trabajamos demasiado lentamente. Y es necesario que tomemos conciencia de este problema.

Para mí, un crimen del gobierno mexicano es lanzar al antitodo a los jóvenes. Empujarlos a la haraganería y al vicio. Como ocurre en muchos otros lugares del globo. Desde prisión lucho porque se comprenda que no debemos dejarnos destruir, aplastar, porque ello es conceder el triunfo, sin luchar, a los enemigos de nuestro pueblo.

Yo admiro el valor de la mayoría de los jóvenes presos conmigo en Lecumberri; entiendo sus problemas. Y les advierto cada que puedo para que no acepten la provocación represiva; les pido que no se dejen aplastar, que sigan defendiendo al amor, a la lealtad, a la dignidad, Especialmente al amor. Motor del hombre por siempre.

[*Cárcel de Lecumberri, noviembre de 1970*]



José Álvarez Icaza, Heberto Castillo Martínez y Gilberto Rincón Gallardo.



# Jueves de Corpus



—Alfonso Martínez Domínguez quiere hablar contigo, ¿se puede? —me dijeron unos amigos.

—¿Conmigo? ¿Para qué? Tengo muy mala opinión de él —advertí.

—Lo sabe, lo sabe —me contestaron.

—Pero nosotros creemos que debes oírlo. Al menos será interesante.

—¿Hablará sobre el 10 de junio? —pregunté.

—Tal vez.

Acepté. Unos días más tarde me informaron que Martínez Domínguez me invitaba a desayunar en su casa de Inglaterra 14, en Coyoacán, cerca de la terminal Taxqueña del Metro, a las nueve de la mañana.

Habían pasado ya algunos años desde aquellos dolorosos hechos, aquella matanza de jóvenes, el Jueves de Corpus de 1971.

Cuatro semanas antes del 10 de junio, Tere me visitaba en Lecumberri. Era el jueves 13 de mayo de 1971. Estaba yo preso en el viejo penal de Lecumberri. Ese día, la crujía M estaba alborotada porque había trascendido que saldrían libres José Revueltas y otros com-

pañeros encarcelados durante el Movimiento Estudiantil Popular de 1968. Yo había rechazado salir libre para dejar el país como me lo propuso un enviado de la Secretaría de Gobernación: primero deberían salir todos los presos del 68. Después, hablaríamos de mi caso.

—Si no firma, no sale —me dijo el mayor Palacios.

No firmé y salí. Me metieron por la fuerza a la cárcel y por la fuerza me sacaron.

Cuando salí de Lecumberri oscurecía, pero a mí me pareció el cielo luminoso. Afuera esperaban entusiastas parientes de otros liberados. Tere condujo el automóvil hasta la casa.

El Movimiento Estudiantil Universitario había tomado fuerza con la liberación de los primeros presos del 68. Todavía los principales dirigentes estaban desterrados en Chile desde hacía unas semanas; los otros liberados actuaban ya en el medio estudiantil. Al día siguiente de mi liberación participé en un mitin en la Universidad Iberoamericana.

Había entonces problemas universitarios en Nuevo León. El gobernador Elizondo se empeñaba en imponer una absurda ley orgánica para la universidad de aquel estado, encabezados por el rector, ingeniero Héctor Ulises Leal, los universitarios neoloneses luchaban contra esa imposición.

En la Ciudad de México, los estudiantes preparaban una marcha en apoyo a sus compañeros regiomontanos. Hacía mucho tiempo que no desfilaban por las calles. Desde 1968, para ser preciso.

La lucha en Nuevo León dio frutos. Elizondo renunció y Luis M. Farías fue nombrado gobernador interino. Hubo desconcierto. La marcha que se preparaba quedaba un poco en el aire si iba a ser un acto de solidaridad con los universitarios neoloneses.

Luis Echeverría se empeñaba en hablar de “apertura democrática” en tiempos en que las manifestaciones de disidencia se hallaban prácticamente congeladas. Los universitarios estaban atrincherados dentro de las escuelas y los únicos movimientos discrepantes eran las guerrillas, urbana y rural. Echeverría hacía vislumbrar, para algunos, mejores tiempos. La liberación parcial de los presos del 68 parecía anunciar una apertura más amplia. Los rumores de una ruptura entre Echeverría y Gustavo Díaz Ordaz hacían concebir esperanzas. Pero había obvios representantes de Díaz Ordaz dentro del gabinete: Martínez Domínguez era uno de ellos; Julio Sánchez Vargas, el procurador, otro.

El caído Elizondo tenía fama de reaccionario. Había encabezado años antes la lucha contra el libro de texto gratuito: su renuncia podía interpretarse entonces como una posición progresista de Echeverría. Y en esos días, Mario Moya Palencia, secretario de Gobernación, declaró que los exdirigentes del 68 que habían sido expulsados a Chile podían regresar cuando quisieran.

Llegamos a casa de Alfonso Martínez a las nueve de la mañana. Un ayudante nos abre la puerta. Allí está Martínez Domínguez sonriente. Nos saluda y nos hace pasar por un jardín bien cuidado junto a una pequeña alberca. Entramos a una espaciosa sala a la que se le cambia el recubrimiento de madera. Huele a caoba y a huevos con chorizo. Entramos al desayunador. Nos sentamos. Frente a mí se encuentra uno de los personajes centrales que participaron, voluntariamente o no, en la matanza de estudiantes el 10 de junio de 1971. ¿Qué quiere?

Trascendió que Elizondo renunció porque “el centro” no lo apoyaba y lo hostilizaba, que rechazó las sugerencias que Echeverría le hizo llegar a través de Luis M. Farías. Los estudiantes decían que eran arreglos interburgueses. Sea como fuere, los universitarios de Nuevo

León se habían sacudido a un enemigo y podían avanzar si procedían con inteligencia.

En la Ciudad de México, los muchachos estaban alborotados por la presencia de sus líderes tanto tiempo encarcelados y querían ganar la calle a como diera lugar, así que siguieron adelante con los preparativos de la marcha.

El recibimiento que se dio el 4 de junio en el auditorio “Che” Guevara a los exdirigentes del 68 que regresaban de Chile fue apoteótico. Estuvieron allí Raúl Álvarez Garín, Eduardo Valle Espinoza, Gilberto Guevara Niebla, Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca, y otros. Recibieron ovación tras ovación. Contestaron a la prensa y a la televisión. Me invitaron a subir al presídium y dije unas palabras: que nos organizaríamos y construiríamos un instrumento de lucha para hacer tomar el poder a los trabajadores. “¡Venceremos, venceremos!” salió gritando la muchachada.

Participamos en las discusiones en torno de la marcha propuesta para el 10 de junio. Los principales organizadores eran miembros de los “Cocos” (Comités Coordinadores de Lucha), donde actuaban algunos exdirigentes del 68. Advertimos reiteradamente que era peligroso hacer una marcha en las circunstancias de entonces: una apertura a medias, una pugna aparente entre Echeverría y Día Ordaz; se había resuelto, en parte, el problema en Nuevo León, era probable que se utilizara la marcha para desatar la violencia.

Por esas razones, quienes en la cárcel habíamos trabajado por organizarnos políticamente, acordamos no participar.

Advertimos que a escasos 20 días de liberados, recibíamos ataques de diestra y siniestra. Los sindicalistas universitarios, Evaristo Pérez Arreola y Nicolás Olivos Cuéllar, firmaban volantes acusándo-

nos de ser los instigadores de la violencia. En la prensa se escribían artículos señalando a los recién excarcelados como nefastos para la tranquilidad del país. Las diversas policías vigilaban nuestras casas y seguían nuestros pasos.

Escribí un artículo: “Un alto en el camino”, en que invitaba a los estudiantes a reflexionar, a medir correctamente las circunstancias en que nos hallábamos, a tomar en cuenta las pugnas entre los poderosos, advirtiendo que la manifestación podía convertirse en una trampa. El artículo se publicó el 10 de junio en *El Universal*.

Nada más pudimos hacer. La marcha se llevó a cabo y los *Halcones* adiestrados en el Departamento del Distrito Federal, con la complacencia de la policía, golpearon a periodistas, rompieron cámaras fotográficas, hirieron, mataron y remataron muchachos, hasta en las camas del hospital Rubén Leñero de la Cruz Verde.

Algunos, después, me preguntaban en mesas redondas, conferencias, mítines, que cómo había sabido yo lo que iba a suceder. ¿Quiénes me habían informado? Expliqué que la lógica sirve para algo. A veces para prever acontecimientos. De ese artículo y de la posición que asumimos surgió una sucia campaña en contra nuestra. Toda la izquierda nos atacó. Los *aperturos* empezaron a llamarlos *heberturos*, en el colmo del desprecio.

Acaso pienso en lo anterior cuando Martínez Domínguez me ofrece un vaso de jugo de naranja y me dice:

—Le pedí a mi buen amigo Raúl y a los ingenieros aquí presentes, que han trabajado con usted construyendo sus inventos, que lo invitaran porque tengo algo que contarle. Quizá le extrañe, ingeniero, que yo lo busque, pero he seguido sus pasos le tengo un gran respeto. Admiro su tosudez en la lucha, su valor y su capacidad técnica.

Algunos de sus análisis políticos nos han impresionado, a mí y a algunos amigos. Usted, fuera del gobierno, deduce cosas que pasan dentro. Tengo confianza en usted —insistió— por su calidad moral que ha demostrado muchas veces.

—Lo que voy a contarle es peligroso para mí y sé que quizá usted lo relate en alguno de sus artículos. Si se publica ahora me puede costar la vida. Echeverría no se tienta el corazón, es un enfermo. A pesar de ello, quiero contarle mi verdad, si usted quiere —dice agitando el dedo índice—, mi versión de lo que ocurrió el 10 de junio. Yo sé —repite— que usted puede hacer uso público de esta confidencia. Creo que vale la pena correr el riesgo. Yo necesito decir estas cosas a una persona como usted, de la integridad de usted, Heberto —me dice quitándome el trato de ingeniero.

—Lo que voy a contarle, se lo juro por mis hijos, es la verdad. No lo he escrito porque peligra mi vida. Tal vez después. Quizá nunca. Yo no le pido que guarde silencio. Sólo le pido que me oiga, ahora estoy apestado en la política. No —corrige— apestado en el gobierno. Pero la política es una rueda de la fortuna: a veces está uno arriba, a veces abajo. Creo que algún día volveré a la función pública. No me siento descartado.

Nos sirven el desayuno. Huevos, chorizo, tortilla, café. Estoy intrigado, pero no digo nada. Sólo pongo atención.



MZLN

---

Los periódicos del 11 de junio aterraban. La información sobre la salvaje agresión de los manifestantes en San Cosme ponía los pelos de punta.



La matanza del 2 de octubre había sido bárbara, criminal, pero tal ferocidad se explicaba porque Díaz Ordaz estaba enfermo de autoritarismo y los estudiantes lo habían puesto verde, y se había terminado con el mito del respeto casi peligroso al Presidente de la República. Pero ahora, ¿en plena apertura democrática? Los estudiantes habían sido golpeados, inmisericordemente con varas largas, cachiporras, balaceados desde las azoteas del Metro en San Cosme, del cine Cosmos. Algunos periodistas nacionales y extranjeros habían sido golpeados y sus cámaras fotográficas destruidas. ¿Por qué?

Leía el periódico, aterrado, a la entrada de la Ciudad de México por la carretera a Toluca, pues había salido de la ciudad el 10 de junio por la mañana. Hablé por teléfono a Emilio Krieger, mi amigo, y durante el tiempo que estuvimos en la cárcel, nuestro abogado. Mi familia se había ido de la casa previniendo cualquier represión. Emilio me aconsejó llegar. No creía que hubiera peligro. Busqué a Tere y a mis hijos, llegamos a casa el 11 por la noche. Habían llegado unos hombres “de la Compañía de Luz”, según nos informó quien cuidaba la casa. Entraron y revisaron todo.

Tere y mis hijos, Heberto, Javier, Héctor y Laura, el mayor de 15 años, habían sufrido a partir de 1968 muchas persecuciones. Dormimos mal esa noche. El sábado 12, los muchachos se fueron a jugar beisbol a la Liga Olmeca. Con Tere y Laura fui a ver a mi padre y a mis hermanas por rumbos de la Normal. Salimos de casa extremando precauciones. Noté que nos seguían dos automóviles de alquiler con dos hombres a bordo cada uno. Al llegar a la avenida Cerro del Agua me

extrañó ver estacionados decenas de automóviles de alquiler a espaldas de mi casa. Tere trató de explicarlo:

—Me han dicho que aquí vive Martínez Domínguez —y señaló una casa sobre Cerro del Agua, la avenida que llega a la Ciudad Universitaria desde Miguel Ángel de Quevedo— los taxistas deben venir a darle su apoyo —dijo.

Pero al pasar por allí, dos automóviles se sumaron a los que ya nos seguían. Bruscamente di vuelta en redondo y regresé a Quevedo, rumbo al centro de Coyoacán. Detrás venían los carros de alquiler. En una de las callejuelas que salen de Coyoacán paré el auto y dije a Tere: “Vete con Emilio”.

Salí corriendo y me interné en las calles empedradas. No pudieron seguirme. Mi propio automóvil les obstruía el paso. Me escondí unos minutos y luego hablé a Krieger. Ya estaban allí Tere y Laura. A ellas no las habían seguido. Emilio fue a buscarme en su automóvil y me llevó a su casa, donde su esposa Yolanda, Tere y Laura, mi hija, comentaban la situación. En esa casa pasé muchos días en 1968 cuando la policía y el ejército me buscaban afanosamente, hasta que en mayo de 1969 me capturaron.

Estos tiempos se han ido. Ahora, Alfonso Martínez Domínguez empieza a contarme su versión del 10 de junio de 1971.

—La matanza del Jueves de Corpus fue preparada por Luis Echeverría para matar dos pájaros de un solo tiro: escarmentó a quienes, decía él, querían provocar a su gobierno al inicio de su mandato, y se deshizo de mí. Yo tenía pasado y fuerza política. Le hacía sombra. Al conocerse la decisión de los estudiantes de que



marcharían el 10 de junio para apoyar a los universitarios de Nuevo León, Echeverría me dijo:

—Quieren calar a mi gobierno, pero los vamos a escarmentar.

Entonces yo le dije:

—No, señor presidente. Creo que si realizan su marcha no habrá mayores problemas. Soy de la opinión de que no se tomen sino medidas precautorias. Vigilar que no haya provocaciones. No habrá problemas.

Y me contestó así:

—No, Alfonso. La izquierda me está toreando, quieren que muestre debilidad y entonces se me subirán a las barbas. Los meteremos al orden.

Mientras desayuno, Martínez Domínguez no come. Habla, gesticula, se excita. Refiere charlas, detalles. Precisa que Echeverría le quitó el control de la fuerza pública unos días antes. Y que Rogelio Flores Curiel, coronel del ejército, lo puso bajo las órdenes de un capitán.

—Sí —me cuenta, el presidente Echeverría me dijo que no me preocupara por la vigilancia de esa manifestación. Nombró capitán al subsecretario de Gobernación, Fernando Gutiérrez Barrios, solamente para que controlara la situación. Y eso, Heberto, era ofensivo para el ejército que ya tenía motivos para estar molesto con Echeverría.

Martínez Domínguez hace una pausa en su relato del 10 de junio para remontarse a los tiempos de la campaña presidencial de Echeverría, cuando él, Martínez Domínguez, era presidente del PRI.

—El ejército estuvo a punto de abandonar la campaña de Echeverría. Fue a raíz del minuto de silencio que Echeverría guardó en Morelia y de algunas declaraciones que hizo en torno del 2 de octubre de 1968. El Estado Mayor Presidencial me comunicó, oficialmente, que no acompañarían más al candidato. De inmediato hablé

con el presidente Gustavo Díaz Ordaz para recibir instrucciones. “Yo me encargo del asunto Alfonso” —me dijo Díaz Ordaz.

—Volvió a la campaña el Estado Mayor sólo cuando Echeverría leyó un discurso que nosotros le hicimos. Ahí no improvisó, sin embargo, pronto volvió a las andadas. Yo creo, Heberto, que hubo unos días en que Díaz Ordaz pensó en poner otro candidato. El 30 de diciembre de 1969 —añade Martínez Domínguez— Díaz Ordaz me llamó por teléfono al PRI para decirme: “Alfonso, acuartélese allí, pueden pasar cosas muy importantes. No salga hasta nuevo aviso”.

—Y no salí, Heberto. Allí estuve. El 6 de enero me volvió a llamar: “No hay cambio. Todo igual”. Algo acordaron.

El 1º de enero de 1970, las autoridades de Lecumberri nos echaron encima a los presos *comunes* drogados. De milagro nos salvamos de morir asesinados todos los presos del 68. ¿Coincidencia?



MZLZ

El 12 de junio de 1971, mis hijos hicieron una fiesta en casa. Bailaron como bailan los chamacos de 14 a 16 años. La fiesta terminó a las 12 de la noche. Por primera vez en tres años tenían a papá en casa y estuvieron muy contentos. Nos disponíamos a dormir, acostados ya, cuando ante la puerta de la casa se detuvieron ruidosamente varios carros. Oí voces y me asomé por el visillo de una celosía. Vi que bajaban de varios automóviles hombres armados con pistolas y metralletas. Con rapidez me vestí y tomé el rumbo de la azotea. Antes le dije a Tere: “llama por teléfono a todo mundo. Yo escapo. Vienen por mí”.



A los pocos segundos estaba yo en la azotea de otra casa. Pero abajo. En la calle, algunos me habían visto y señalaban con sus largas varas donde estaba. Los *Halcones*, pensé. Eran todos hombres jóvenes a excepción de los que echaban los faros buscadores de sus carros hacia la azotea. No tenía yo salida. Pero sabía que para capturarme tendrían que entrar en una de las casas de la manzana. Quedé semioculto en un tinaco atento a ver si violaban la puerta de mi casa. Si lo hacían, me entregaría. Pero tenía la esperanza de que entretanto llegara alguien. Tere, aunque a oscuras, de seguro habría llamado. Algunos amigos vivían cerca.

Al poco rato llegó Emilio Krieger. Temí por su vida. Pero oí su voz, firme, preguntando: “¿qué se les ofrece, señores?”.

Uno de los agentes levantó el brazo y señaló por donde yo estaba. Se oyeron sirenas. Llegó la Cruz Roja, la Cruz Verde, la policía y los bomberos. Tere lo había logrado. Había llamado a todo el mundo.

Los *Halcones* desaparecieron, y los agentes también. Bajé a la casa a recibir a Emilio. Luego llegaron Carlos Fernández del Real y Carmen Merino, quienes también habían sido mis abogados. No sé quién llamó a Julio Scherer, pero supe que él habló por teléfono con Luis Echeverría y éste le ofreció dar garantías “al ingeniero Castillo”. Más tarde llegaron dos modernos automóviles negros con cuatro agentes que enviaba el presidente. Esa noche fue romería en casa.

En amena charla estábamos cuando mis adolescentes hijos, agitados por los acontecimientos, después de que habían hecho guardia —según me contó Tere— con sus bates de beisbol, llegaron a informar que en la puerta había agentes de la policía judicial que querían hablarme. Javier me dijo entonces: “papá, el que viene es el mismo que quería entrar con los *Halcones*”.

Era el comandante (¿Eduardo?) Estrada que venía a ofrecerme garantías. Le dijimos que ya estaban allí dos patrullas de la Presidencia. Se despidió muy atentamente.

A partir del 13 de junio estuvieron apostados a las puertas de mi casa dos automóviles negros con cuatro agentes de la Secretaría de Gobernación. A pesar de ellos, los merodeos de otras policías y de los *Halcones* no cesaron.

Cuando fui a ver a Julio Scherer para darle las gracias por su intervención sólo me dijo: “hermano, no se hable más del asunto, no se hable más del asunto. Heberto querido, ésta es tu casa”.

Alfonso Martínez Domínguez toma vuelo en su relato. Me cuenta que los preparativos para controlar a los manifestantes del 10 de junio fueron controlados directamente por el presidente Echeverría. Jura Martínez Domínguez que ni él ni Rogelio Flores Curiel tuvieron nada que ver en el asunto, que las reuniones del subsecretario Gutiérrez Barrios con las fuerzas policiacas del Departamento del Distrito Federal y con miembros del ejército se dieron en la Secretaría de Gobernación.

—Todavía tuve oportunidad —refiere Martínez Domínguez— de decir a Echeverría que la marcha no causaría problemas, sino de tránsito, pues la bandera de los jóvenes se había caído al renunciar Elizondo. Pero el presidente estaba empeñado en detener la marcha. La víspera del 10 de junio —sigue Martínez Domínguez— Echeverría me citó a una reunión en Los Pinos para tratar el problema de la introducción de más agua potable al Distrito Federal proveniente del río Lerma. Estarían también en esa reunión el gobernador del Estado de México, Carlos Hank González, el secretario de Recursos Hidráulicos, Leandro Roviroso Wade, y el director de Obras Públi-

cas del Departamento del Distrito Federal, ingeniero Raúl E. Ochoa. Comeríamos juntos para tratar el problema.

En la mesa hablamos del asunto. Era un proyecto para incorporar un caudal de agua al Distrito Federal. Estando ya en la sobremesa, con planos y maquetas al fondo, comentando esa y otras alternativas, sonó el teléfono y a unos pasos apenas de nosotros habló.

—Sí, dígame, ¿heridos? Lívenlos al Campo Militar. No permitan fotografías. —Echeverría regresó a la mesa.

—Todos —cuenta Martínez Domínguez— esperábamos alguna información. Sabíamos que se estaba dando la marcha. Hank, Rovirosa, Ochoa y yo lo mirábamos atentos, inquisitivos. Echeverría se sentó y dijo:

—Señor ingeniero Ochoa, no hay problema en que la línea pase por aquí ¿verdad?

Ochoa asintió:

—Señor gobernador, ¿considera usted conveniente este paso? Y Hank dijo. Sí. Luego añadió el presidente:

—¿Y usted qué opina, Alfonso? —El teléfono volvió a sonar:

—¿Herido uno de los nuestros? ¿Muerto? Al Campo Militar. ¿A la Cruz Verde? No, no. No permitan fotos. ¡Quémenlos!

La angustia se reflejaba en los rostros.

—Yo —dice Martínez Domínguez— estaba terriblemente desconcertado. Pensé que se suspendería la reunión y que se darían instrucciones precisas. No fue así. El presidente Echeverría regresó a la mesa inmutable.

—Bien señores —dijo— debemos precisar los términos de esta reunión. La ciudad necesita agua. Pero el Estado de México también. ¿Cómo hacemos? ¿Qué sugiere señor Martínez Domínguez, qué propone señor gobernador?

—Nadie las tenía consigo. Se proponía cuestiones, pero los ojos estaban puestos ya en la puerta por donde aparecía el ayudante a cada momento con nuevos llamados. Fueron —relata Martínez Domínguez— 13 o 14 llamadas. Y 13 o 14 veces Echeverría habló en voz alta con quienes le informaban. Y les dio instrucciones siempre. La sangre se nos helaba cada vez decía: “Quemen a los muertos. Que nada quede. No permitan fotografías...”. Eran casi siete de la tarde cuando Echeverría después de resumir los acuerdos sobre la introducción de agua, nos despidió. No dijo una sola palabra sobre los telefonemas. Despidió de mano a todos y al dirigirse a mí me retuvo. Ochoa casi se desbarranca por una ventana para salir de Los Pinos. Carlos Hank González y Rovirosa salieron aparentando calma. Quedé solo. Echeverría salió un momento. Y regresó.

—Alfonso —me dijo— han ocurrido hechos sangrientos. Los estudiantes agredieron a la policía y hubo muertos y heridos. La situación es grave. Necesita usted ir a sus oficinas y dar una conferencia de prensa.

Me explicó lo que tenía que decir. Lo repitió varias veces.

—Calmado —me dijo— tómelo con calma. En síntesis, deberá decir que ha ocurrido un enfrentamiento entre grupos estudiantiles, que hay heridos leves, pero que la situación esta controlada. Me pidió que le repitiera lo que yo iba a decir a la prensa. Me escuchó con calma mirándome fijamente a los ojos.

—Muy bien, Alfonso. Muy bien. Ahora vaya y haga estas declaraciones.

Salí de Los Pinos rumbo al Departamento del Distrito Federal.



El lunes 14 de junio mi casa estaba vigilada por agentes de los carros negros. Pero a Tere le habían arrojado un automóvil cuando ella daba vuelta hacia casa en Cerro del Agua. Llegué a casa en un taxi. Entré y la encontré preocupada por el incidente. Subí entonces a la azotea por unos papeles que guardaba en el cuarto de servicio. Cuando bajaba vi subir a dos hombres armados. Tere gritó. Eran dos los agentes que vigilaban la casa. Topé con ellos de frente. ¿Me aprehenderían? No había manera de huir. Uno de ellos preguntó:

—¿La escalera para la azotea, ingeniero? ¡Suba con nosotros! Subí. Los agentes corrieron a mirar hacia la calle.

—¡Contra la pared, al suelo —me dijeron. Me tiré al suelo.

—Mire allá —dijo el agente señalando un automóvil desde el que un hombre apuntaba hacia nosotros con un arma larga. Al ver a los agentes armados el automóvil se movió.

—¿Quiere venir con nosotros? Vamos a alcanzarlos.

Me dieron una escuadra *Brownie* y salí con ellos. Recorrimos varias calles, pero no los alcanzamos. Regresamos a casa.

—Avísenos cuando quiera salir. Hay peligro, ingeniero.

No salí ya. Estuve el 14 en casa, y todo el 15. Allí me iban a visitar los amigos, los estudiantes. Por la tarde del 14, uno de los automóviles que vigilaban la casa fue embestido por otro. Quedó hecho acordeón.

—Un accidente nada más —me dijeron los agentes sin ninguna convicción.

Alfonso Martínez Domínguez cuenta que cumplió celosamente las instrucciones presidenciales. Llegó a sus oficinas donde estaban los reporteros de los diarios nacionales, los corresponsales extranjeros, la radio y la televisión.

—Repetí —me cuenta— lo más apegado posible a lo que me había dicho Echeverría, el mensaje a los medios de comunicación. Al minuto de haber despachado a la prensa, sonó el teléfono de la red. Era el presidente Luis Echeverría. Me dijo:

—Muy bien, Alfonso, muy bien. Estuvo perfecto. Lo felicito. Necesito hablar con usted. Venga para acá.

—Cuando iba rumbo a Los Pinos, tenía ya mayor información de hechos —prosigue Martínez Domínguez—. Los *Halcones* habían masacrado a los manifestantes, habían entrado incluso en la Cruz Verde, que está muy cerca de la Normal, de San Cosme, y habían rescatado prisioneros arrebatándolos de los brazos de los médicos y de las enfermeras. La policía, ingeniero Heberto —me decía exaltado Martínez Domínguez— no había intervenido. Flores Curiel estaba relevado del mando. Todo había sido orquestado por Echeverría a través de la Secretaría de Gobernación. Llegué a Los Pinos muy preocupado. ¿Y ahora qué? Estaba yo en la sartén. Me recibió de inmediato.

—Muy bien Alfonso, estuvo perfecto ¡Qué buena memoria! Necesitamos hacer una concentración popular para el sábado 12. Llenar el zócalo.

—Y tuve que responderle: imposible. En tan poco tiempo no se puede lograr una concentración de este tipo. A lo que repuso:

—¡Hágalo el 15 entonces, es necesario! ¡Así aplacamos las cosas! Hay periodistas heridos, molestos, indignados. Hubo estudiantes, heridos, muertos. El gobierno necesita apoyo popular. Disponga de lo necesario y haga una magna concentración. Usted puede hacerlo.



—No pude lograr mayor plazo. Salí de Los Pinos con la comisión de hacer una gran concentración popular. Moví cielo, mar y tierra, Heberto, y logré hacerlo. Yo había dirigido el PRI y la CNOP (Confederación Nacional de Organizaciones Populares), tenía experiencia en esas cosas, tengo, todavía tengo. Heberto, muchos amigos, muchas maneras de mover gente. Fue algo extraordinario, créamelo. No basta tener elementos, dinero, no basta disponer de todo, hay que saber organizar. Y yo puedo hacerlo. Fue una gran concentración, ¿se acuerda? Todo un éxito. Allí habló Echeverría, ofreció aclarar las cosas en 15 días más. Se comprometió a hacerlo. Un gran acto, Heberto, ¿se acuerda?



*Miles*

Ese día 15 estuve recluido en casa. Merodeaban agentes del Departamento, se me decía. Los *Halcones* que me habían “visitado” la noche del 12 estaban todavía en acción por algún lugar. Y aunque la prensa anunciaba que el Departamento del Distrito Federal había levantado sus campamentos a marchas forzadas, se sabía que los había organizado el general Alfonso Corona del Rosal, cuando era regente, y que ahora estaban al servicio de Martínez Domínguez. Al menos cobraban en el Departamento del Distrito Federal.

El acto del martes 15 fue multitudinario. El sistema priista funcionó muy bien. Miles y miles de acarreados fueron al zócalo a “brindar apoyo a Echeverría”. Alfonso Martínez Domínguez estuvo nervioso, al lado del presidente. Echeverría ofreció castigar a los responsables. Su política de apertura democrática no iba a quedar empañada por un acto así. Era, se decía, una

provocación. Alguien se le había salido del huacal a Echeverría, se rumoraba.

Vinieron a casa muchos jóvenes. En la Universidad Iberoamericana estaban algunos hijos de Echeverría. Ellos afirmaban, según se decía, que Martínez Domínguez era el culpable. Comentábamos los hechos. Se organizaban actos en Ciudad Universitaria, Zacatenco, el Casco de Santo Tomás, la Normal, la Ibero. Esa tarde del martes 15 de junio habíamos charlado con muchos jóvenes.

A las 19:30 sonó el teléfono. Descolgué la bocina:

—Habla Mario Moya Palencia, ingeniero Castillo —yo no había cruzado antes palabras con él—, por instrucciones del señor Presidente de la República le comunico que dentro de unos minutos, a las ocho, va a presentar su renuncia Martínez Domínguez.

Se despidió amablemente y colgó. Comunicué la noticia a los jóvenes que me acompañaban. Prendimos la radio. Escuchamos el breve comunicado: para dar paso a las investigaciones, renuncian Alfonso Martínez Domínguez y Rogelio Flores Curiel a sus cargos de regente de la ciudad y jefe de la policía...

—Después del acto en el zócalo —me dice Martínez Domínguez— el presidente Echeverría me felicitó.

—Muy buen trabajo, Alfonso. Magnífica concentración. —Y nos despedimos. Al poco rato, por la red, me llamó a Los Pinos. Acudí. Me recibió y nos sentamos cerca uno del otro. Se me acercó tanto que sentí su aliento en mi cara. Me clavó su mirada de serpiente en los ojos y tomándome de la quijada me dijo... (para esto, Alfonso

Martínez Domínguez me había tomado a mí también de la quijada y sus ojos estaban húmedos, a punto de llorar; sin soltarme, oprimiendo mi quijada, prosiguió su relato).

—Alfonso, vaya usted a su hogar, reúna a su esposa y sus hijos y dígales que va usted a servir al Presidente de la República. Díga-les que ha renunciado usted al cargo de jefe del Departamento del Distrito Federal. Sirve usted así al presidente y al amigo. Ya habrá tiempo para implementar su regreso a la función pública.

—En tanto me decía eso, Heberto, me tuvo tomado firmemente, como lo hago yo con usted, de la quijada. No pestañeó una sola vez, Heberto. Me soltó y repitió:

—Junte a su familia y dígale que está usted sirviendo al Presidente de la República.

—No pude decir nada. Me hervía la sangre. Me había tratado como un trapo sucio, me había hecho recitar lo que él quería ante la prensa. Y ahora me arrojaba a la basura. Salí para no volver.

La pasión con que Martínez Domínguez me relata su experiencia, la emoción que pone, las lágrimas a punto de brotar de sus ojos, me impide hacer algún comentario. Tomo un sorbo de café. Martínez Domínguez se limpia el sudor que perla su frente. Hace calor. Es una mañana de mayo.



MMLL

En casa oímos la noticia de la renuncia de Martínez Domínguez. La celebramos. Parecía que las cosas cambian en México. Sonó el teléfono de nuevo. Descolgué:

—Moya Palencia, otra vez, ingeniero. ¿Qué le pareció la renuncia?

—Bien, contesté, si la investigación conduce a pronto resultados como ha ofrecido el presidente.

—De eso quiero hablarle. Tengo instrucciones del señor presidente de mostrarle algunos documentos. ¿Puede usted venir? A la puerta de su casa están dos personas que pueden traerlo acá.

Llegué a la Secretaría de Gobernación en el lujoso carro que custodiaba mi casa desde el domingo 13 de junio. Al entrar, el secretario Moya Palencia fue al grano. Sobre una larga mesa tenía esparcidas decenas de fotografías. Espeluznantes fotografías.

—Mire —me dijo extendiendo su brazo sobre las fotos.

Empecé a mirarlas, se veían jóvenes armados de largas varas golpeando a indefensos muchachos. Unos estaban de rodillas, otros tirados, cubriéndose como podían de los golpes. En muchas fotografías se veía a la policía uniformada en actitud espectadora de los hechos. Había imágenes de jóvenes hombres y mujeres, inertes, desangrándose. Había fotos terribles de hospitalizados en la Cruz Verde, en el hospital Rubén Leñero, que eran agredidos por los *Halcones* en sus mismos lechos.

Otra foto mostraba a un *Halcón* descargando un golpe sobre un aterrorizado muchacho encamado. En otra más un agente con pistola en mano se veía en actitud de disparar sobre un paciente mientras éste se protegía con las manos. Recorrí con la mirada decenas de fotografías. En todas ellas había evidencias de la complacencia policiaca ante la agresión de los *Halcones*. Había fotografías muy claras de estos individuos que disparaban sobre la multitud, parapetados en patrullas policiacas, desde camiones de granaderos, desde las azoteas de los edificios. Miré a Moya. Pregunté:

—¿Cómo tomaron estas fotografías, quiénes?

No respondió.

—Lástima —me dijo—, yo estimo mucho a Alfonso. Pero actuó mal. Algo pasó. Lástima —volvió a decir.

—Como usted ve maestro —me dijo— no hay duda de la participación de las autoridades del Departamento del Distrito Federal. Es terrible lo que usted puede ver en esas fotografías. El presidente me ha ordenado que se las mostrara y charlara con usted. Siéntese por favor.

Charlamos un poco. Me explicó que algunos querían sabotear la apertura democrática que Echeverría deseaba implementar. El presidente buscaba abrir cauces legales a la lucha de clases. No temía a las organizaciones políticas. Pero funcionarios del pasado régimen se oponían.

—Alfonso equivocó el camino. Quizá perdió el control. La situación del país es grave. Hay un mar de fondo en todo esto —se me acercó y me dijo un poco al oído—. Ingeniero Castillo, tengo instrucciones del presidente de decirle que no habrá más información sobre esto. No más. Es todo. Hay muy fuertes intereses metidos. No podemos profundizar más. Hasta aquí quedarán las cosas. Ustedes pedirán mayores investigaciones. Se dirá qué se hace, usted sabe. Pero no se hará más. Es todo lo que vamos a informar. ¿Está claro? —Lo miré inquisitivamente y añadió:

—Fuerzas del exterior, no podemos adentrar más. Es todo lo que se sabrá —se levantó, me tendió la mano, y me dijo:

—Ingeniero Castillo, si usted relata esta entrevista la negaré siempre. Es sólo para usted.

Regresé a casa en el mismo carro que me condujo a la Secretaría de Gobernación.

---

Cuando Alfonso Martínez termina de hablar, visiblemente emocionado, yo guardo silencio. Recuerdo lo que había vivido aquel mes de junio de 1971. Cuando se calma un poco le cuento lo que Mario Moya Palencia me había mostrado y dicho. No hace otro comentario que proferir una injuria. Tomamos café. Mis acompañantes están mudos. Martínez Domínguez me toma del brazo.

—Quisiera mantener contacto con usted, Heberto. Le reitero mi respeto. He confiado en usted. Sé que hará buen uso de mi confidencia. Necesitaba decírselo a alguien como usted. Tal vez algún día lo cuentas por escrito. Quizá no. Ahora corro peligro. Yo soy un hombre político en receso. Pero los tiempos cambian. Rogelio Flores Curiel fue a Nayarit como gobernador. Él guardó silencio. Él es inocente. Como yo.

—Las agresiones contra el pueblo en este país permanecen siempre en el misterio —le digo—. Los agresores del pueblo se saben impunes. Nuestra historia está llena de estos hechos. Cananea, Río Blanco, el 2 de octubre, el 10 de junio. Ustedes deben hablar. Guardaré su confidencia por ahora. Usted no me pide que calle, pero me advierte del peligro que corre ahora. Pero esto, Alfonso, habrá de saberse, algún día.

Nos despedimos.

Alfonso Martínez Domínguez ha expresado varias veces que no quiere hablar del 10 de junio de 1971 porque ya habló en su tiempo. Es cierto. Pero lo hizo en privado. Conmigo y quizá con varios de sus amigos.

Ahora publico su relato para que se ahonde en el problema. Carlos Hank González es jefe del Departamento del Distrito Federal. Está

empeñado en acabar a tiempo los ejes viales. Este es otro eje vial inconcluso. ¿Se terminará a tiempo, como los otros? Leandro Rovirosa Wade ya no es secretario de Recursos Hidráulicos, pero gobierna Tabasco. De Ochoa no sé su destino. Ellos son testigos, según Martínez Domínguez de aquella reunión del Jueves de Corpus de 1971 en Los Pinos.

En México existe la negra tradición de que los asesinatos, individuales y múltiples, de luchadores sociales, queden en la sombra y los asesinos impunes. Suelen también acudir a señalar culpables (a toro pasado) a los presidentes de la República. Ahora es cómodo atribuir a Echeverría toda la responsabilidad de 1971. Y a Díaz Ordaz la duda. Cualesquiera que hayan sido los responsables materiales e intelectuales de esos crímenes, corresponde a esos expresidentes la responsabilidad histórica. Fue en su tiempo y, en el mejor de los casos, se puede decir que nada hicieron, que se sepa, por esclarecer los hechos.

No se me puede acusar de que pongo en peligro la vida de Alfonso Martínez Domínguez. Sus circunstancias han cambiado. Tenía razón cuando me dijo que algún día volvería a la función pública: "...la política es una rueda de la fortuna: a veces está uno arriba, a veces abajo". "Pero si la vida de Martínez Domínguez no corre peligro, la tuya sí", me dijeron algunos compañeros de *Proceso* cuando hablamos de la necesidad de este relato.

Otros dijeron que no, que se respira ya otro ambiente en México. Hubo empate, pues. Yo decido: pienso que ya es hora de ventilar públicamente los hechos del Jueves de Corpus de 1971 y los del 2 de octubre de 1968.

¡Ya es hora!



**MBLEA NACIONAL ORDINARIA**



## El Comité de Base



Fuimos a Tijuana para formar el comité municipal del Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT). Baja California es el estado pionero del PMT en la República. Ahí, iniciamos los recorridos para crear los organismos que precedieron la formación del partido. Un grupo de amigos nos pagó el pasaje de avión y de ahí caminamos al sur visitando ciudades, pueblos, villas, ejidos, comunidades, hasta regresar por tierra a México. Habíamos caminado antes por Veracruz, Jalisco y Oaxaca. Pero Baja California tenía un encanto especial. Los mexicanos que bien en Mexicali y Tijuana están en permanente lucha defendiendo nuestra soberanía nacional, nuestras tradiciones y costumbres, asediados a cada momento por la penetración económica, cultural y política del poderoso vecino del norte. Es de las poblaciones más mexicanas en cuanto a la actitud de sus habitantes. Pero es una de las más agredidas por el imperialismo. Duele, en especial, ver a muchos jóvenes víctimas de la drogadicción. Y molesta a todos, menos a los comerciantes de alcohol y trata de blancas, la enorme cantidad de cabarets, bares y cantinas donde se emborrachan los estadounidenses que llegan a Tijuana a divertirse.

En ese año, 1975, las poblaciones de la frontera resistían en especial la penetración de las grandes empresas productoras de radios de transistores y otros aparatos eléctricos o electrónicos. Lo barato de la mano de obra —20 veces menos de salario por jornada en México que en Estados Unidos—, el bajo costo de los energéticos —la mitad del otro lado— y el control de los obreros por parte de las autoridades, hacía aquellas ciudades paraíso para las maquiladoras. En esas plantas que no eran sino corralones habilitados como fábricas, sin aire acondicionado, sin baños y sin instalaciones de ninguna especie, se armaban aparatos que venían del otro lado. Las condiciones laborales eran pésimas. Y no había organización sindical alguna que los defendiera. En esas plantas abundaban las mujeres trabajadoras.

El mitin se organizó en la avenida Revolución. Eran las seis de la tarde y todavía había sol. Los compañeros de Baja California organizaban el acto. Tres años antes, al visitar por primera vez el estado norteño en nuestro recorrido para organizarnos con el pueblo desde el Comité Nacional de Auscultación y Coordinación, al proponer alguien en el mitin en Mexicali a Maclovio como presidente del Comité de Baja California, éste nos había dicho: “No tengo ninguna experiencia, nunca he participado en política, soy médico general y profesor en la preparatoria”. Ahora Maclovio era un experto en la conducción de un mitin. Y con él, otros compañeros que ahí estaban.

El templete improvisado era una plataforma de camioneta de carga de las llamadas ahora *pickup*. El sistema de sonido era más que elemental. Dos bocinas conectadas a los lados de la camioneta y un micrófono. Es la hora. Iniciamos el acto con poca gente. Jorge Vélez Trejo, médico también, llama a los tijuanaenses a sumarse a la

formación de un nuevo partido. Su lenguaje es llano, culto. Es entusiasta y participó en el movimiento médico de 1965. Tiene amigos en el estado y en la República. Refiere los problemas de la ciudad. Maclovio Soto llama a la acción. Los pobres en Tijuana pueden trabajar en las maquiladoras; en los servicios, especialmente, como meseros o meseras, en hoteles, restaurantes y cantinas. Con la música que traemos y los oradores, la gente se acerca cada vez más.

En mi turno les refiero la necesidad de que los trabajadores de México tengan una organización a su servicio.

—Es urgente invertir los papeles. Hasta ahora, las organizaciones de trabajadores, políticas y sociales, sirven para que la clase en el poder utilice en su beneficio a los trabajadores. Hay que construir organismos que sirvan en verdad a los que producen la riqueza. Los banqueros, industriales, empresarios, comerciantes, terratenientes —les digo— tienen sus organismos sin interferencias gubernamentales. ¿Por qué los trabajadores no han de tenerlos? Deben construirlos ellos mismos, dirigirlos democráticamente. Los carpinteros fabrican los muebles, camas, roperos, sillas, divanes, para que los usen los demás. Ellos no tienen muebles. Los albañiles construyen con sus manos las casas, los hospitales, las escuelas. Y los albañiles no tienen casa, no tienen escuela para sus hijos ni hospitales para sus familiares. Los campesinos cultivan la tierra, de sol a sol sacan de ella trigo, maíz, frijol, pero en sus hogares falta el trigo, el maíz y el frijol. Es necesario dejar de seguir siendo como los burros zacateros, que transportan el zacate penosamente para que lo coman los caballos. Llamo a afiliarse al PMT. Ellos deben formarlo, ellos deben dirigirlo. Habrá un comité municipal y muchos comités de base. Estos constituyen la parte fundamental de nuestro partido: los comités de

base. A través de ellos se organiza la lucha para conquistar los derechos fundamentales que otorga la Constitución.

Termina el mitin. Se acerca la gente a afiliarse. Preguntan. ¿Cómo trabajo? ¿Cuánto debo pagar como cuota? ¿Dónde estarán las oficinas del PMT? A todos se da respuesta. ¿Qué hacen los Comités de Base en tal sitio, en tal fábrica, en tal ocupación? Muchas dudas. Todas se responden de alguna manera.

Una enfermera, toda de blanco, se me acerca:

—Pasé por aquí y oí lo que decía. Estaba usted hablando como yo quisiera hablar. Todo lo que dijo es lo que quisiera decir. Pero no sé decirlo. Soy enfermera, trabajo en el IMSS. Quiero afiliarme.

Escribía yo sobre una base de madera y comencé a tomar sus datos. Al lado de Rosa, que así se llamaba la enfermera, estaba una muchacha de grandes ojos, delgada, modestamente vestida, que miraba intrigada y hasta se asomaba para ver lo que yo escribía. Rosa preguntó cuánto debía dar de cuota. Le dije que ésta era voluntaria y que sería entregada al Comité Municipal para sus gastos mientras no hubiera Comité de Base.

Entonces, expliqué la función del Comité de Base. Era el que se formaba en el centro de trabajo. Abierto a veces cuando no hubiera peligro de represión, discreto en otras si lo había. Deberían ser tres compañeros de la base cuando menos, un presidente, un secretario de organización y otro de finanzas. Estos Comités deberían estar en comunicación con el municipal para coordinar los trabajos. Lo más importante, señalaba, era afiliar a los compañeros de trabajo. Terminé con Rosa y pregunté si alguien más quería afiliarse. Un vendedor ambulante de helados fue el siguiente. La muchacha de ojos grandes seguía ahí, aparentemente indecisa

de afiliarse. Al acabar de registrar los datos de Alfonso, al nevero, le pregunté directamente:

—¿Usted, no se anima?

Titubeo, se alisó el pelo del frente con la mano izquierda y nerviosa dijo:

—No sé. Yo también siento lo que ustedes dicen. Somos explotadas. No hay trabajo. Venimos de lejos. No hay dónde vivir. Pero no sé cómo se le hace para entrar.

Le expliqué la forma de trabajar. Primero afiliarse. Luego afiliarse. Formar un Comité de Base en su trabajo, en su colonia.

—Bueno —dijo esperanzada— apúnteme.

Tomé sus datos. Su nombre, dirección, edad (20 años), su ocupación. Se me quedó mirando. Me dijo muy seria:

—La de ahorita.

—Sí claro, en qué trabaja ahora —precisé—. Me miró de frente.

—Soy prostituta, ¿puedo apuntarme?

—Por supuesto —le dije— reprimiendo mi sorpresa. Y anoté en la hoja de afiliación: prostituta. Ofreció una cuota de 10 personas mensuales y me firmó la solicitud.

—Perdone —me dijo cuando le entregaba un ejemplar de los estatutos— tengo muchas compañeras. La casa es grande. Casi todas llegamos aquí buscando trabajo. Pero no hay. Yo tengo una criatura. Llegó casi recién nacida. No tuvimos otra cosa que hacer. Pero Dios mediante, señor, con el Partido, muchas de mis compañeras saldremos de putas. Pronto verá usted resultados. Voy a formar mi Comité de Base. Verá usted.



# La muñeca



El fuerte calor de Tuxtla Gutiérrez queda atrás de las curvas del camino. El autobús de segunda clase se acerca a San Cristóbal de las Casas. Viajamos con empleados, pequeños comerciantes, estudiantes y campesinos indígenas. Tienen privilegios los *ladinos*, como llaman a los mestizos los indios tzotziles, chamulas, zentales, cholés, tojolabales y zinacantecos: las indias y los indios les ceden el asiento. Es una vieja costumbre, explica alguien.

Llegamos a San Cristóbal, donde las tejas rojas del caserío se desparraman por las faldas de los cerros. Hace frío, aunque un espléndido sol de medio día cae a plomo del cielo despejado.

La asamblea popular que celebramos tendrá lugar hasta las seis de la tarde. Tenemos tiempo para caminar por las callejuelas retorcidas y escarpadas de San Cristóbal. Vamos por ellas, hasta el mercado lleno de frutas, quesos, dulces, pan de manteca y huevo; vestidos, rebozos, listones, sombreros, huaraches y muchos otros productos de la región.

Cerca del mercado hay norteamericanas jóvenes de compras que regatean para obtener mejor precio por la ropa que las indias

llevan puesta. Es la que les gusta. Mientras más usada y sucia está la prenda más se interesan por ella. Eso explica que abunden turistas extranjeras, vestidas a la usanza india, pero sucias.

Cuando el hambre aprieta, comemos en una pequeña fonda. Después, caminamos hasta llegar al atrio de la iglesia de Santo Domingo.

Muy cerca, niños indios corretean y gritan. Visten andrajos y todo en ellos es color de tierra. Cuando nos acercamos, huyen rumbo a un caserón blanco, ruinoso, con puertas de madera comidas por el tiempo, el comején y el descuido. Curiosos vamos tras ellos y penetramos a la casa donde un letrero avisa que es un refugio del Instituto Nacional Indigenista para la población india que llega a San Cristóbal.

Entramos, y al principio nada vemos en la penumbra que contrasta con la luminosidad que luce afuera, en el atrio de la iglesia. Al acostumbrarnos a la media luz, distinguimos grupos indígenas que se apiñan para matar el frío sentados en el suelo. En el piso de tierra uno que otro petate donde algunos de ellos pasarán la noche.

Los niños que jugaban fuera nos ven entrar y muestran recelo. La más pequeña, la que al correr en el atrio cuidaba de no tirar algo que apretujaba en el rebozo, nos mira y remira, mientras, inconsciente, mueve sus brazos como si arrullaran a un niño en el regazo. Es chiquita y frágil.

La llamo y se aleja rumbo a una india que sentada en el suelo le dice algo. Después, como atendiendo a un consejo de la madre se nos acerca y casi sonrío. Le hablamos y nos toma confianza.

Me aproximo y puedo ver sus ojos negros, brillantes como capulines.



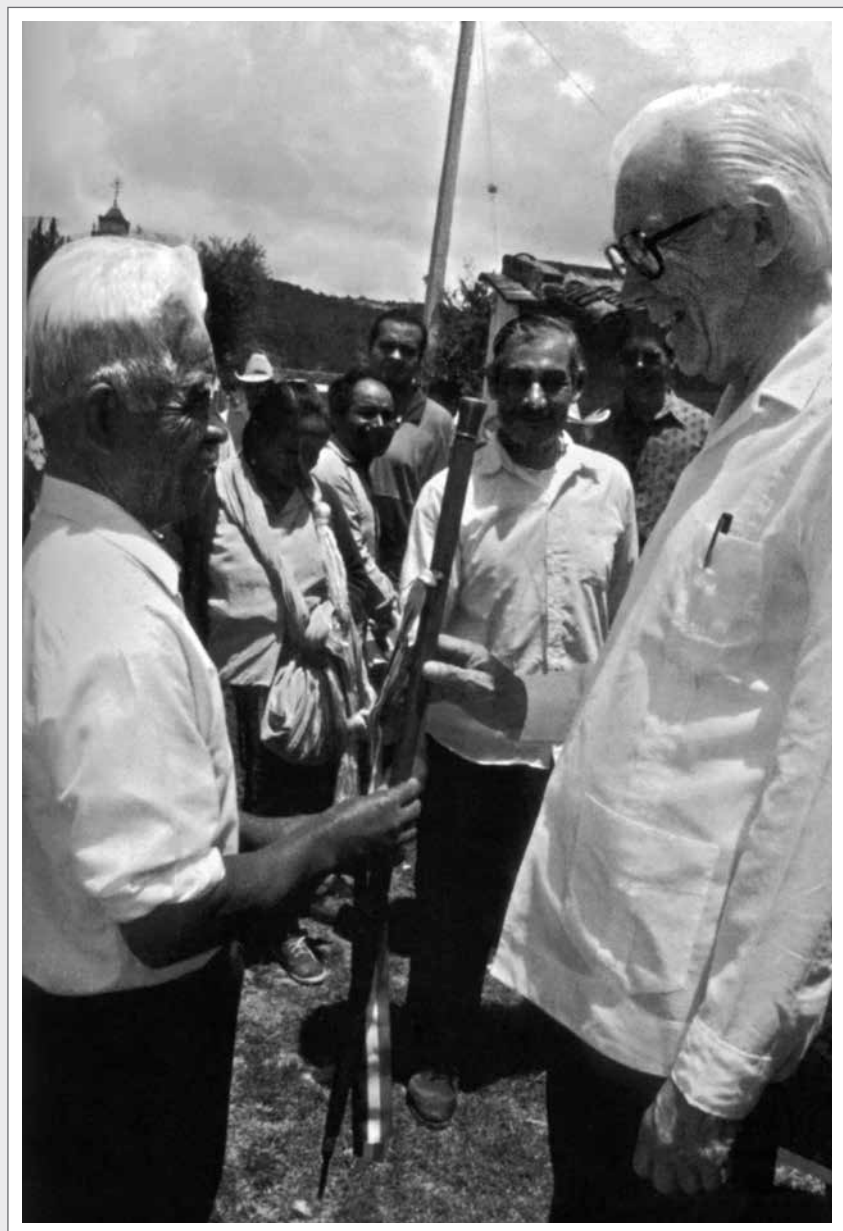
—*Ojos de capulín*—, la llamo. No parece entender pero me mira atenta. Lleva enaguas que alguna vez fueron blancas y sus pies, partidos por el frío, dejan ver que nunca llevaron zapatos ni huaraches.

En cuclillas le digo: —“¿tienes una muñeca? Déjame verla, ¿es linda? ¡Déjamela ver!”.

Acepta al fin, despega los brazos del cuerpo y me acerca el viejo rebozo para mostrarme su juguete, mientras me mira entre orgullosa y satisfecha.

En un rezagó trae, amorosa y tierna, un pedazo de ladrillo recocado.

Cuando observa mi desconcierto la niña me mira extrañada.



# La firma buena



En un lote baldío de Monterrey se lleva a cabo la asamblea de campesinos, obreros y uno que otro estudiante a que convoca el Movimiento de Liberación Nacional (MLN).

Las comisiones campesinas desfilan denunciando abusos, carencias de tierras, de agua y de crédito. La relación de hechos es siempre la misma: resolución presidencial dotando de tierra a los campesinos; funcionarios del agrario que se venden al terrateniente; el recurso de amparo interpuesto para detener la entrega de la tierra; idas y venidas al agrario; años y años haciendo trámites; los papeles amarillean en el morral y los campesinos envejecen.

Como hay resoluciones presidenciales que desde 1938 siguen trámites y documentos que datan de la Colonia y que esgrimen los campesinos en su defensa, la asamblea se calienta. Los campesinos quieren tomar la tierra que les ofreció Zapata, que les dio Cárdenas y que les quitaron la burocracia y el amparo agrario.

Se advierte a los asambleístas de la necesidad de seguir el camino legal; se les explica que las autoridades violan la ley porque no hay organizaciones populares fuertes que obliguen a las autori-

dades respetar los derechos de las mayorías, que es necesario agotar los cauces legales. Se propone, entonces, una comisión para estudiar los documentos, las dotaciones presidenciales, las escrituras de los terratenientes; ir al Registro Público de la Propiedad para demostrar que las escrituras no amparan las tierras que los latifundistas detentan.

El viejo Macedonio no está de acuerdo y quiere hablar. Pide la palabra agitando la mano.

—Miren compañeros, hace muchos años que andamos tras la tierra que nos dio Cárdenas, más de 20. Son demasiadas vueltas. En esos papeles, compañeros, firmas van, y firmas vienen, y nada que nos dan la tierra. Cuando vienen los ingenieros del agrario no deslindan la tierra, sino su desvergüenza, pues a los ricos dan tierra buena y a nosotros sólo eriales. ¿Quién puso las cercas para dividir las propiedades? ¿Me van a negar ustedes que la frontera del norte la pusieron los gringos a la fuerza y en donde quisieron? Nos quitaron a la brava más de la mitad de México. Las escrituras en las que se quieren amparar los terratenientes, ¿por quién están afirmadas? Por sinvergüenzas que dizque pueden conceder la tierra. ¿Qué la tierra, el agua y el aire no son *pa'todos*? ¿Quién nos dice que esto es mío y eso es tuyo? ¿Quién? ¿Con qué derecho? La violencia es la que ha puesto las cercas. El mundo es *pa' todos*.

—Mire compañerito —dijo Macedonio dirigiéndose a mí que presidía la asamblea— vamos a tomar las tierras, a ver cómo nos va.

Sus ojos brillaron más, como carbones encendidos entre las mil arrugas de su rostro quemado por el sol.

—Es cierto que el que nos quedemos en ellas, o que nos echen depende de la fuerza que tengamos, como se ha dicho

aquí. Pero somos muchos. Muchos aquí y muchos allá. Los ricos son pocos, pero tienen la tierra, el agua, el dinero y el apoyo del gobierno. Para que se acabe ese apoyo, los pobres debemos unirnos. Si los pobres nos unimos se va a acabar la injusticia. ¡Tómemos la tierra! Dios hizo el mundo para todos, no para que unos pocos se encaramen sobre los demás.

—Las escrituras de los ricos tienen muchas firmas, pero esas firmas valen poco, valen nada. A esos papeles les hace falta una firma, no más, pero es la firma buena. Sólo una firma respetaríamos, la firma de dios. Pero esa no está en esos papeles. Dios no ha firmado para que unos pocos vivan bien y nosotros suframos miserias. La tierra es nuestra. ¡Tomémosla! ¡Viva Zapata! ¡Viva Cárdenas!

Una cerrada ovación rubricó sus palabras. Macedonio encendió a la gente. No pudimos convencerlos de esperar un poco, de avanzar en la organización para ganar más apoyo.

Los campesinos tomaron las tierras, el ejército acudió en apoyo de los propietarios.

Hubo tres muertos, varios heridos y muchos encarcelados.



## ¿Quiere café?



Alcozauca, Guerrero, es una población de escasos 1,500 habitantes, ahora llenos de alborozo porque al fin tienen luz eléctrica.

Lázaro Cárdenas hizo el milagro, nos dicen. La Comisión del Río Balsas que dirige Cárdenas poco a poco logra mejores condiciones de vida en la gran cuenca que abarca 114 mil kilómetros cuadrados. Un pequeño puente, que debo revisar, comunica ya Alcozauca con Oaxaca.

La zona es árida. El calor de junio sofoca y apenas hay agua en los arroyos. En el paisaje predominan el polvo y las rocas, y una escarpada montaña que se mira muy cerca, llena de verde, domina la región. Es nido de águilas, donde Vicente Guerrero se hizo fuerte como guerrillero cuando la guerra de Independencia.

Mi contacto es el profesor Abel, que apenas rebasa los 30 años, presidente municipal, maestro de escuela y consejero del pueblo. La escuela que dirige es *unitaria*, la llaman así porque un solo maestro imparte los seis años. No percibe sueldo por ejercer la presidencia y da sus clases bajo la sombra de un frondoso árbol cercano a la iglesia, porque la escuela se empezó a construir en un terreno que el

cura pelea para su parroquia. Sólo están los muros levantados, sin techos. “Ya intervendrá el general —confía— y se arreglarán las cosas”.

Me invitan a desayunar a su casa y como nota que me doy cuenta que está al borde de la miseria, me hace sentir que es de los privilegiados del pueblo.

Después de tomar un huevo frito, tortillas y café, salimos rumbo al puente que debo revisar. El camino es de terracería y la camioneta levanta mucho polvo al avanzar. Llegamos después del mediodía. Hay piedras que impiden el tránsito sobre el puente y los lugareños no quieren usarlo porque alguien les dijo que se caería si pasaban vehículos por él. Un indio montando un burro llega al puente se desvía, baja al arroyo y lo cruza. Hasta ahora lo llaman el puente roto. Para convencerles de que sirve cargamos la camioneta con arena y piedras y pasamos por el puente. A partir de ese momento queda en servicio.

Hace hambre, en una pequeña tienda compramos sardinas, chiles en vinagre y refrescos embotellados. Comemos con algunos lugareños. “Ahora podrán circular —nos dicen contentos— camiones llevando latería, telas, zapatos, refrescos. Especie de arrieros modernos”.

De regreso, ya entrada la tarde, pasamos por unas casuchas miserables. Espiando el polvo que levanta la camioneta, unos indios están cerca del camino. Me hago cruces por saber de qué viven, pues la aridez del camino se manifiesta por todos lados. Apenas asoman desolados, como centinelas en los lomeríos, cactus aquí y allá.

Abel me dice que quienes esperan son indios mijes, amigos suyos, que no hablan la castilla. Detiene la camioneta y baja a salu-



darlos. El calor ahoga y el canto de las chicharras inunda el ambiente. Yo bajo también. Observo al grupo que charla. Abel, de suyo moreno, de pelo negro rizado, está blanco por el polvo del camino. Hasta sus pestañas son blancas. Sonrió.

Los indios me señalan con la mirada. Son padre, madre y dos pequeños. Me acerco a saludar. Abel traduce, soy bienvenido. Qué bueno que ya tienen puente, que ya no esté roto, dicen. Los niños me ven y ríen. Yo estoy cansado y sediento.

Algo le dicen señalándome. Abel traduce:

—Ingeniero, me piden que les ofrezca a usted si quiere lavarse las manos o tomar café.

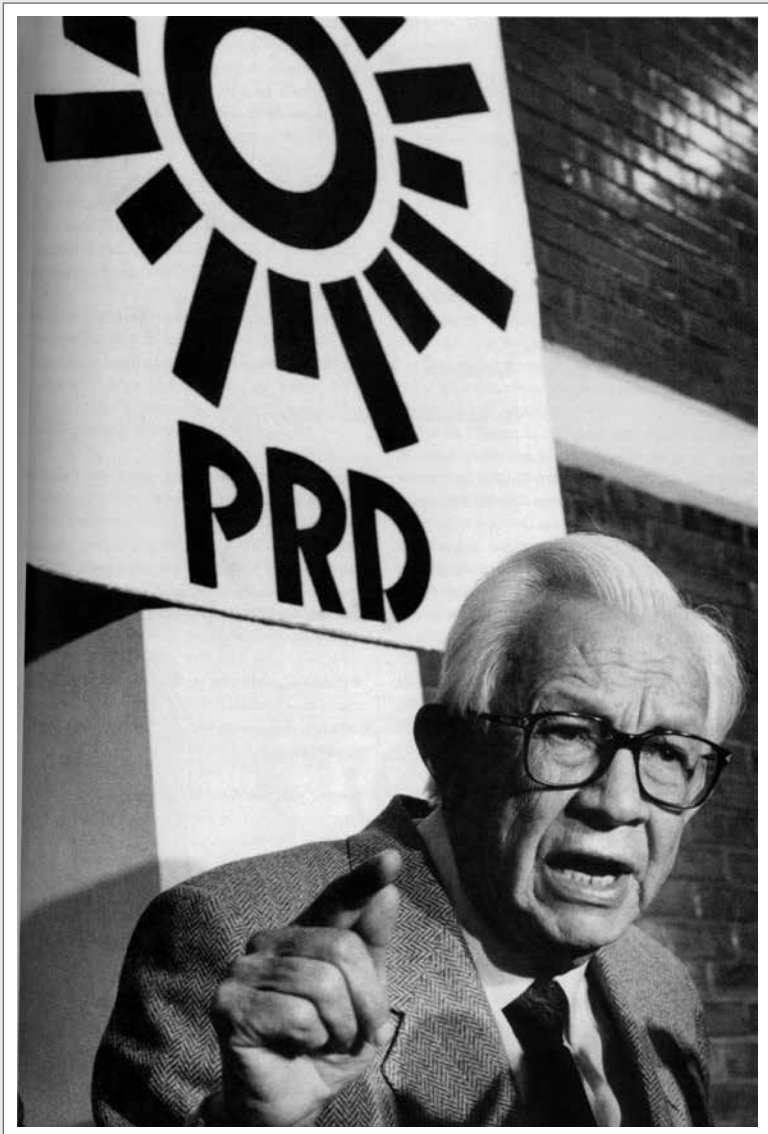
Río y digo:

—Traduce mal, Abel. Me ofrecen las dos cosas y ambas me caerían bien.

El profesor me mira con tristeza.

—No ingeniero, si se lava usted las manos, no habrá agua para café...

Nos despedimos y seguimos por el escarpado camino. A unos 2 kilómetros de las casuchas, el profesor me muestra el arroyo de donde llevan agua sus amigos, está semiseco. Los niños la acarrearán en botes que penden de un palo sobre sus hombros.



# Índice



Prefacio	
<i>Laura Itzel Castillo Juárez</i> . . . . .	7
Prólogo	
<i>Héctor Miguel Bautista López</i> . . . . .	11
Introducción . . . . .	17
Mejor la verdad . . . . .	25
Tierra o papel . . . . .	33
La captura. . . . .	39
El principio . . . . .	49
Cárdenas: "Si te agarran, te van a matar". . . . .	87
Aquella noche . . . . .	103
El <i>Compadre</i> . . . . .	109
Año Nuevo . . . . .	113
El espacio, tiempo en la cárcel . . . . .	123
Jueves de Corpus. . . . .	135
El Comité de Base . . . . .	159
La muñeca . . . . .	165
La firma buena . . . . .	169
¿Quiere café? . . . . .	173



*Si te agarran, te van a matar*, se terminó en la Ciudad de México durante el mes de diciembre del año 2014. La edición impresa sobre papel de fabricación ecológica con *bulk* a 80 gramos, estuvo al cuidado de la oficina litotipográfica de la casa editora.



ISBN 978-607-401-564-5

Asociación Alemana de Investigación sobre América Latina

Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior

H. Cámara de Diputados  
*LIX Legislatura*  
*LX Legislatura*  
*LXI Legislatura*  
*LXII Legislatura*

Centro de Estudios de México

Centro de Investigación para el Desarrollo

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social

Centro de Investigación y Docencia Económicas

Centro del Tercer Mundo para el Manejo del Agua

Centro Mexicano de Estudios Económicos y Sociales

Comisión Estatal de los Derechos Humanos de Aguascalientes

Comisión Estatal de los Derechos Humanos de Zacatecas

Comisión Nacional de los Derechos Humanos

Consejo Mexicano de Asuntos Internacionales

Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes  
*Instituto Nacional de Antropología e Historia*

Colegio de Postgraduados

El Colegio de la Frontera Norte

El Colegio de San Luis

El Colegio de Sonora

Embajada de la República Dominicana en México

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, México

Fundación Colosio

Fundación Instituto Universitario de Investigación José

Ortega y Gasset  
Fundación Konrad Adenauer Stiftung

Fundación Mexicana de Estudios Políticos y Administrativos

Gobierno del Estado de Chiapas

Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa

Ibero-Amerikanisches Institut Preussischer Kulturbesitz

Instituto de Administración Pública del Estado de México

Instituto Electoral del Estado de México

Instituto Federal Electoral

Instituto Iberoamericano para el Fortalecimiento del Poder Legislativo

Instituto Mexicano de Auditoría Técnica

Instituto Mexicano de Estrategias

Instituto Nacional de las Mujeres

Instituto Nacional de Desarrollo Social

Instituto Tecnológico Autónomo de México

*Centro de Estudios de Competitividad*

Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey

*Campus Ciudad de México*

*Campus Estado de México*

*Campus Monterrey*

*Campus Santa Fe*

*Escuela de Graduados en Administración Pública y Política Pública*



LXII LEGISLATURA  
CÁMARA DE DIPUTADOS

**CONOCER  
PARA DECIDIR**  
EN APOYO A LA  
INVESTIGACIÓN  
ACADÉMICA

## INSTITUCIONES COEDITORAS

Integración para la Democracia Social, APN

Internacional Socialista

Libertad de Información-México

Poder Legislativo del Estado de México, LXI Legislatura

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo

Secretaría de Desarrollo Social

Secretaría de Gobernación

*Centro de Estudios Migratorios del Instituto Nacional de Migración*

Secretaría de la Reforma Agraria

Senado de la República

*Comisión de Biblioteca y Asuntos Editoriales*

Siglo XXI Editores

Simon Fraser University

Sociedad Mexicana de Medicina Conductual

Universidad Anáhuac del Sur

Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca

*Instituto de Investigaciones Sociológicas*

Universidad Autónoma de Aguascalientes

Universidad Autónoma de Baja California

Universidad Autónoma Chapingo

Universidad Autónoma del Estado de México

*Facultad de Ciencias Políticas y Sociales*

*Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública*

Universidad Autónoma de Querétaro

Universidad Autónoma de Tamaulipas

Universidad Autónoma de Yucatán

Universidad Autónoma de Zacatecas

*Doctorado en Estudios del Desarrollo*

Universidad Metropolitana

*Unidad Azcapotzalco*

*Unidad Iztapalapa*

*División de Ciencias Sociales y Humanidades*

*Unidad Xochimilco*

*Programa Universitario de Estudios sobre la Ciudad*

*Seminario de Educación Superior*

Universidad de California Santa Cruz

Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas

Universidad de Colima

Universidad de Guadalajara

Universidad de Guanajuato  
*Campus León*

Universidad de Occidente

Universidad de Quintana Roo

Universidad Juárez Autónoma de Tabasco

Universidad Nacional Autónoma de México

*Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades*

*Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias*

*Dirección General de Publicaciones y Formato Editorial*

*Facultad de Ciencias Políticas y Sociales*

*Facultad de Contaduría y Administración*

*Facultad de Economía*

*Facultad de Estudios Superiores Acatlán*

*Facultad de Estudios Superiores Aragón*

*Instituto de Geografía*

*Instituto de Investigaciones Económicas*

*Instituto de Investigaciones Sociales*

*Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación*

*Programa de Maestría y Doctorado en Urbanismo*

*Programa Universitario de Estudios de Género*

*Programa Universitario de Estudios sobre la Ciudad*

*Seminario de Educación Superior*

Universidad Pedagógica Nacional

Universidad Veracruzana

Universitat Autònoma de Barcelona



HISTORIA

Escribir con verdad la historia hoy es posible. Diciendo ahora cada uno su verdad, contribuiremos a que mañana se conozca este presente. Cada silencio de los

protagonistas de hechos trascendentes de hoy es una oportunidad para que los mentirosos de mañana escriban una historia falsa.

Decir la verdad suele ser peligroso. Así ocurrió en 1968. “Si te agarran, te van a matar”, me advirtió Lázaro Cárdenas una noche en mi refugio al que acudí a brindarme apoyo solidario, supe entonces que mi verdad había irritado a Gustavo Díaz Ordaz, el genocida, al grado de quererme matar.

Todos los relatos de esta obra fueron consecuencia de una necesidad vital. Quiero decir que no pude dejar de hacerlos, tenía que hacerlos. Cuento aquí vivencias personales que, además, tienen que ver con el quehacer político de miles de compañeros que ahora militan en el Partido Mexicano de los Trabajadores.

En la búsqueda de la verdad, tenemos que criticar a todos los sistemas de gobierno establecidos. Ninguno es perfecto, ni puede serlo. Decirlo es quedar mal con todos, con Dios y con el diablo. Y es que a pocos gusta que les nieguen sus privilegios. Sobre todo cuando los consideran merecidos o necesarios.

Algunos de los polémicos relatos que tienes en tus manos, fueron publicados en *Proceso* o en *El Universal*. Otros aparecen por primera vez, como “Mejor la verdad”, “El principio” y “Tierra y papel”. En ellos encontrarás razones que explican mi obsesión, primero, por defender la verdad y, segundo, por insistir, espero, hasta el último instante de mi existencia, en esta lucha por hacer la revolución en México.

HEBERTO CASTILLO, mayo de 1983

